INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO

ENRIQUE MARIO MAYOCHI

EL LIBERTADOR JOSE DE SAN MARTIN

Buenos Aires
1995

是

ENRIQUE MARIO MAYOCHI

EL LIBERTADOR JOSE DE SAN MARTIN

INSTITUTO NACIONAL SANMARTINIANO

ENRIQUE MARIO MAYOCHI
Miembro de número de la Academia Sanmartiniana

EL LIBERTADOR
JOSE DE SAN MARTIN

BUENOS AIRES
1995

Hecho el depósito que previene la ley 11.723.

Impreso en la Argentina.

Se imprimió en marzo de 1995 en Ronaldo J. Pellegrini Impresiones, San Blas 4027, Buenos Aires, República Argentina.

PROLOGO

Domingo Faustino Sarmiento fue el precursor entre los argentinos de los estudios acerca de la vida y obra del Libertador. Bartolomé Mitre, por su parte, fue su impar biógrafo y el depositario de su archivo. En el presente siglo, José Pacífico Otero hizo aportes originales en cuanto al mejor conocimiento de los años del ostracismo sanmartiniano. Y gracias a Adolfo Espíndola fue posible, a partir de 1962, tener información cabal, y cercana a lo exhaustivo, de la etapa de la formación militar del héroe, realizada en España. A estas obras fundamentales hay que agregar ingente cantidad de monografías, estudios parciales y biografías –entre éstas, es inomitible mencionar a *El Santo de la Espada*, de Ricardo Rojas–, trabajos todos destinados a favorecer un mejor conocimiento del Padre de la Patria y a dar a conocer su vida hasta en sus menores detalles.

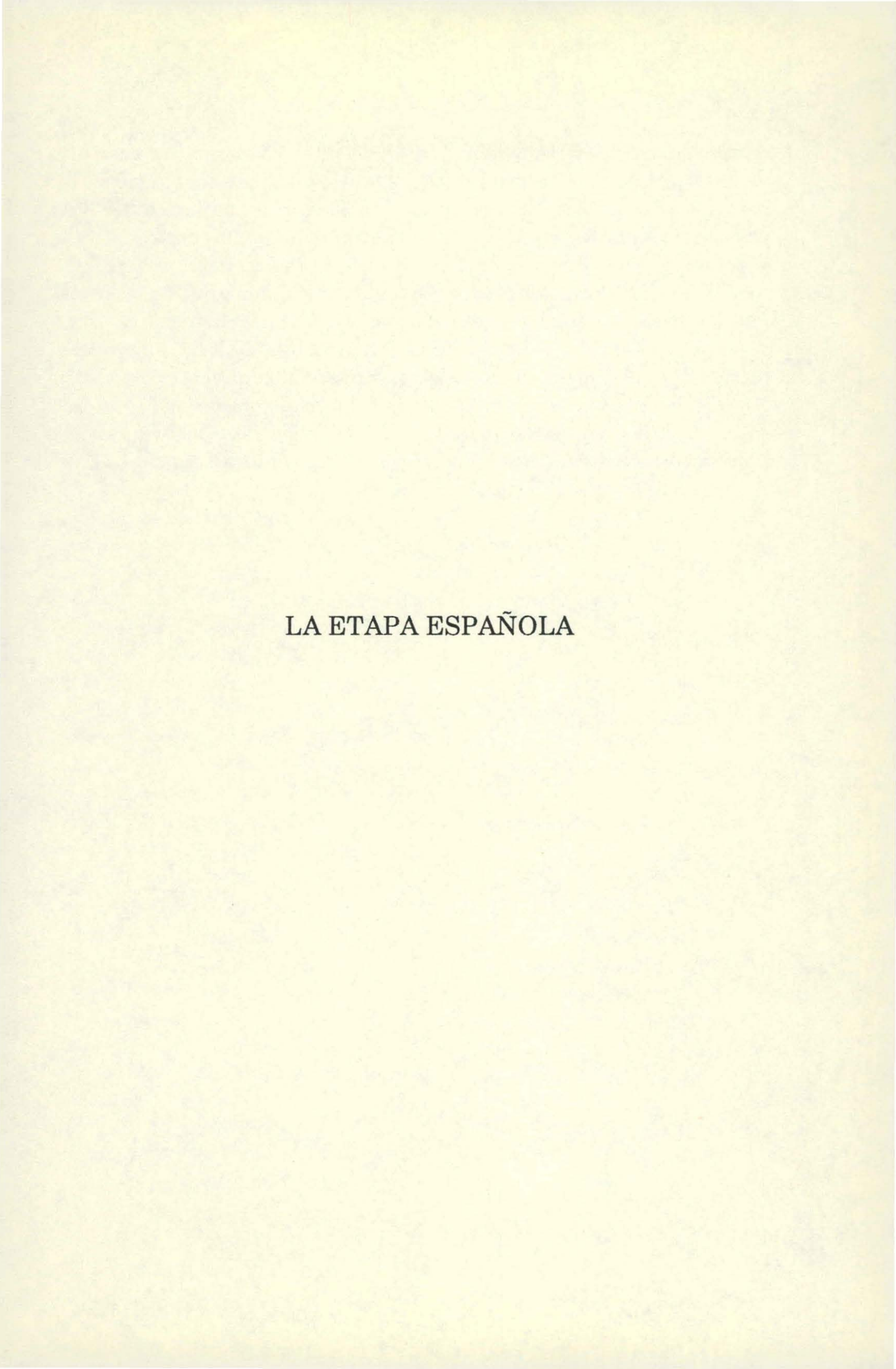
Con este propósito, precisamente, hemos reunido en el presente libro cinco trabajos que estudian o sintetizan otros tantos aspectos del hacer del Padre de la Patria.

La etapa española presenta los años que van desde la niñez hasta la juventud, destaca la capacitación castrense alcanzada y concluye con la toma de la gran decisión de retornar a la tierra nativa para luchar por su libertad política. *Espíritu americanista de la epopeya sanmartiniana* señala la total coherencia de ideas que durante toda su vida puso de manifiesto, así como la genial concepción de su plan de liberación continental. *La repatriación de los restos de San Martín* presenta, a modo de crónica, todos los pasos dados para satisfacer el deseo del héroe de que su corazón fuese traído a Buenos Aires. *El regreso de los granaderos* exalta la gloriosa gesta de esos bravos oficiales y soldados formados personalmente por el Libertador, de ese regimiento que fue

modelo para el arma de caballería de todos los ejércitos que él comandó en jefe. *La hija del Libertador* exhibe una faceta poco señalada en la personalidad de San Martín: su alto sentido de la paternidad y su constancia para asegurar a Mercedes una esmerada educación. Se completa el volumen con una Bibliografía que, estimamos, será útil a quien desee ampliar algunos aspectos de los temas aquí tratados o abordar otros que hagan a un mejor conocimiento del héroe.

Los argentinos de esta segunda mitad del siglo XX nos afanamos por configurar el perfil de lo que se ha dado en llamar el *ser nacional*. No busquemos lo que ya tenemos: San Martín, con su vida, con su conducta, con sus precisos objetivos, es el mejor modelo, el modelo válido para vaciar en él la personalidad cívica de la juventud argentina.

E. M. M.



LA ETAPA ESPAÑOLA

"Yo servía en el ejército español en 1811. Veinte años de honrados servicios me habían atraído alguna consideración, sin embargo de ser americano. Supe la revolución de mi país y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas, sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a la libertad de mi patria".

(De la despedida a los habitantes del Río de la Plata al partir la expedición al Perú. Julio de 1820.)

25 de marzo de 1784. A Cádiz, tras larga y tranquila travesía, arriba la fragata *Santa Balbina*. A su bordo viajan dos españoles europeos que retornan a su tierra nativa, don Juan de San Martín, ayudante mayor de la asamblea de infantería de Buenos Aires, y Gregoria Matorras, su esposa. Con ellos también llegan sus cinco hijos, criollos todos, María Elena, Manuel Tadeo, Juan Fermín, Justo Rufino y José Francisco.

Como cuando don Juan y doña Gregoria se habían marchado a América, aquí reina Carlos III de Borbón. Lleva cinco lustros de ejercicio del gobierno y lo prolongará por casi uno más. Desde la década del 60 es notoria una beneficiosa reforma en las fuerzas armadas, con mejor dotación para la escuadra y una sensible modernización para las fuerzas de tierra. En 1785, Carlos III decide sustituir para la Marina de Guerra la bandera blanca por la roja y gualda, en tanto aquélla subsistirá para el ejército hasta 1843.

El cadete

Dos años antes de concluir su vida, San Martín escribirá, en Boulogne-sur-Mer, una extensa carta a Ramón Castilla, su antiguo subordinado y a la sazón presidente del Perú. En este documento, el glorioso anciano trazará una síntesis de su etapa metropolitana: "Como usted –le dirá– yo serví en el ejército español, en la Península, desde la edad de trece a treinta y cuatro años, hasta el grado de teniente coronel de caballería. Una reunión de americanos en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de empeñar...".

Desarrollemos esta síntesis, no sin antes tratar de inquirir qué ha hecho San Martín en los años previos a su incorporación militar. A poco de arribar a España por Cádiz y de llevar a toda la familia a Madrid, su padre inicia gestiones para que se le conceda el grado de teniente coronel y un destino que le permita atender la crianza y educación de sus hijos. No tiene suerte en su demanda: el 28 de abril de 1785 se le acordará el retiro, más no el ascenso. Enseguida, padres e hijos se trasladan a Málaga, donde don Juan alquilará una casa en la calle de Pozos Dulces. Digamos ya que en los libros matriculares del Seminario de Nobles de Madrid no figura el nombre de ninguno de sus hijos: sí, el de Carlos de Alvear. Lo más probable es que José realice su aprendizaje elemental en Málaga y en la Escuela de Temporalidades, prolongación en el tiempo de un antiguo colegio jesuita.

Desde Málaga, padre y madre seguirán la carrera militar de sus cuatro hijos varones, carrera que pronto comenzará para cada uno y todos ellos. José Francisco, el 1° de julio de 1789, solicita que se le conceda plaza de cadete en el Regimiento de Murcia, por entonces de guarnición en dicha ciudad. Su incorporación se dispone por decreto del 15 siguiente. El Murcia tiene por patrona a la Inmaculada Concepción, por sobrenombre el de *El Leal* y una extensa y gloriosa historia castrense. Sus hombres lucen uniforme con casaca blanca y divisa azul. Nuestro adolescente es ya cadete del Ejército del Rey, de Carlos IV, sucesor de su padre desde el 14 de diciembre de 1788, día en que el achacoso y enfermo Carlos III entregó su alma a Dios. A poco, en Francia comenzará un tremendo proceso revolucionario. El nuevo monarca tiene por secretario de Estado al conde de Aranda, quien en 1792 dejará su lugar al extremeño Manuel Godoy, de fulgurante carrera militar y política.

José es cadete de infantería, del arma de infantería. Africa será el primer escenario para su actuación militar. Como allí se lucha con la morería, en 1790 desembarca en Melilla una compañía del segundo batallón del Murcia, entre cuyos efectivos se cuenta. Con Adolfo S. Espíndola, bien "podemos imaginar a nuestro cadetito de sólo 12 años, edad en que los demás niños se entretienen jugando con soldaditos de plomo, apostado de centinela, observando detenidamente en su sector, resuelto a que no lo sorprendieran y listo para dar la voz de alarma y defender bravamente su puesto". Pronto la compañía retorna a la Península, mas en 1791 marcha al Africa todo el segundo batallón para

reforzar la guarnición de Orán. Esta ciudad padeció en agosto de 1790 los efectos de un fortísimo seísmo y ahora sufre los ataques de las tropas del rey de Máscara. Los efectivos no podrán llegar a Orán y deberán trasladarse a Mazalquivir, donde permanecerán 17 días en San Fernando, el baluarte del castillo allí levantado. Y de aquí marcharán los hombres de *El Leal* a Orán, donde por 33 días sufrirán el asedio islámico. El adolescente americano pide, como un servicio extraordinario, combatir agregado a la compañía de granaderos, en la que los cadetes sólo pueden revistar a su solicitud y con permiso del coronel. La petición es despachada favorablemente. Y aquí, a partir de la 1 y 30 del 28 de junio de 1791 recibe San Martín su bautismo de fuego, como lo determinó el historiador español Juan Manuel Zapatero López. La campaña –tercera campaña para San Martín, según dirá su madre en una presentación al Rey– concluirá con la entrega de Orán y Mazalquivir a los árabes. En adelante, la foja de servicios del cadete criollo señalará como la primera distinción obtenida en su carrera al servicio extraordinario antes mencionado.

El oficial

Porque se considera inminente un choque bélico con Francia, con la de la Revolución, a partir de setiembre de 1792 marcha el segundo batallón del Murcia a incorporarse al ejército de Aragón. Y con aquél va San Martín, quien prestará servicios por ocho meses en la línea del Ebro. Declarada la guerra por los franceses en marzo de 1793, entre mayo y julio el segundo batallón de *El Leal* –y con él San Martín– se incorpora al ejército de Cataluña, que tiene por misión entrar en el Rosellón. Durante este conflicto, allí prestarán servicios los cuatro hijos de Gregoria Matorras.

José es ascendido el 19 de junio al primer grado de oficial, o sea a segundo subteniente. La brega es favorable a los españoles en el inicio de la campaña, mas en la segunda parte –en la que lucha San Martín– deben capitular. A los vencidos, nuestro futuro Libertador entre ellos, se les permite volver a su tierra. En seguida, el joven oficial que ya conoce la amargura de la derrota es promovido a primer subteniente. Y nueve meses después, el 8 de mayo de 1795, recibirá otro ascenso, ahora a segundo teniente de la cuarta compañía del primer batallón del Murcia.

La guerra con Francia concluyó con la Paz de Basilea, del 22 de julio de 1795. Apenas corrido un año, la monarquía española se aliará con la República Francesa, con quienes han condenado a muerte a Luis XVI de Borbón. La contradicción parece ser el signo de la política hispánica. Y desde el 7 de octubre siguiente, los españoles estarán en guerra con Inglaterra. Por este tiempo, un gran dolor se anida en el viril pecho de José: en diciembre de 1796 muere su padre, cuyos restos mortales recibirán sepultura en la iglesia castrense de Málaga.

Con 1797 comienzan a llegar noticias de fracasos bélicos. En febrero, una escuadra británica vencerá en San Vicente a la española. A bordo de ésta hay tres batallones del Murcia, mas no hay constancia alguna que avale la presencia de San Martín. Dos días después, otra escuadra inglesa tomará en América la isla Trinidad. Con parte de los efectivos de *El Leal*, San Martín se embarcará en la fragata *Santa Dorotea* y con ello vivirá la experiencia de la guerra anfibia. El 15 de julio de 1798, el navío inglés *El León* ataca y rinde a la *Santa Dorotea*, cuya tripulación es desembarcada en algún lugar de la costa española. Para nuestro San Martín sobrevendrá una larga etapa de inactividad guerrera, época en la que, según muchos, surgirá su afición por la pintura de temas marinos.

Con Napoleón y contra Napoleón

Por obra del golpe de Brumario, desde 1799 los destinos de Francia están en manos de tres cónsules, siendo uno de ellos Napoleón Bonaparte. ¿Se conocieron éste y San Martín tiempo antes, frente a Tolón, como quiere una tradición familiar?[1]. En 1801, entre Carlos IV y Francia se tramó un tratado por el que se intima a los Braganza a romper su alianza con Gran Bretaña, a hacer las paces con la República y a cerrar sus puertos a los buques de Albión. Como no se recibe respuesta favorable, los aliados inician la lucha contra Portugal, conocida como Guerra de las Naranjas –por dos ramos de estas frutas que Godoy envió a la esposa de Carlos IV– y que Mitre calificó de *joco-seria*. Con el Murcia, San Martín participará de la campaña de invasión.

Concluido el conflicto con la Paz de Badajoz, el Murcia retorna al campo de San Roque para participar del bloqueo de Gibraltar, más simbólico que efectivo. En 1801 se confiará a San Martín una misión de

reclutamiento en Castilla la Vieja y de retorno será asaltado para robarlo por cuatro facinerosos, quienes le infieren dos heridas. En su informe al Rey, dirá José: "Acordándome de la profesión que sirvo y el espíritu que anima a todo buen militar, me defendí usando mi sable"[2].

El 26 de diciembre de 1802, San Martín deja de integrar el Murcia al ser nombrado –su cuarto ascenso– segundo ayudante del batallón de Voluntarios de Campo Mayor, flamante agrupamiento por formarse en Sevilla y también con la Inmaculada por patrona. A mediados del año siguiente pasa José a Cádiz para proseguir con la organización de la nueva unidad[3], que en 1804 sufrirá 200 bajas por obra de la epidemia de fiebre amarilla que azota a dicha ciudad. Siguen los reconocimientos: el 2 de noviembre es ascendido al empleo de capitán segundo. Hasta 1807 la vida militar del joven oficial será rutinaria, mas dos sucesos habrán golpeado su corazón: la derrota de Trafalgar, en 1805, y las victorias obtenidas por los habitantes de Buenos Aires sobre el invasor inglés en 1806 y 7.

Ahora rige el Tratado de Fontainebleau, por el que España queda uncida al carro imperial. Como entre los objetivos de aquél está el desmembramiento del trono europeo de los Braganza, en 1807 comenzará la invasión napoleónica a Portugal. Al año siguiente le tocará el turno a España, motín de Aranjuez y farsa de Bayona mediantes, con un Carlos IV abdicante, un Fernando VII que apenas jurado ya será complaciente prisionero del Emperador y un José I Bonaparte que pretenderá reinar sobre España, América y Filipinas.

Arjonilla y Bailén

España y América están en guerra contra Napoleón y suspiran por la vuelta del prisionero de Valençay, de Fernando, a quien desean por no conocerlo bien. Nuestro San Martín combatirá otra vez contra los franceses.

Si bien Madrid sucumbe ante las bayonetas de Murat, la rebelión se extiende por toda España. Todos se yerguen, empezando por el alcalde de Móstoles. Un pueblo ofuscado no quiere esperar y en Cádiz es víctima de su intemperancia el caraqueño Solano, capitán general de Andalucía. Y debido al parecido físico existente entre ambos, también estuvo San Martín a punto de ser muerto, situación de la que se salvó por la intervención de un fraile capuchino.

Los franceses, con Dupont al frente, invaden Andalucía y Javier Castaños dirige la resistencia. El 23 de junio de 1808 hay un combate en Arjonilla y allí San Martín obtiene la victoria al frente de unos pocos soldados, si bien está a punto de perder la vida. No es un gran triunfo, mas sirve para retemplar los ánimos de quienes conocían derrota tras derrota y para acrecentar la fama de un joven oficial. Cuatro días después, San Martín es ascendido a ayudante primero, empleo equivalente al de capitán vivo. A poco se lo agregará al Regimiento de Caballería de Borbón.

El 19 de julio se dará una gran batalla en un campo cercano a Bailén, ciudad de la provincia de Jaén. Castaños y sus soldados quedarán triunfadores; Dupont y sus tropas se rendirán. Al recibir noticia tal, la furia de Napoleón no tendrá límites. San Martín combatió ese día, mas no conocemos detalles de su participación en la lucha. Sabemos, sí, que por su brillante comportamiento recibió una medalla de oro y esmalte, esa que muchos años después dio a su nieta para que se entretuviera y cesase de llorar.

La revolución americana

Poco a poco comienza a ceder la resistencia española. Tras el retorno de José I a Madrid, San Martín pasa por breve lapso al ejército de Cataluña, cuyo jefe es el marqués de Coupigni, un soldado que ejercerá gran influencia sobre el joven oficial. Este como ayudante de aquél, lo acompañará para incorporarse primero al Ejército de la Izquierda y marchar después a Cádiz, donde estará José a fines de febrero de 1811. Sobrevienen dos victorias españolas: el 5 de marzo en Chiclana y el 16 de mayo en Albuera, batalla en la que –a pesar de lo sostenido por muchos años– no participó San Martín. Este, ascendido a teniente coronel graduado tras Bailén, es agregado el 26 de julio de 1811 al Regimiento de Dragones de Sagunto. Es su postrer nombramiento como integrante del ejército real. El 11 de septiembre siguiente le comunican que se le ha otorgado el retiro a su pedido y permiso para pasar a Lima.

¿Qué ha ocurrido? Digámoslo brevemente: un grupo de americanos residentes en Cádiz ha concordado en el proyecto de dejar la tierra de sus mayores y pasar a la propia para luchar por su libertad política. Con

el tiempo se tejerán muchas historias y suposiciones. Pocos aceptarán la simple grandeza de esta realidad.

San Martín se marcha de España, se marcha como lo hará durante toda su vida: con limpieza y silencio. Los cazadores de brujas –permítasenos la expresión– buscarán ciento y un argumentos para explicar cuanto está comenzando a producirse. Una de las palabras a la que más socorro se pedirá será *subrepticia*. Quienes la utilicen, contemporáneos de San Martín o no, mostrarán no conocerlo, no calar suficientemente su psicología. El no es varón de actitudes subrepticias. Si se tiene que marchar de Cádiz o de Lima, de Cádiz o de Buenos Aires, lo hará con discreción, sin bulla, sin altisonancia ni ofensas. La meditación ha sido larga; la decisión, una vez tomada, será de ejecución rápida. Se marcha, sin traicionarla, de la tierra de sus padres: se marcha, para liberarla, a la tierra que lo vio nacer.

Notas

[1] La quinta campaña de la división naval de la que formaba parte la *Santa Dorotea*, "hecha manteniendo la conserva, los llevó a Tolón. Se hallaba allí, lista para zarpar con rumbo a Egipto la escuadra francesa del mando del almirante Brueys, y en tierra, dirigiendo los preparativos para la expedición, el general Napoleón Bonaparte, ya célebre por sus asombrosos triunfos en Italia.

"El comandante de la división española, don Félix O'Neylle, fue con sus oficiales a cumplimentar al general francés, que se mostró obsequioso y aún lo invitó a incorporarse a la empresa. En determinado momento, aquel enteco generalito de ademanes enérgicos, rápido hablar, lacia cabellera castaña hasta los hombros, agudas facciones y hundidos los ojos movedizos, clavó su mirada en los penetrantes del teniente español, adelantó el brazo con rapidez, asió un botón de la casaca blanca y azul, y leyó el nombre de Murcia. Así puede reconstituirse, fijadas hoy las circunstancias, esta anunciación profética que una tradición familiar conservó sin poder imprimirle la fuerza de convicción necesaria para ser recogida por la historia". (Alfredo G. Villegas, *San Martín en España*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1976).

[2] "En los últimos días de ese mismo año de 1801, hecha ya la paz, fue destacado [San Martín] a Valladolid con bandera de recluta para su regimiento; satisfecha ella, la despidió, quedando rezagado del pelotón por la negligencia del encargado de proveer las cabalgaduras en un pueblo del tránsito. Cuando ya montado, corría en alcance de sus hombres, fue asaltado en el solitario camino por cuatro bandoleros que, venciendo la defensa del teniente, lograron arrebatarle el equipaje, en el que llevaba 3.350 reales de vellón [en la época, moneda de cobre] remanentes de su caja militar, dejándolo tendido en medio de la vía, malherido en una mano y en el pecho. Almas piadosas lo recogieron luego, amparándolo en el cercano pueblo de Cubo, donde, mortificado por la grave herida del pecho, recibió la visita de don Francisco Javier de Negrete, inspector general de Infantería, que viniera por la misma senda, pisándole los talones. Harto le valió esta visita, porque cuando curado ya e

incorporado al regimiento, que se hallaba en el campo de San Roque, bloqueando a Gibraltar, impetró al Rey, el 6 de enero de 1802, se le condonase la deuda de los reales perdidos, el general Negrete pudo dar testimonio del lance y salir en su ayuda apoyando el informe favorable del coronel del Murcia, don Toribio Montes, por lo que se inclinó el ánimo del Rey a acceder a la súplica". (Villegas, obra citada).

[3] A poco de estar el batallón en Cádiz, le pasó revista el gobernador de la provincia y capitán general de Andalucía, general Solano. Lo hizo acompañado por un extranjero de porte tan modesto como tanta era la admiración que provocaba decir su nombre. Se trataba del general francés Juan Víctor Moreau, el vencedor de la batalla de Hohenlinden, quien era amigo y antiguo jefe de Solano. Se encontraba en la ciudad de paso para los Estados Unidos de América, o sea camino del destierro, como consecuencia de haber sido descubierta su conspiración contra Napoleón Bonaparte, a la sazón primer cónsul.

La presencia de Moreau impresionó tanto a San Martín como para mencionarlo, muchos años después, en la carta que el 12 de marzo de 1816 escribió a Tomás Godoy Cruz, a la sazón diputado por Mendoza al Congreso por reunirse días después en San Miguel del Tucumán. El Libertador le expresó en esa ocasión: "En el caso de nombrar a quien debe reemplazar a Rondeau, yo me decido por Belgrano; éste es el más metódico de lo que conozco en nuestra América: lleno de integridad y talento natural, no tendrá los conocimientos de un Moreau o de Bonaparte en punto a milicia; pero es, créame, lo mejor que tenemos en la América del Sud".

ESPIRITU AMERICANISTA
DE LA EPOPEYA SANMARTINIANA

Espíritu americanista de la epopeya sanmartiniana obtuvo en 1969 el primer premio en el Concurso Anual Literario de Investigación Histórica sobre la Personalidad y Obra del General José de San Martín. Fue organizado por la Fundación Rizzuto y auspiciado por el Regimiento de Granaderos a Caballo General San Martín. El Jurado estuvo integrado por el coronel Fued Gabriel Nellar, el doctor Isidoro J. Ruiz Moreno, don Alfredo Cánepa Sardón y el profesor José Carlos Astolfi, quienes tuvieron por asesor a don Francisco A. Rizzuto.

"Yo no tengo la libertad sino para elegir los medios de contribuir a la perfección de esta grande obra, porque tiempo ha que no me pertenezco a mí mismo, sino a la causa del continente americano".

(Del decreto dado por San Martín el 19 de enero de 1822, al delegar el gobierno del Perú con motivo de viajar a Guayaquil para entrevistarse con Bolívar.)

"Usted sabe que yo no pertenezco a ningún partido; me equivoco, yo soy del Partido Americano".

(Carta del Libertador a Tomás Guido, Nápoles, 20 de octubre de 1845.)

INTRODUCCION

En tres oportunidades, el Libertador San Martín se refirió expresa, sintética y claramente a la razón por la que se retiró del ejército español y en 1812 retornó a una América conmovida hasta sus cimientos por el afán de alcanzar su independencia política.

La primera ocasión en que lo hizo fue el 31 de junio de 1819, con motivo de presentar al director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata su renuncia a la jefatura del Ejército de los Andes. Expresó en esa oportunidad: "Hallábame al servicio de la España el año 1811 con el empleo de comandante de escuadrón del Regimiento de Caballería de Borbón cuando tuve las primeras noticias del movimiento general de ambas Américas, y que su objetivo primitivo era su emancipación del gobierno tiránico de la Península. Desde este momento me decidí a emplear mis cortos servicios a cualquiera de los puntos que se hallaban insurreccionados: preferí venirme a mi país nativo, en el que me he empleado en cuanto ha estado a mis alcances: mi patria ha recompensado mis cortos servicios colmándome de honores que no merezco...".[1]

Por segunda vez volvió sobre el tema en 1827, en una carta enviada al general Guillermo Miller para proporcionarle algunos datos que dicho jefe militar, su antiguo subordinado, le había solicitado con el objeto de componer sus Memorias. Hablando de sí en tercera persona, dijo el Libertador: "El general San Martín no tuvo otro objeto en su ida a América que el de ofrecer sus servicios al Gobierno de Buenos Aires: un alto personaje inglés residente en aquella época en Cádiz y amigo del general, a quien confió su resolución de pasar a América, le proporcionó por recomendación pasaje en un bergantín de guerra inglés hasta

Lisboa, ofreciéndole con la mayor generosidad sus servicios pecuniarios que aunque no fueron aceptados, no dejaron siempre de ser reconocidos".[2]

Finalmente, el 11 de setiembre de 1848, en una carta por él remitida al general Ramón Castilla desde Boulogne-sur-Mer, dijo: "Como usted yo serví en el ejército español, en la Península, desde la edad de trece a treinta y cuatro años, hasta el grado de teniente coronel de caballería. Una reunión de americanos en Cádiz, sabedores de los primeros movimientos acaecidos en Caracas, Buenos Aires, etc., resolvimos regresar cada uno al país de nuestro nacimiento, a fin de prestarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de empeñar...".[3]

Creemos que resulta ocioso buscar otras explicaciones a la decisión sanmartiniana de dejarlo todo en Europa y retornar a América para intervenir en la lucha entablada entre los dos bandos en pugna. Jamás, estamos convencidos, se encontrará ni el menor dato que permita un principio de prueba en favor de tesis más o menos peregrinas que desde antiguo se echan a rodar sobre el tapete de la dilucidación histórica.

José de San Martín volvió a América, a su América, en 1812, porque sintió el llamado en lo más íntimo de su alma y poseyó la suficiente fuerza de carácter como para no desoírlo. Era varón plenamente identificado con el principio de la libertad para los hombres e independencia para los pueblos; y porque lo era luchó por una y por otra primero en Europa, la tierra de sus mayores, y después en América, la tierra donde él había nacido. Y cuando volvió a Europa para radicarse allí tras haber realizado su epopeya, no se encerró en la torre marfilina del héroe desdeñado o del soldado victorioso que da por concluido su ciclo, sino, que, por seguir sintiéndose varón vivificado en su espíritu por los principios de libertad popular e independencia continental, se mostró siempre dispuesto a pujar por una y otra ya con la espada, ya con la gestión personal inteligente, y en ocasiones, más efectiva que la acción diplomática. Y porque era hijo de América, porque se sentía americano hasta lo más raigal de su espíritu, ya que no podía disponer de éste porque lo debía a su Creador, quiso que su corazón descansara en Buenos Aires, en América, hasta la consumación de los tiempos.

Tanto por sus dichos como por sus actos –avalado esto por el testimonio de sus contemporáneos y por el juicio de la historia–, San Martín demostró en todos los momentos de su vida pública y privada estar animado por un espíritu americanista que ni siquiera sufrió

mengua cuando las circunstancias adversas la hubieran hecho comprensible. Si rechazó siempre los halagos de la gloria y los homenajes sobrevinientes a toda victoria militar, rechazó más vigorosamente aún la posibilidad de contribuir con el poder de su sable y el prestigio de su persona a fomentar divisiones o a promover enconos, siempre fatales para la causa suprema de su patria y del continente todo. Sin negar la razón que podía asistir a quienes se sentían agraviados por la incomprensión o los abusos de los gobernantes máximos, jamás dejó de instarlos a dejar de lado este tipo de situaciones en homenaje a las exigencias perentorias del bien común de la causa americana. Y cuando entendió que esta causa demandaba hasta ese renunciamiento que resulta incomprensible para quien no sabe escrutar y entender los signos del tiempo histórico, no vaciló en ofrendarse bajo la forma de una abdicación impar en los anales de nuestra civilización moderna.

Durante su epopeya, todo lo hizo en función del espíritu americanista que animaba en lo más alma de su ser. Y porque así era, pudo afirmar en una oportunidad -y confirmarlo con todos los días de su vida y muy especialmente con los que vivió en Guayaquil- un pensamiento que constituye por sí solo la clave del éxito para cuantos en el hoy que nos toca vivir pujan con corazón limpio por la unidad continental: "Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío: hagamos un esfuerzo, transemos todo y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieren atacar nuestra libertad".[4]

Notas

[1] Archivo General de la Nación, *Solicitudes militares*. M. a Z. 1819. S-X-C30-A-3-N°· 1. Citado por Ricardo Piccirilli en *San Martín y la política de los pueblos*, pp. 118 y 119, Ediciones Gure, Buenos Aires, 1957. En este caso, como en todas las transcripciones de documentos que se harán en adelante, se utiliza una ortografía actualizada y se eliminan abreviaturas que puedan inducir a confusión.

[2] Alfredo G. Villegas, *Un documento de San Martín con referencias históricas*, Buenos Aires, 1945, p. 43.

[3] Adolfo P. Carranza, *San Martín. Su correspondencia*, Buenos Aires, 1911, p. 296.

[4] Carta de San Martín a José Artigas, Mendoza, 13 de marzo de 1819. En *Archivo de San Martín*, tomo IV, pp. 150-152.

I

HIJO DE AMERICA

El solar nativo

Comenzaba el año de 1817. Mientras José de San Martín, al frente del Ejército de los Andes, pasaba "las cordilleras más elevadas del globo", vencía en Chacabuco y entraba triunfante en Santiago de Chile, tropas portuguesas mandadas por el brigadier Chagas reducían a cenizas, entre otros pueblos misioneros, al de Yapeyú. "Ni los templos ni las cabañas –dice Mitre– fueron respetados; todos los pueblos fueron arrebatados, y el vencedor se replegó a su territorio cargado de botín, ostentando como trofeo ochenta arrobas de plata labrada, robada a las iglesias fundadas por los antiguos jesuitas. Después de la conquista, la historia no presenta ejemplo de una invasión más bárbara que ésta. Desde entonces las Misiones occidentales son un desierto poblado de ruinas".[5]

Cuarenta años corridos, en 1856, el geógrafo francés Martín de Moussy describía el lugar y sus ruinas con estas palabras: "A ocho leguas arriba de Restauración, sobre la misma costa del Uruguay, se encuentran las ruinas de Yapeyú, capital que fue de todas las Misiones en tiempo de los padres de la Compañía de Jesús. Yapeyú era una verdadera ciudad, y es fácil reconocerlo por el espacio que cubren sus ruinas. Hace sesenta años tenía todavía cinco mil quinientos habitantes, Un bosque casi impenetrable cubre el lugar de su emplazamiento, y para examinar las ruinas que todavía se conservan, es necesario abrir una picada con el machete, entre la espesura del bosque".[6]

Dentro de ese bosque impenetrable del que habla Martín de

Moussy, subsistían las paredes de la casa en que el 25 de febrero de 1778[7] había nacido José de San Martín, el futuro Libertador de América y protagonista de una de las epopeyas más extraordinarias que registra la historia de la humanidad.

Breve historia de Yapeyú, cuna del héroe

El 4 de febrero de 1627, en un paraje donde hasta entonces sólo había tres casas con cien indios, por decisión del provincial de la Compañía de Jesús, padre Nicolás Durán Mastrillo, quedó fundada la reducción de Nuestra Señora de los Tres Reyes de Yapeyú. Se levantaría sobre la margen derecha del río Uruguay, junto al río entonces llamado Yapeyú y denominado más adelante Guaviraví.[8]

La nueva población no difería en mucho de otras creadas antes o después por los misioneros jesuitas. Uno de ellos, el padre José Cardiel, describe así la planta de los pueblos misioneros: "Todas las calles están derechas a cordel y tienen de ancho dieciséis o dieciocho varas. Todas las casas tienen soportales de tres varas de ancho o más, de manera que cuando llueve se puede andar por todas partes sin mojarse, excepto al atravesar de una calle a otra. Todas las casas de los indios son también uniformes: ni hay una más alta que otra, ni más ancha o larga; y cada casa consiste en un aposento de siete varas en cuadro como los de nuestros colegios, sin más alcoba, cocina ni retrete..." Y más adelante agrega: "Todos los pueblos tienen una plaza de 150 varas en cuadro, o más, toda rodeada por los tres lados de las casas más aseadas y con soportales más anchos que las otras: y en el cuarto lado está la iglesia con el cementerio a un lado y la casa de los padres al otro... Hay almacenes y granero para los géneros del común y algunas capillas".[9]

Por ser el lugar de residencia del superior de los misioneros jesuitas, Yapeyú tuvo situación privilegiada entre todos los pueblos destinados a reunir a los indios reducidos e incorporados plenamente a las formas de convivencia propias de la civilización cristiana. Pero "por su privilegiada situación geográfica fue el blanco de las asechanzas de los portugueses y de las hordas de indígenas de yaros, minuanes y charrúas, que alentados por los primeros saqueaban las estancias, robando ganados, y destruyendo las sementeras".[10] Por esto los pobladores debieron en muchas ocasiones tomar las armas para escarmentar a los

invasores y así impedir la pérdida de vidas humanas y de importantes riquezas materiales.

En julio de 1768, y dándose así cumplimiento a lo dispuesto por la real cédula firmada por Carlos III el 27 de febrero de 1767, los jesuitas eran expulsados de Yapeyú, hasta donde llegó para ejecutar la orden –una orden que sería repudiada y resistida por muchos vasallos del rey Borbón– el gobernador Francisco de Bucarelli y Ursúa. Idos los jesuitas –esos misioneros que, junto con las verdades evangélicas, enseñaron concomitantemente a los indios a amar el trabajo y a defender con su libertad la independencia del suelo patrio–, pronto el desorden se generalizó en las reducciones, como lo testimonió Juan José de Vértiz al afirmar en un memorial dirigido al monarca que los indios "se entregaron a la matanza de ganados para alimentarse sin término ni medida, no atendiendo ya sus telares, siembras y otros trabajos establecidos, y lo que antes se llevaba y gobernaba por unas muy escrupulosas reglas se redujo a confusión y trastorno".

Reemplazado Bucarelli en 1770 por Vértiz en el ejercicio de la gobernación del Río de la Plata, el nuevo mandatario designó en 1774 por teniente gobernador de Yapeyú al mayor Juan de San Martín, oficial que había llegado a América en 1765 y que desde 1767 administraba una vasta hacienda, la Estancia y Calera de las Vacas, en la Banda Oriental, también propiedad de los jesuitas.

Así, por obra del encadenamiento histórico que sucedió a la real orden de extrañamiento de los hijos de San Ignacio, se instalaron en Yapeyú don Juan de San Martín, que a poco sería ascendido a capitán, y su esposa Gregoria Matorras.

El capitán San Martín ejerció el cargo con gran responsabilidad. Si bien debió prestar preferente atención a la lucha armada contra minuanes y portugueses, no descuidó su gestión administrativa, que llegó a ser fecunda. Tanto fue así, que cuando dejó el cargo, el Cabildo de Yapeyú manifestó respecto de aquélla que "ha sido muy arreglada, y ha mirado nuestros asuntos con amor y caridad sin que para ello faltase lo recto de la justicia y ésta distribuida sin pasión, por lo que quedamos muy agradecidos todos a su eficiencia".[11]

Mientras don Juan de San Martín se entregaba a la atención del cargo que se le había confiado, Gregoria Matorras vivía en Yapeyú dedicada a la crianza de sus cinco hijos, el menor de los cuales era José Francisco, nacido allí, como se ha dicho, el 25 de febrero de 1778.

La integración hispanoindoamericana

El futuro Libertador nació en uno de los lugares del Nuevo Mundo donde, durante más de un siglo y medio y por acción directa de los miembros de la Compañía de Jesús, se hizo uno de los más interesantes experimentos de integración a la civilización cristianoeuropea de seres no pertenecientes a la raza blanca. Aunque el proceso tan bien iniciado y desarrollado en sus primeras etapas quedó infelizmente interrumpido en 1767, al ser expulsados sus sostenedores, ni esto ni la ulterior decadencia registrada en los pueblos misioneros pudieron hacer olvidar el acierto del método escogido y lo mucho que habíase alcanzado en un lapso relativamente breve. Tanto fue así que producida la Revolución de 1810, los habitantes de la región que muy pronto se comenzaría a llamar Provincia de Misiones estuvieron entre los primeros del Virreinato del Río de la Plata que, además de reconocer la autoridad constituida en Buenos Aires, se incorporaron a los ejércitos convocados para sostenerla por medio de las armas. Descendientes de aquellos guaraníes, evangelizados por los jesuitas e integrados por ellos a una concepción de vida en que la libertad personal y la libertad de los pueblos ocupan lugar eminente, se batieron heroicamente siguiendo a Belgrano en los campos de Tacuarí y Paraguarí; junto a Rondeau primero y Alvear después en la campaña que culminó en 1814 con la toma de Montevideo; unidos hasta el fin con Artigas, pelearon contra el invasor portugués al que desde antaño conocían como el gran enemigo; su coraje también se manifestó en la guerra que las Provincias Unidas sostuvieron con el Brasil a partir de 1825, y si uno de los suyos integró la expedición de los Treinta y Tres Orientales, otro, Pablo Areguatí, por designación del gobierno de Buenos Aires, fue gobernador de las Islas Malvinas, en las que, tras llegar a fines de 1823, enarboló el pabellón argentino e intentó incrementar la explotación ganadera.

Sí, se batieron heroicamente en las grandes lides de la guerra por la Independencia, pero antes que junto a otro jefe, junto a quien había nacido en el solar común de Yapeyú.

Bien sabido es que mientras San Martín formaba en Buenos Aires su después glorioso cuerpo de soldados escogidos, el gobierno triunviro, por medio del secretario Bernardino Rivadavia y seguramente respondiendo al deseo del jefe recién llegado, pedía con fecha 22 de

agosto de 1812 a los subdelegados de Yapeyú, Candelaria y Concepción que reclutaran jóvenes "de talla y robustez que S. E. destina al Regimiento de Granaderos a Caballo, al mando del teniente coronel don José de San Martín, oriundo de aquel territorio". Y contestando a la convocatoria, en mayo del año siguiente ya llegaban a Buenos Aires 261 reclutas, a las órdenes de Matías Abucú, Miguel Abiyú, Andrés Guayaré y Juan de Dios Abayá.

Como bien dice el historiador misionero Antonio Monzón[12], "dicho contingente, cuyos integrantes frisaban en su casi totalidad entre 25 y 35 años de edad, conocen al auténtico misionero, al hombre a quien el destino depararía la libertad de medio continente, al 'paisano del mismo terruño', al inconfundible coterráneo". Y formados por el Gran Capitán, lucharon por más de una década por la libertad americana, tocándole a uno de ellos, a Miguel Chepoyá, ser uno de los pocos integrantes del puñado de heroicos granaderos que, a las órdenes de José Félix Bogado, volvieron a Buenos Aires en 1826.

San Martín no renunció jamás, ciertamente, a cuanto significaba por sí mismo lo español que había recibido por la sangre y la educación, mas siempre sintiéndose un americano cabal, y pudo ser así porque lo criollo no excluye lo hispánico en cuanto esto tiene de significación social y cultural. Y si por americano se sintió hermano del indio, no cayó en la confusión, que a más de uno ha hecho su víctima, de pretender una reivindicación de lo indígena mediante la negativa cerrada a reconocer cuanto de positivo significó para el primitivo habitante del Nuevo Mundo la llegada, tras las carabelas augurales del 12 de Octubre, de unos conquistadores que muy pronto se consustanciaron con las nuevas tierras y se lanzaron decididamente a incorporarlas a una civilización secular por obra del desarrollo armónico e inteligente de todas sus virtualidades.

No llegaron a tres los años en que San Martín, siendo todavía un párvulo, permaneció en su rincón natal. Difícil por imposible resulta determinar en qué medida influyó lo nativo –tanto a través de las personas como de las cosas– en ese niño nacido en el corazón misionero, más en medida importante –y por obra de inescrutables designios providenciales vitalmente manifestados– tiene que haber acaecido así, como el tiempo se encargó de demostrarlo.

Con José Pacífico Otero, quien expresa este pensamiento en la Introducción a su obra ya clásica, puede afirmarse parafraseándolo que

si bien la Tierra es la madre de todos, hay en ella parcelas o regiones que predominan las unas sobre las otras, y esto por estar allí nuestro punto de partida al advenir a la vida.[13] El Libertador no quedó al margen de esta ley, y a pesar de que era casi menos que un niño cuando por decisión de sus padres debió dejar el solar americano nativo, su imán lo atrajo siempre, no sólo hasta el punto de ofrendarle lo mejor de su existencia, sino también al extremo de recordarlo en los umbrales mismos de la vida eterna para devolver el estandarte de Pizarro, testimoniarle con el legado de su sable que lo reconocía como el lugar donde la libertad no era planta estéril y confiarle lo más entrañable de su cuerpo como expresión perenne del amor filial que siempre le profesó.[14]

Notas

[5] Bartolomé Mitre, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, Ediciones Anaconda, Buenos Aires, 1950, pp. 482 y 483.

[6] Martín de Moussy, *Description géographique et statistique de la Confédération Argentine*, París, 1864, pp. 702 y 703. Véase *Las misiones jesuíticas del territorio argentino en 1862 por Martín de Moussy* (traducción de José Luis Busaniche), en Boletín de la Comisión Nacional de Museos y Monumentos Históricos, Buenos Aires, 1948, año X, Nº 10, pp. 149-160.

[7] Damos esta fecha por ser la generalmente aceptada. José Pacífico Otero sostiene que el Libertador vino al mundo en 1777. Véase su magna obra *Historia del Libertador Don José de San Martín*, impresa en Bruselas, distribuida en Buenos Aires, 1932, tomo I, pp. 50-59.

[8] Un completo estudio sobre el pueblo en el que nació el Libertador fue escrito por el distinguido investigador José Torre Revello y reeditado por el Instituto Nacional Sanmartiniano en 1958: *Yapeyú (Ensayo histórico)*, Buenos Aires, 245 páginas. También da abundante información sobre Yapeyú el padre Guillermo Furlong en *Misiones y sus pueblos Guaraníes*, Buenos Aires, 1962, 774 páginas.

[9] José Cardiel S. J., *Breve relación de las Misiones del Paraguay*, en Pablo Hernández S. J., *Misiones del Paraguay. Organización social de las doctrinas guaraníes de la Compañía de Jesús*, Barcelona, 1913, tomo II, p. 514 y siguientes.

[10] José Torre Revello, obra citada, pp. 34 y 35.

[11] Sobre la actuación de Juan de San Martín en Yapeyú, véase José Pacífico Otero, obra citada, tomo I, pp. 5-22.

[12] De sus muchos y eruditos trabajos sobre el tema tomamos los datos que aquí se utilizan.

[13] *La tierra de mi nacimiento* estaba anidada en lo más alma del Libertador. Estas o palabras similares fueron escritas por él en más de una ocasión. Así, por ejemplo, cabe recordar sus dichos en la carta que remitió desde Mendoza, con fecha 7 de septiembre de 1816, al comodoro William Bowles, a la sazón jefe de la estación naval británica del Plata. En la ocasión, tras referirse a la desorganización y anarquía que reinaban en el seno de las Provincias Unidas, con la salvedad de que había paz y orden en la región y en las fuerzas

militares puestas bajo su mando, manifestaba: "En medio de estas tristes reflexiones, no me queda otro consuelo que el trabajar cuanto esté a mis alcances en beneficio *del suelo que me ha dado el ser* (Subrayado por E. M. M.), y dejar a la Providencia sus resultados". (En Piccirilli, Ricardo, *San Martín y la política de los pueblos*).

[14] Ricardo Palma demostró que el estandarte obsequiado a San Martín no era el llevado por Pizarro al conquistar la tierra peruana, sino el del Ayuntamiento de Lima. Como por error se confundía a éste con aquél, San Martín lo mencionó por tal en su testamento.

II

SOLDADO DE UNA MONARQUIA EN CRISIS

De cadete a teniente coronel

En 1783, don Juan de San Martín, su esposa Gregoria Matorras y los cinco hijos de ambos partieron de América rumbo a España, donde aquél debía agregarse al estado mayor de la plaza de Málaga.

Ya todos en la Península y corrido un lustro, el hijo menor, José Francisco, como cadete del regimiento de Murcia se incorpora el 21 de julio de 1789 al ejército real, en el que presta servicios hasta el 4 de septiembre de 1811 y del que se retira con el grado de teniente coronel de caballería.

Durante veintidós años y medio, como bien lo señala José Luis Busaniche[15], sus servicios castrenses a la monarquía estarán condicionados por la política que la rama española de los Borbones practica en los últimos años del siglo XVIII y en los primeros del XIX. Adolescente de apenas quince años, en 1791 interviene en el sitio de la africana Orán; entre 1793 y 1795, ya graduado de subteniente, participa en la guerra mantenida por Carlos IV contra el gobierno revolucionario de Francia; 1797 y 1798, ya teniente, los pasa luchando a bordo de buques españoles contra la flota británica del Mediterráneo; en 1801, sirve en la guerra contra Portugal, en "la Guerra de las Naranjas", y a partir de 1808, como capitán primero y como teniente coronel después, combate con denuedo y fama contra los ejércitos napoleónicos invasores. Sin exageración, podrá decir, en carta dirigida a Bernardo O'Higgins el 20 de agosto de 1822: "... mi juventud fue sacrificada al servicio de los españoles".

A nuestro San Martín le toca luchar por las banderas de una monarquía decadente, por una monarquía que, ya sea desempeñada por Carlos IV, ya por Fernando VII, en nada recuerda, si de la espada se trata, al Carlos de Habsburgo vencedor en Mülhberg, y si de la política se habla, al católico Fernando V de Aragón. Los dos Borbones, padre e hijo, serán los tristes protagonistas de la farsa de Bayona. Mientras tanto, Napoleón Bonaparte practica el juego de monarcas de recambio: un primer ofrecimiento a José, rey de Nápoles; después un intento de reconciliación con Luciano; en tercera maniobra, dirá a Luis: "He resuelto poner un príncipe francés en el trono de España. El clima de Holanda no te sienta bien". Finalmente, escribirá a Murat: "He destinado al rey de Nápoles a reinar en Madrid". Y el 11 de junio de 1808, en el anuncio de su advenimiento hecho al consejo de Castilla, se le darán todos los títulos de los reyes de España: "Don José, por la gracia de Dios, rey de Castilla, de Aragón, de las dos Sicilias, de Jerusalén, de Navarra..." Títulos que, por considerarlos excesivos, el César redujo a "rey de España y de las Indias".

Aquello que el pueblo decía del Cid, "¡Ay, Dios, qué buen vasallo si hubiera buen señor!", bien podría haber sido aplicado a este joven militar americano entregado al servicio de una monarquía tan inepta en lo político como carente de sentido nacional.

Los signos de la historia

Jamás serán entendidos ni el proceso de la independencia de las provincias americanas integradas en la monarquía española, como heredera ésta de la de Castilla en cuanto hace al Nuevo Mundo, ni la decisión sanmartiniana de retornar al solar nativo si no se inserta a ambos hechos, diferentes pero relacionados entre sí, en su contexto, o sea en la crisis de la monarquía hispánica, y si no se los vincula con la problemática de una Europa que vive esa etapa capital de su historia que va de la iniciación de la Revolución Francesa hasta el definitivo derrumbe del imperio napoleónico.

San Martín, en la medida propia de su edad y de su ubicación en el cuadro de oficiales del ejército español, vivirá el proceso día por día y participará en él, si no con la actitud propia del protagonista, seguramente sí con la del analista de inteligencia despejada y juicio prudente. Y si se

nos permite incursionar por el campo de la conjetura legítima, no creemos aventurado afirmar que para la maduración de su pensamiento político tienen que haber sido decisivos esos años que mediaron entre la conclusión de "la Guerra de las Naranjas" y el comienzo de la lucha contra el invasor francés. Aunque siempre entregado a la faena militar, en ese lapso para él casi constantemente signado por la vida cuartelera, debe haber tenido grandes posibilidades para reflexionar sobre cuanto estaba ocurriendo en la arena política y extraer sus conclusiones personales. La historia universal nos demuestra con vívidos ejemplos cómo son fundamentales para los grandes hombres los años oscuros de su existencia, esos períodos en que, so capa de lo rutinario, se está cumpliendo en lo íntimo la gran forja de la personalidad definitiva y está madurando el pensamiento profundo.

San Martín es observador, es testigo, en estos años en que si por una parte toda Europa se ve comprometida en la gran aventura de la restauración del cesarismo, por otra las Españas –la del Viejo Mundo y la del Nuevo Mundo– ven corroerse por dentro a su secular estructura monárquica.

Desde 1789, Europa está viviendo un tremendo proceso revolucionario que tiene su epicentro en Francia. Es aquí donde se enfrentarán dos tendencias bien definidas respecto de la metodología con que debe desarrollarse ese proceso: la jacobina y la, corrido el tiempo, denominada girondina. Los partidarios de aquélla creen en la posibilidad de revolucionar a Francia sin que esto deba necesariamente relacionarse con el resto de Europa; parecen creer que las fronteras naturales les darán la seguridad que buscó Shih Huang-ti para China con la Gran Muralla. Los seguidores de Brissot –los girondinos–, por entender que las ideas tienen valor universal, sostienen que la Revolución se realiza en todas partes o en ninguna; para que se desarrolle será supuesto necesario la propaganda revolucionaria. El tiempo dará la razón a éstos y Bonaparte, el Bonaparte de los primeros tiempos, el republicano, encarnará el pensamiento girondino con su primera campaña a Italia. En las vísperas de la expedición a Egipto, dice a su hermano José: "El sistema de Francia debe llegar a ser el de Europa, si ha de durar"; y ya primer cónsul, afirma ante el Consejo de Estado: "Es preciso que la forma de los gobiernos que nos rodean se aproxime a la nuestra... Hay un espíritu de guerra entre las viejas monarquías y una república completamente nueva. He aquí la razón de las discordias

europeas...” Mas este Napoleón, que junto con la guerra lleva por buena parte de Europa “los grandes principios” de 1789 –la igualdad ante la ley, la posibilidad para todos de acceder a todas las funciones, la abolición del régimen feudal y de cuanto éste implicaba–, pronto será reemplazado por ese otro Napoleón que, ya coronado emperador, no se siente en derecho sucesor de reyes, sino de Carlomagno, y que tiene por proyecto más caro hacer de París la capital del mundo y la residencia del Soberano Pontífice. El proyecto, obviamente, demandaba reordenar a Europa “bajo un solo jefe, bajo un Emperador que tuviese por oficiales a los reyes, que distribuyese reinos a sus lugartenientes, que hiciese a uno rey de Italia, a otro de Baviera, a éste *landamman* de Suiza, a aquél estatúder de Holanda, todos con cargos en la casa imperial. La dinastía de los Bonaparte ocupará los tronos europeos quedando todos sus miembros subordinados al Emperador”. “Al coronarlos –reconocerá Napoleón en Santa Elena– yo no los consideraba en mi pensamiento más que virreyes, agentes de mi política, que yo volvería a llamar a las filas francesas, según la exigencia de la paz general o de la reorganización del imperio europeo”.

Mientras el edificio imperial se va construyendo, la monarquía española es vista como una aliada casi natural y a la vez necesaria. “En esas relaciones –afirma el historiador español Jesús Pabón, a quien seguimos en esta parte de nuestro trabajo–[16], América es, para el Primer Cónsul, un tesoro que hará de España una aliada rica para una Francia conquistadora y devoradora de riquezas. Para España, la Francia, ordenada por el Consulado y militarmente poderosa, será, fundamentalmente, una aliada que le ayudará a detener en América las ambiciones de Gran Bretaña y la expansión de los Estados Unidos”.

Mas todo permite suponer que en lo más recóndito del esquema napoleónico, España –y con ella América– es una aliada circunstancial; en definitiva, lo hispánico deberá integrarse en el Imperio. Seguramente es sobre la base de su plan que no se opone al pedido de Manuel Godoy de que, por el Tratado de Fontainebleau, el rey de España tome el título de Emperador con respecto de América. La anexión de España sería una decisión anidada en su espíritu ya en la primavera de 1805. Y todo encaja perfectamente en una frase que se le atribuye: “Antes de diez años, mi dinastía será la más antigua de Europa”. Aunque siga habiendo Pirineos, ni de uno ni de otro lado habrá Borbones.

Pero cuando se consume la incorporación de España al Imperio,

esa incorporación –total o a medias, pero incorporación al fin en lo oficial–, a la vez que romperá ese *orbe propio* formado por la Península y por Hispanoamérica, según la feliz denominación creada por Ricardo Levene, determinará para la España europea la pérdida de su independencia y para la América española, no sólo el riesgo de ver perecer la vida propia, sino el desdén por una dinastía que, si en lo interno provocaba desde tiempo atrás el desquicio administrativo, en lo internacional se había mostrado ayuna de grandeza.

En Hispanoamérica se tenía clara noción de cuanto estaba ocurriendo. Así, tras llegar a Buenos Aires el 23 de agosto de 1808 el brigadier José Manuel Goyeneche con mensajes de la Junta Central de Sevilla respecto de su establecimiento y con el pedido de que se reconociera su autoridad, así como de una solicitud de ayuda financiera para luchar contra el invasor francés, el Cabildo de Buenos Aires dará una proclama en la que, respecto de la guerra que se libra por la España metropolitana, expresa: "... para sostenerla nos pide auxilios, no de gente ni de armas porque los tiene; sí de numerario, porque carece de él a causa de las vejaciones y estafas que ha experimentado por espacio de diez y ocho años, regida y gobernada a voluntad de otro tirano".[17] Como bien señala el historiador Roberto Marfany, para el mundo hispánico hay en estos momentos dos tiranos: uno en el interior, Manuel Godoy; otro, el invasor, Napoleón.[18]

El capítulo de cargos contra la dinastía de Borbón, personalizándolo en su valido Godoy, es tremendo. El 13 de septiembre de 1808 dirá el Cabildo de Buenos Aires en un informe a la Junta Central: "La corrupción de los ramos todos del Gobierno ha llegado a su último término. La prostitución se ha hecho tan escandalosa como insoportable. En la administración de justicia se procede sin sujeción a las leyes: la policía no reconoce reglas; la Real Hacienda se maneja sin economía y con criminal indolencia; la milicia no se rige por su Ordenanza y nada dista más que de observarla y cumplirla. Todo es un trastorno en esta parte de la Dominación española y un desorden que lleva tras sí la ruina de la América del Sur. Sea la distancia que nos separa, sea el asilo o protección que ha dispensado ese mal hombre árbitro de la Monarquía, la América en muchos años ha tenido que sufrir jefes corrompidos y déspotas, ministros ignorantes y prostituidos, militares ineptos y cobardes. La conveniencia propia ha sido el norte y guía de sus operaciones. El bien del Estado y la felicidad de la Nación se ha mirado

como quimeras y sólo se ha hecho uso de estas voces sagradas para encubrir la maldad, fomentar la estafa y sacrificar los pueblos".

Desde ese magnífico puesto de mira que en tiempos de paz es para un militar el cuartel, San Martín ha seguramente abarcado en toda su dimensión la crisis política de la dinastía borbónica. Y hasta él han llegado desde Buenos Aires las noticias del triunfo sobre el invasor inglés tanto en 1806 como en 1807, prueba cierta a la vez que del coraje criollo, de la aptitud del pueblo rioplatense para enfrentar por sí solo y con posibilidad de éxito tanto la contingencia del ataque inesperado como la embestida franca y formidable. Con la invasión francesa todo cambia súbitamente en España: del cuartel se pasa al campamento y en cada tienda de éste funciona una logia castrense. Los combates y las batallas se suceden con suerte varia; ínterin se está en permanente estado de deliberación.

Como militar, San Martín participa desde el primer momento en la lucha contra el invasor. Así, actúa en el ejército de Andalucía junto al general Castaños, y si el combate de Arjonilla le permitirá distinguirse por su coraje, la casi inmediata batalla de Bailén le deparará una medalla y el ascenso a teniente coronel. Pero como Napoleón está todavía en situación de no aceptar derrotas, no deja correr mucho tiempo hasta lanzarse sobre España con un ejército de 300.000 hombres. Mientras José I se afianza en el trono, lo logrado por los españoles en Bailén se va perdiendo en Burgos, en Tudela, en Espinosa y en la gran derrota de Ocaña. La Junta Central ha desaparecido; el Consejo de Regencia que la sucede no inspira confianza y unas improvisadas Cortes se reunirán en una porción del territorio no ocupada por los franceses, pero ya sitiada. No hay margen de maniobra para los ejércitos regulares y sólo pueden actuar los guerrilleros españoles.

La hora de la decisión

"Treinta y tres años tenía San Martín –dice Samuel W. Medrano– a mediados de 1811, después de la batalla de la Albuera, y más de veinte de continuada milicia, tres de los cuales en una guerra que no fue solamente combatir con las legiones del capitán del siglo, sino también obligada actuación en el centro de aquella conmoción social provocada por un levantamiento sin precedentes, en que todo un pueblo acompañaba

a las tropas regulares en la lucha 'por la causa', como él mismo decía; y que alcanzaba en el orden interno, cada vez con dimensiones más agudas y multiformes, la extrema gravedad de una crisis política y religiosa".[19]

Ciertamente, la crisis era total. Si de la dinastía se trataba, nadie en lo íntimo de sus corazones osaba hacer la menor defensa del rey Carlos ni de Fernando VII, el monarca que parecía estar más complacido por ser prisionero en Valençay que apenado por la situación de las Españas. En cuanto al gobierno del territorio metropolitano aún libre, los estados críticos se sucedían cada vez con mayor agudeza: la Junta Central de Sevilla, en la que predominaba el bando constitucionalista, había sido sustituida el 29 de enero de 1811 por una Regencia que pretendía asumir como aquélla, y con tan poco derecho como aquélla, la representación del rey prisionero. Y si por una parte los dirigentes naturales del pueblo se dividían en liberales y absolutistas, por otra todo era cuestionado; si la última institución del régimen antiguo, el Consejo de España e Indias, había tachado de ilegítima y usurpadora a la Junta Central, ahora pretendía dominar a la Regencia la Junta Provincial de Cádiz; y cuando esa Regencia convocaba a las Cortes y les juraba obediencia, el diputado mexicano Lardizábal sostenía que el acatamiento había sido hecho ante la presión del ejército y del pueblo. En pleno funcionamiento de las Cortes –constituidas cuando ya se habían producido los pronunciamientos de Caracas, Buenos Aires y Santiago–, pronto se vio cómo todo era puesto en tela de juicio, afirmándose rotundamente cuanto hasta ayer se negaba y negándose cuanto hasta ayer se afirmaba. "De un régimen en que las Cortes –como dice el historiador español Fernando Soldevilla– no era nada y la persona del rey lo era todo, se había pasado a un régimen en el que la realeza había sido despojada de la soberanía. Hasta el título de majestad fue empleado por las Cortes".

El panorama político era por demás confuso y el futuro no permitía alentar muchas esperanzas. Día por día hacíase cada vez más evidente que, en caso de recuperarse la independencia nacional, no sería probable que se volviese al antiguo régimen político y que con él retornaran instituciones tenidas por obsoletas. Expulsado el invasor y restablecida la paz interna, ¿ésta se conseguiría sobre la base del acuerdo fecundo entre las fracciones o mediante el triunfo total de un sector sobre otro? Además, ¿resultaba aceptable que sin más ni más volviese a ocupar el trono una dinastía que tan poco digna se había

mostrado? Y, finalmente, quedaba subsistente el problema político que significaba el futuro de una América libre todavía del imperialismo napoleónico pero harta de soportar desdenes y abusos por parte de los máximos gobernantes residentes en la metrópoli.

Todas estas incógnitas se habrán planteado seguramente en la conciencia de San Martín. El tiempo urgía para que optase y las alternativas no eran muchas. "Para él –dice Margaret H. Harrison– resultaba evidente que España, con Napoleón o Fernando, carecía de futuro. En cualquier caso, el país se hallaría bajo las garras de la tiranía. Salvar a las jóvenes naciones de América de este destino sin esperanza, hacerlas independientes y capaces de labrar su propia grandeza, fue la tarea casi sobrehumana que lo atrajo irresistiblemente. Se convirtió en él en una vocación religiosa, en una idea fija. Ya había pagado su deuda con España, y los honores que ella le otorgara carecían de sentido para él".[20]

Para el futuro del Libertador, la hora de la decisión había llegado y urgido por el "serás lo que debes ser, o no serás nada", eligió un camino que fue consecuencia natural de la lealtad que siempre había tenido para consigo mismo.

Años después, en julio de 1820, al despedirse de los habitantes del Río de la Plata con motivo de iniciarse desde Chile la expedición al Perú, evocaría ese momento crucial de su existencia con palabras tan sencillas como expresivas: "Yo servía en el ejército español en 1811. Veinte años de honrados servicios me habían atraído alguna consideración sin embargo de ser americano. Supe la revolución de mi país, y al abandonar mi fortuna y mis esperanzas sólo sentía no tener más que sacrificar al deseo de contribuir a su libertad".[21]

Juzgando con gran lucidez ese momento de la vida del héroe, con verdad dice José Luis Busaniche: "Es común presentar a San Martín en actitud equívoca, abandonando la causa *victoriosa* (!) de España después de veinte años de servicios para unirse a los revolucionarios de América... Esto lo dicen generalmente quienes se sienten inclinados en historia a profetizar lo pasado... y el coro repite. Sin embargo, por poco que se examine la situación de la Península en 1810 y 1811, caemos en la cuenta de que en 1811 la causa de España se halla perdida. Lo único que había conseguido Wellington era expulsar a los franceses de Portugal. ¡Y habían sido tantas las alternativas de la guerra! Bien podría ser expulsado él de Portugal, en el año siguiente... No era posible adivinar lo que ocurriría en 1812... Nadie podía estar al cabo en España de que

Napoleón pensaba invadir a Rusia y mucho menos que fracasaría en esa campaña".[22]

Puesta la decisión sanmartiniana, como antes se dijo, en su contexto –o sea en medio de la crisis de la monarquía hispánica– y vinculada con la problemática de una Europa de signo cesarista, se muestra como asentada sobre una lógica irrebatible. Su decisión, la decisión de un americano residente en España fue tan cuerda y tan dotada de sentido prospectivo como la tomada por los pueblos hispanoamericanos, algunos ya pronunciados al promediar 1811 y otros por hacerlo en el tiempo próximo.

El hombre americano –el americano José de San Martín que prestaba servicio militar en España; el americano Manuel Belgrano (elijámoslo a él como modelo para encarnar una situación) que vivía en su tierra nativa– optó inteligentemente en la emergencia histórica que le tocó sortear. Su decisión hará posible para América una Independencia que dará su razón definitiva al Descubrimiento, así como las naciones surgidas por obra de aquélla se constituirán a la postre en la máxima justificación de esa gesta impar que hizo la cristiandad hispana por obra de la Conquista y de la llamada comúnmente Colonización.

La opción formulada por el hombre americano inevitablemente acrecentaría la tragedia del español europeo residente en el Nuevo Mundo. Su tierra nativa había perdido la libertad a manos de Napoleón y ahora América iniciaba el proceso independentista y con él, su separación política de España. Bajo sus pies sentía conmoverse hasta desaparecer esa tierra repartida en dos continentes y que consideraba propia. Más paradojal se presentaría la realidad para el nativo de España que, mientras luchaba en su amada patria por la recuperación de una independencia nacional que juzgaba como un derecho inalienable, se negaba tozudamente a reconocer que esa independencia era también un derecho natural para el hombre americano.

Dispuesto a enfrentar a uno y a otro, y hechos a la luz del día los trámites pertinentes, en septiembre de 1811 dejaba José de San Martín para siempre la tierra de sus padres. Se dirigía a América, haciendo escala en Londres, "a fin de presentarle nuestros servicios en la lucha, pues calculábamos se había de empeñar", según su decir contenido en la carta al general Castilla antes mencionada.

A impulsos de un decidido espíritu americanista comenzaba, pues, la epopeya sanmartiniana.

[15] José Luis Busaniche, *San Martín vivo*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1950, p. 14.

[16] Jesús Pabón, *La Europa de la Revolución de Mayo*, en Academia Nacional de la Historia, *Tercer Congreso Internacional de Historia de América*, tomo II, pp. 300-313, Buenos Aires, 1961.

[17] Archivo General de la Nación, *Acuerdos del extinguido Cabildo de Buenos Aires*, serie IV, tomo III, p. 196, Buenos Aires, 1927.

[18] Roberto H. Marfany, *Vísperas de Mayo*, Ediciones Theoría, Buenos Aires, 1960, p. 9.

[19] Samuel W. Medrano, *El Libertador José de San Martín*, Colección Austral, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1950, p. 40.

[20] Margaret H. Harrison, *Capitán de América - Vida de José de San Martín*, Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1943, pp. 59-60.

[21] *Archivo de San Martín*, tomo VII, p. 216.

[22] José Luis Busaniche, obra citada, pp. 20 y 21.

III

ESPIRITU AMERICANISTA DE LA EPOPEYA SANMARTINIANA

Claves de una conducta

En la carta que el Libertador envió desde Boulogne-sur-Mer, con fecha 11 de septiembre de 1848, al general peruano Ramón Castilla, incluye una manifestación personal que por sí sola constituye la explicación y la clave de la conducta personal que observó invariablemente durante toda su gesta en América. Dice San Martín: "...En el período de diez años de mi carrera pública, en diferentes mandos y Estados, la política que me propuse seguir fue invariable en dos solos puntos, y que la suerte, y circunstancias más que el cálculo favorecieron mis miras, especialmente en la primera, a saber: la de no mezclarme en los partidos que alternativamente dominaron en aquella época en Buenos Aires, a lo que contribuyó mi ausencia de aquella capital por espacio de nueve años.

"El segundo punto fue mirar a todos los Estados americanos en que las fuerzas a mi mando penetraron, como Estados hermanos interesados todos en un santo y mismo fin. Consecuentemente con este justísimo principio, mi primer paso era hacer declarar su independencia y crearles una fuerza militar propia que la asegurase. He aquí, mi querido general, un corto análisis de mi vida pública seguida en América; yo hubiera tenido la más completa satisfacción habiéndole puesto fin con la terminación de la guerra de la independencia en el Perú; pero mi entrevista en Guayaquil con el general Bolívar me convenció, no obstante sus protestas, que el solo obstáculo de su venida al Perú con el ejército a su mando no era otro que la presencia del general

San Martín, a pesar de la sinceridad con que le ofrecí ponerme bajo sus órdenes con todas las fuerzas de que yo disponía.

"Si algún servicio tiene que agradecerme la América, es el de mi retirada de Lima, paso que no sólo comprometía mi honor y reputación, sino que me era tanto más sensible, cuanto que conocía que con las fuerzas reunidas de Colombia, la guerra de la Independencia hubiera sido terminada en todo el año 23. Pero este costoso sacrificio y el no pequeño de tener que guardar un silencio absoluto, tan necesario en aquellas circunstancias, de los motivos que me determinaron a dar este paso, son esfuerzos que Ud. podrá calcular y que no está al alcance de todos el poderlos apreciar".[23]

Para no perder de vista el objetivo fundamental –la independencia americana–, no mezclarse en las contiendas partidarias, mirar a todos los pueblos como hermanos, ceder en lo personal, abnegarse hasta rozar lo sobrehumano en homenaje al bien común: he aquí claramente expuestas por el propio San Martín las tres piedras sillares básicas sobre las que construyó su epopeya libertadora.

Esto que escribió en 1848 podría ser tenido por un medio destinado a lograr su justificación histórica más allá de la verdad de los hechos, si treinta años antes no hubiera dicho, con palabras diferentes, algo muy igual en una carta dirigida, con fecha 13 de marzo de 1819, al gobernador de Santa Fe, don Estanislao López: "Transemos nuestras diferencias; unámonos para batir a los maturrangos que nos amenazaban y después nos queda tiempo para concluir de cualquier modo nuestros disgustos en los términos que hallemos por convincentes sin que haya un tercero en discordia que nos esclavice".[24]

Si Guayaquil está explicado en la carta a Castilla, no es menos cierto que había sido anunciado en la dirigida a López.

El plan de liberación

Afirma Juan Bautista Alberdi[25] que preguntándole Bernardino Rivadavia, a la sazón secretario del Poder Ejecutivo triunviro, al futuro Libertador, a poco de arribar éste a Buenos Aires en marzo de 1812, "¿a qué venía a América si no estaba por la República?", "Vengo a trabajar por la independencia de mi país –respondió San Martín– y de esto se

trata hoy; en cuanto a la forma de gobierno, es asunto secundario que se tratará después del éxito".

Verdadero el diálogo en sus términos o no, la respuesta sanmartiniana, en cuanto a prioridades, tiene el carácter de lo definitivo y de lo definitorio. Y si no dijo tales palabras en esa ocasión, bien pudo haberlas dicho, porque para él nada hubo superior a la independencia americana, y al logro de ésta dedicó todos sus esfuerzos, a la vez que en su homenaje realizó todos los sacrificios, hasta el máximo del renunciamiento personal. El, como expresó Ricardo Levene, "... es un soldado de una causa: la causa de la independencia en América, que ha subordinado todos sus movimientos a ideas esenciales. Y por eso fue un guerrero en el que la vocación por la libertad y la paz brillan con luz propia en su genio político".[26]

Y porque "argentinidad y americanismo –en feliz frase de José Pacífico Otero– son los dos términos de un binomio dinámico que se conjuga armoniosa y solidariamente en su corazón", desde el primer momento de su llegada luchará a la vez por el buen futuro de su patria nativa y por el de la América toda. Lo intuye en lo más íntimo de su ser, siempre iluminado por su espíritu americanista que carece de repliegues y que no conoce las ambigüedades, y se juega íntegramente para lograr los apoyos necesarios que le permitan llevar adelante la empresa.

Como bien fue expresado por Mitre, es indudable que ya en 1814 San Martín está convencido de que los Andes y el Pacífico son el camino obligado de la guerra argentina y de la revolución argentina americanizada. En virtud de esto se revelará al presidente del Consejo de Estado, don Nicolás Rodríguez Peña, a través de la carta que le remite con fecha 22 de abril de 1814, con motivo de haber asumido el comando en jefe del Ejército del Norte, y en la que expresa: "No se felicite, mi querido amigo, con anticipación de lo que yo pueda hacer en ésta; no haré nada y nada me gusta aquí. No conozco los hombres ni el país, y todo está tan anarquizado, que yo sé mejor que nadie lo que poco o nada puedo hacer. Ríase usted de esperanzas alegres. La patria no hará camino por este lado del norte, que no sea una guerra permanente, defensiva, defensiva y nada más; para eso bastan los valientes gauchos de Salta, con dos escuadrones buenos de veteranos. Pensar en otra cosa es echar al Pozo de Airón hombres y dinero. Así es que yo no me moveré, ni intentaré expedición alguna. Ya le he dicho a usted *mi secreto*: un ejército pequeño y bien disciplinado en Mendoza, para pasar a Chile y

acabar allí con los godos, apoyando un gobierno de amigos sólidos, para acabar también con los anarquistas que reinan. Aliando las fuerzas, pasaremos por el mar a tomar Lima; es ése el camino y no éste, mi amigo. Convénzase usted que hasta que no estemos sobre Lima, la guerra no acabará".[27]

Su secreto está revelado y confiado al amigo. Ahora queda a cargo de éste –varón también como el juramentado en el seno de la logia Lautaro a luchar por la independencia americana– lograr del gobierno por él integrado que se favorezca la puesta en marcha del plan de liberación sobre la base de concederse una petición aparentemente de tono menor: "Estoy bastante enfermo y quebrantado; más bien me retiraré a un rincón y me dedicaré a enseñar reclutas para que los aproveche el gobierno en cualquier parte. Lo que yo quisiera que ustedes me dieran cuando me restablezca, es el gobierno de Cuyo. Allí podría organizar una pequeña fuerza de caballería para reforzar a Balcarce en Chile, cosa que juzgo de gran necesidad, si hemos de hacer algo de provecho, y le confieso que me gustaría pasar mandando este cuerpo".

Todo está dicho, pero inteligentemente cubierto con el velo de la discreción militar y de la agudeza política. A ciertos espíritus medrosos, y de éstos había buenos exponentes en el gobierno bonaerense, hubiera carecido de sentido proponerles la formación de un gran ejército para con él llegar hasta Lima en momentos en que, con gesto de Júpiter tonante, se reinstalaba en su trono Fernando VII de Borbón. Resultaría mucho mejor que Rodríguez Peña hablase de "una pequeña fuerza de caballería...".

Si en toda tragedia sofoclea no faltaba la "pequeña palabra" preñada de consecuencias trágicas, aquí, en la raíz de la frase deslizada casi como al pasar, está la clave del plan de liberación americana: "Lo que yo quisiera que ustedes me dieran... es el gobierno de Cuyo... una pequeña fuerza de caballería para reforzar a Balcarce a Chile...".

Con acuerdo de su Consejo de Estado, el director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, don Gervasio Antonio Posadas, firma el 10 de agosto de 1814 el decreto de designación de José de San Martín como gobernador intendente de Cuyo. Ya instalado el futuro Libertador en su nueva sede, la región comenzará enseguida a convertirse en la base de la gran empresa. Allí se desarrollará la primera etapa del plan merced a una realización sorprendente tanto por la suma de logros que debió alentar como por la suma de voluntades que logró conjugar.

En Cuyo, en la *ínsula cuyana*, se dio la síntesis más expresiva del espíritu americanista que, a impulsos de una fe desbordante, ofreció lo mejor de sí por tener esperanza en su destino. "Quizá en ningún otro momento de su actuación aparezca San Martín más identificado con el espíritu de su pueblo que en esos años de gobierno administrativo y militar, en cuyo ejercicio la severidad del magistrado se confundió muchas veces con el amor del padre y su autoridad inflexible de conductor halló la correspondencia más fiel".[28] Cuyo respondió afirmativamente al llamado de su nuevo gobernante, hecho a través de un bando que dirigió al pueblo a poco de asumir el mando: "Cuando la América por un rasgo de virtud sublime quebrantó las cadenas de la opresión peninsular, juró a la patria sacrificarlo todo por arribar al triunfo de aquel glorioso empeño. Así es que desde entonces debió desaparecer de entre nosotros el ocio, la indiferencia, la molicie y todo cuanto podía enervar la fuerza de aquella valiente resolución. Consecuente a esto, la actividad, la dureza de la vida armada, es el verdadero carácter que debe distinguirnos. No es suficiente dar nuestro sosiego, nuestra existencia misma".[29]

Al hablarse del plan continental de San Martín, es de estricta justicia recordar a quien fue pieza capital en la operación destinada a convencer a los gobernantes rioplatenses no sólo de la bondad de ese plan, sino de la urgencia de ponerlo en práctica: Tomás Guido, *mi lancero* como lo llama invariablemente el Libertador en la correpondencia que le dirige. Una correspondencia epistolar que es la viva expresión de la mutua confianza y amistad que se profesaron y que sólo la muerte logró interrumpir.

En su condición de oficial mayor de Guerra, presentó Guido el 10 de mayo de 1816, al supremo director del Estado, por entonces con carácter interino, Antonio González Balcarce, un extenso y profundo estudio sobre la factibilidad de organizar una expedición militar llamada a emancipar a Chile y al Perú. No es exagerado decir que el documento, que no era otra cosa sino la exposición razonada y hecha en detalle del plan sanmartiniano, tuvo influencia decisiva sobre el Poder Ejecutivo directorial y el Congreso a la sazón reunido en Tucumán. Gracias al memorial se cambió por completo de rumbo en lo político y de estrategia en lo militar, decidiéndose dar a San Martín cuanta ayuda fuera menester para realizar la campaña libertadora de Chile, cuya ejecución fue en adelante el gran objetivo que reemplazó al propósito de buscar

solamente por el Norte la revancha de las derrotas sufridas en Vilcapugio, Ayohuma y Sipe-Sipe.

Las conclusiones a las que se llega en la *Memoria*, sin restarle a ésta nada del indudable mérito que tuvo como medio para llegar a la realización de la epopeya, muestran acabadamente –y el valor testimonial de Guido es irrecusable porque sin discusión fue uno de los pocos hombres que gozó de la intimidad del Libertador y para quien éste no tuvo reservas– que el proyecto de San Martín era realmente un plan continental, o sea que estaba alentado por un espíritu americanista que derivaba del hecho de concebir al Nuevo Mundo hispánico como la patria común, y no como una ancha base geográfica para que sobre ella tomaran ubicación los parcelamientos nacionales o regionales. A mayor abundamiento, repitamos una vez más esas conclusiones: "La ocupación del Reino de Chile es el objetivo principal que a mi juicio debe proponerse el gobierno a todo trance, y a expensas de todo sacrificio: 1°) Porque es el único flanco por donde el enemigo se presenta más débil; 2°) Porque es el camino más corto, fácil y seguro para libertar a las provincias del Alto Perú; 3°) Porque la restauración de la libertad en aquel país puede consolidar la emancipación de América, bajo el sistema que aconsejen los ulteriores acontecimientos".

El nuevo director supremo designado por el Congreso, don Juan Martín de Pueyrredón, hasta entonces diputado por San Luis, tras imponerse reflexivamente de la *Memoria* escrita por Guido, no vaciló en dar todo su apoyo al plan continental. La entrevista que mantuvo con San Martín en Córdoba, alrededor del 20 de julio de 1816, fue el medio idóneo para llegar al gran acuerdo y la casi inmediata creación del ejército de los Andes, la primera expresión concreta de que el plan se ponía en marcha, y con él una epopeya que tendría por causa y consecuencia la libertad de América.

La independencia como expresión de libertad

"Consecuente a este justísimo principio [*o sea que los nuevos Estados americanos se hermanasen todos en torno de una misma finalidad*], mi primer paso era hacer declarar su independencia y crearles una fuerza militar propia que la asegurase", afirmó San Martín en su antes recordada carta a Ramón Castilla.

Nada más cierto, como lo probó con hechos tanto en las Provincias Unidas como en Chile y en el Perú. Así, si en aquellas insistió ante sus amigos oportuna e inoportunamente hasta que finalmente vio concretado su anhelo de declaración de la independencia, en Chile la apoyó como un paso necesario y en el Perú la proclamó de viva voz en acto solemnísimo. Por estar imbuido de sólidos principios políticos y por ser sumamente respetuoso de las formas legales, bien comprendía y sostenía que su misión libertadora carecería de eficacia si no se sustentaba en el mandato dado por un gobierno elegido regularmente y que fuera expresión cabal de la soberanía popular.

En el caso concreto de las Provincias Unidas, es bien conocida y siempre recordada su apelación a Tomás Godoy Cruz, diputado por Mendoza al Congreso reunido en San Miguel del Tucumán: "¿Hasta cuando esperamos para declarar nuestra independencia? ¿No le parece a usted una cosa bien ridícula acuñar moneda, tener el pabellón y cocarda nacional y por última hacer la guerra al soberano de quien en el día se dice dependemos y no decirlo, cuando no nos falta más que decirlo? ¿Qué relaciones podemos emprender cuando estamos a pupilo? Los enemigos (y con mucha razón) nos tratan de insurgentes, puesto que nos reconocemos vasallos. Nadie nos auxiliará en tal situación. Por otra parte, el sistema ganaría un cincuenta por ciento con tal paso. Para los hombres de corazón se han hecho las empresas. Si esto no se hace, el Congreso es nulo en todas partes, porque resumiendo la soberanía, es una usurpación que se hace al que se cree verdadero soberano, es decir, a Fernandito". Como el diputado le respondiese arguyendo que la empresa no era tan sencilla, San Martín volvió otra vez sobre el tema, con tanta picardía como firmeza: "Veo lo que me dice sobre el punto de la independencia 'no es soplar y hacer botellas'; yo respondo, que mil veces es más fácil hacer la independencia que el que haya un americano que haga una sola botella".

La gran noticia de la declaración de la independencia la recibe en Córdoba, adonde ha viajado para entrevistarse con el director Pueyrredón, con quien ajustará todos los detalles para poner en marcha el plan continental. Al enterarse, escribe a Godoy Cruz: "Ha dado el Congreso el golpe magistral con la declaración de la independencia. Sólo hubiera deseado que al mismo tiempo hubiera hecho una pequeña exposición de los justos móviles que tenemos los americanos para tal proceder. Esto nos conciliaría y ganaría afectos en Europa". Y agrega: "En el momento

que el director me despache, volaré a mi 'ínsula cuyana'. La maldita suerte no ha querido el que yo me hallase en mi pueblo para el día de la celebración de la independencia. Crea usted que hubiera echado la casa por la ventana".[30]

Si bien carecemos de elementos documentales como para probar que San Martín haya promovido la declaración formal de la independencia chilena –para lo que no se había presentado una ocasión propicia ni antes ni después de Rancagua–, no resulta arbitrario afirmar que debe haber alentado la concreción de un acto que ya tenía suficientes precedentes en los similares efectuados por otros pueblos hispanoaméricanos. No nos consta documentalmente la gestión del Libertador en favor de esa declaración formal –que se hizo, tras una amplia consulta popular, por medio de la redacción de un acta que O'Higgins, como director, aprobó en Talca el 2 de febrero de 1818, aunque antidatándola en Concepción el 1° de enero anterior, para que coincidiera con el comienzo del año el de la vida independiente del país–, pero sí nos consta la activa participación de San Martín en la ceremonia realizada en Santiago el 12 de febrero –primer aniversario de Chacabuco– para jurar la independencia. Cuando en medio de la multitud reunida con tal motivo, le correspondió el turno de hacerlo en su condición de coronel mayor de los ejércitos de Chile y general en jefe del Ejército Unido, juró "sostener la presente declaración de independencia absoluta del Estado chileno, de Fernando VII, sus sucesores y de cualquier otra nación extraña".

Siguiéndose el ejemplo dado por varias ciudades peruanas –entre las primeras, la de Trujillo, con el marqués de Torre Tagle a su frente–, también la de Lima fue instada a declarar la independencia una vez que se posesionó de ella el Libertador. Fue él, precisamente, quien desde su campamento se dirigió al Cabildo de la ciudad para señalarle la conveniencia de convocar a una junta general que, por representar a los habitantes de la capital, expresase si la opinión general estaba en favor de esa independencia. De acuerdo a lo propuesto por San Martín y aceptado por el Ayuntamiento con fecha 14 de julio de 1821, al día siguiente se reunieron en cabildo abierto los notables de Lima, quienes decidieron "que la voluntad general –según reza el acta levantada con tal motivo– está decidida por la independencia del Perú de la dominación española y de cualquiera otra extranjera y que para que se proceda a su sanción por medio del correspondiente juramento, se conteste con copia certificada de esta acta al mismo Excmo. señor don José de San Martín".

Como consecuencia de lo decidido en cabildo abierto, San Martín, ya instalado en Lima, lanzó el 25 de julio un bando en el que expresaba: "Por cuanto esta ilustre y gloriosa capital ha declarado así por medio de las personas visibles como por voto y aclamación general del público su voluntad decidida por su independencia y ser colocada en el alto grado de los pueblos libres, quedando notado en el tiempo de su existencia por el día más grande y glorioso, el domingo quince del presente mes, en que las personas más respetables suscribieron el acta de su libertad que confirmó el pueblo con voz común en medio del júbilo, por tanto, ciudadanos, mi corazón, que nada apetece más que nuestra gloria y a la cual consagro mis afanes, ha determinado que el sábado inmediato 28, se proclame vuestra feliz independencia y el primer paso que dais a la libertad de los pueblos soberanos en todos los lugares públicos en que en otro tiempo se nos anunciaba la continuación de vuestras tristes y pesadas cadenas". Y prosigue San Martín: "Y para que se haga con la solemnidad correspondiente, espero que este noble vecindario autorice el augusto acto de la jura concurriendo a él; que adorne e ilumine sus casas en las noches del viernes, sábado y domingo, para que con las demostraciones de júbilo, se den al mundo los más fuertes testimonios del interés con que la ilustre capital del Perú celebre el día primero de su independencia y el de su incorporación a la gran familia americana".

El 28, como estaba dispuesto, en la plaza principal de Lima se proclamó y juró la independencia. Puesto sobre un tablado y haciendo tremolar por sus manos la bandera peruana que él había creado y enarbolado en Pisco, San Martín pronunció de viva voz estas palabras: "El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende".

El día en que Lima declaró la independencia del Perú, San Martín dispuso que para conmemorar el acontecimiento se levantase un monumento en el camino al Callao y que los días 26, 27 y 28 de julio de cada año fuesen para Lima de fiesta cívica. "El día más augusto y solemne de una nación independiente –declaró con tal motivo–, no debe quedar sepultado en el olvido del tiempo. Al americano libre corresponde transmitir a sus hijos la gloria de los que contribuyeron a la restauración de sus derechos. La memoria del gran momento en que por la unión y el patriotismo se dio la libertad a medio mundo, es el legado más sublime de un pueblo a la posteridad"[31].

Con esto quedará plenamente cumplido su propósito, tanto en el

Plata como en Chile y el Perú: "... mi primer paso era hacer declarar su independencia..." Y fue así porque él era un libertador y no un conquistador.

Ante todo, la unión para lograr el objetivo común

Una característica constante de la acción sanmartiniana en América, como ya quedó dicho, fue la de evitar por todos los medios posibles la división entre quienes debían tener por objetivo fundamental la independencia americana y la total derrota de cuantos se oponían a ello. Tal propósito inquebrantable de conducta lo llevó a no alinearse jamás en facción alguna, tratando de estar siempre por encima de todas. Conducta tan conteste le permitiría decir a su amigo Tomás Guido, en una carta que le envió desde Nápoles el 20 de octubre de 1845, una frase que constituye por sí la definición más expresiva: "Usted sabe que yo no pertenezco a ningún partido; me equivoco, yo soy del Partido Americano". Ningún hecho de su vida pública y privada desmintió jamás el aserto.

Su puja por la unidad rioplatense se manifestó en toda su máxima hondura en 1819, año en que la crisis directorial se hizo manifiesta y la lucha más acerba entre el poder central y los caudillos federales del Litoral. Ante esta realidad que ponía en peligro la causa americana, San Martín decidió intervenir personalmente para evitar que lo ya logrado se perdiera y evitar un enfrentamiento que, entre sus consecuencias más funestas, determinase la suspensión de la expedición al Perú o que definitivamente quedase trunco el plan continental.

Antes de partir rumbo a Mendoza desde su acantonamiento de Curimón, envió San Martín a O'Higgins una carta destinada a explicar la causa de su extrema decisión. En ella decía a su amigo: "La interrupción de correos que hace más de un mes se experimenta con la capital de las Provincias Unidas, las noticias que me suministra el gobernador intendente de la Provincia de Cuyo con respecto a la guerra de anarquía que se está haciendo en las referidas provincias por parte de Santa Fe, me han movido como un ciudadano interesado en la felicidad de la América, a tomar una parte activa a fin de emplear todos los medios conciliativos que estén a mis alcances para evitar una guerra que puede tener la mayor transcendencia a nuestra libertad. A ese objeto he resuelto marchar a dicha provincia de Cuyo, tanto para poner a ésta al

cubierto del contagio de anarquía que la amenaza, como de interponer mi corto crédito, tanto con mi gobierno como con el de Santa Fe, a fin de transar una contienda que no puede menos que continuada poner en peligro la causa que defendemos. El general Balcarce queda encargado del mando del ejército de los Andes. V. E. podrá nombrar para el de Chile el que sea de su superior agrado; tendré la satisfacción de volver a ponerme a la cabeza de ambos ejércitos luego que cesen los motivos que llevo expuestos y que los aprestos para las operaciones ulteriores que tengo propuestas y confirmadas por V. E. estén prontos"[32].

Con la claridad de miras que era una de sus características, San Martín comprendía de un solo golpe lo tremendo de la situación: la guerra civil rioplatense, además de sus funestas consecuencias internas, determinaría al abandonarse la frontera Norte, para que el ejército que hasta entonces la custodiaba ocurriera en ayuda del gobierno acosado, que la permanente amenaza de las tropas de La Serna pudiera concretarse a través de una ofensiva total. Y como éste sería un golpe fatal para la causa americana, hacíase menester eliminar las causas que lo posibilitasen.

Decidido a actuar, no vaciló en poner el interés de la patria por encima de sus convicciones, muchas de las cuales, por ser coincidentes con las de sus amigos alineados en la Logia de Buenos Aires, estaban incluidas en el capítulo de cargos hecho por los caudillos federales. Y estaba tan decidido a evitar los horrores de la división facciosa, que sin hesitar se dirige por carta, desde Mendoza y en febrero de 1819, al gobernador de Santa Fe, don Estanislao López. Después de significarle que su separación del mando del ejército tenía por finalidad la de interponer sus oficios para que desapareciesen los males que pesaban sobre quienes "teniendo las mismas ideas de libertad americana, emplean algunos medios encontrados", agrega cuanto sigue: "El que escribe a usted no quiere otra cosa que la emancipación absoluta del gobierno español; respeta toda opinión y sólo desea la paz y unión; sí, mi paisano, éstos son mis sentimientos. Libre la patria de los enemigos peninsulares, no me queda más que desear".

Poco después, con fecha 13 de marzo, vuelve a dirigirse a López para pedirle que acepte la mediación que el gobierno de Chile, a su solicitud, ha interpuesto entre el gobierno directorial y el de Santa Fe. Y en esta carta es donde expone luminosamente su actitud en favor de la unidad fraterna de los pueblos americanos al manifestar: "Unámonos

paisano mío, para batir a los maturrangos que nos amenazan: divididos seremos esclavos: unidos estoy seguro de que los batiremos: hagamos un esfuerzo de patriotismo, depongamos resentimientos particulares y concluyamos nuestra obra con honor. La sangre americana que se vierta es muy preciosa y debía emplearse contra los enemigos que quieren subyugarnos. El verdadero patriotismo, en mi opinión, consiste en hacer sacrificios: hagámoslo, y la patria, sin duda alguna, es libre, de lo contrario seremos amarrados al carro de la esclavitud.

"Mi sable, agrega, jamás saldrá de la vaina por opiniones políticas. Usted es un patriota, y yo espero que hará en beneficio de nuestra independencia todo género de sacrificios sin perjuicio de las pretensiones que usted tenga que reclamar y que estoy seguro accederán los diputados mediadores. No tendré el menor inconveniente en personalizarme con usted en el punto que me indique si lo cree necesario. Tal es la confianza que tengo en su honradez y buena comportación, lo que espero me avise". Y concluye con este párrafo que es un estremecedor mensaje en pro de esta unidad de acción que juzga imprescindible: "Transemos nuestras diferencias; unámonos para batir a los maturrangos que nos amenazan y después nos queda tiempo para concluir de cualquier modo nuestros disgustos en los términos que hallemos por convenientes sin que haya un tercero en discordia que nos esclavice"[33].

También el 13 de marzo, y con igual finalidad, escribe el Libertador al caudillo oriental José Artigas. A éste le dice: "Me hallaba en Chile acabando de destruir el resto de maturrangos que quedaba como se ha verificado e igualmente aprontando los artículos de guerra necesarios para atacar a Lima, cuando me hallo con noticias de haberse roto las hostilidades por las tropas de usted y de Santa Fe contra las de Buenos Aires. La interrupción de correos, igualmente que la venida del general Belgrano con su ejército de la provincia de Córdoba, me confirmaron este desgraciado suceso. El movimiento del Ejército del Perú ha desbaratado todos los planes que debían ejecutarse, pues como dicho ejército debía cooperar en combinación con el que yo mando, ha sido preciso suspender todo procedimiento por este desagradable incidente. Calcule usted, paisano apreciable, los males que resultan, tanto mayores cuanto íbamos a ver la conclusión de una guerra finalizada con honor y debido sólo a los esfuerzos de los americanos".

Manifiesta después San Martín que, de acuerdo con las informaciones por él recibidas tanto desde Cádiz como desde Inglaterra,

de un momento a otro debe llegar a Buenos Aires una expedición española formada por 16.000 hombres y que muy poco le preocuparía esta real amenaza si los compatriotas estuviesen unidos. Mas por no ser así, y para lograrlo, teniendo por único propósito el bien y la felicidad de la patria, el gobierno de Chile ha enviado una comisión para que medie entre las facciones en lucha con el fin de que transen las diferencias existentes. Y concluye su instancia con palabras muy similares a las utilizadas en la carta que con igual fecha y por igual motivo envía a Estanislao López: "Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todos, y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieran atacar nuestra libertad. No tengo más pretensiones que la felicidad de la patria. En el momento que ésta se vea libre renunciaré el empleo que obtenga para retirarme; mi sable jamás se sacará de la vaina por opiniones políticas, como éstas no sean en favor de los españoles y de su dependencia"[34].

Al analizar esta intervención del Libertador en la crisis política desatada en el ámbito rioplatense, comenta lúcidamente uno de sus biógrafos: "Esta actitud de San Martín ante los caudillos del Litoral ha de contarse sin ambages entre las decisiones más notables de su intervención en el problema político argentino y por ello corresponde señalar su trascendencia en la crisis final del régimen y medirla por la significación nacional de quien tuvo la extraordinaria entereza de producir un acto que era una clara definición histórica. Por mucho que San Martín estuviera vinculado al equipo gobernante; por más que compartiera la responsabilidad de sus planes como gran dirigente de la Logia, y por poco que le gustara, según expresó más de una vez, la solución federativa, no pudo permanecer indiferente ni sordo ante la guerra civil, ni su visión penetrante de las cosas podía dejar de advertir la realidad y características del drama político y social que se estaba desarrollando en su tierra y que los ideólogos se empeñaban en no ver. Por eso hizo cuestión de patriotismo al promover y favorecer la mediación chilena entre los partidos en lucha. E hizo más: desahució rotundamente a quienes contaban con el prestigio de su espada para dirimir la contienda"[35].

Pocos días después de haber enviado San Martín el 13 de marzo las cartas antes recordadas a López y Artigas –cartas que no habrían llegado a sus destinatarios por haberlas interceptado tropas directoriales

en la frontera de Córdoba–, el 9 de abril se acordaba entre Estanislao López y el jefe gubernista Juan José Viamonte un armisticio que siete días después se ratificaría en San Lorenzo. Al ser informado por Belgrano del acuerdo, San Martín le respondía el 17 de abril: "Este pueblo (el de Mendoza) ha recibido el mayor placer con su noticia, esperanzados en que se corte una guerra en que sólo se vierte sangre americana."

Los dichos de San Martín a López y Artigas no son el fruto de una opinión circunstancial ni son dictados por el afán de ganarlos con engaño para su causa. Para él, la unidad del frente interno es requisito indispensable para luchar contra el gran enemigo, y si algo resultará imperdonable será que se ponga en riesgo la causa de la libertad por el mero afán de enfrentarse un americano con otro por simple espíritu faccioso. Porque tal fue siempre su convicción, en su momento condenó severamente a quienes, buscando sacar ventajas en lo interno, habían hecho posible la derrota de Rancagua y con ello, la pérdida de la incipiente libertad lograda por la Patria Vieja chilena. También llevado por este principio, escribirá con una violencia inusual en él a Riva Agüero cuando éste, insolentemente, poco menos que le exige su retorno al Perú, le demanda equivocadamente el cumplimiento de la promesa que el Libertador había hecho a los peruanos, promesa, sí, pero subordinada no a los avatares de la lucha fratricida, sino a razones más fundamentales. Dirá entonces el Libertador: "Pero ¿cómo ha podido usted persuadirse de que los ofrecimientos del general San Martín –a los que usted se ha dignado contestar– fueron jamás dirigidos a un particular y mucho menos a su despreciable persona? ¡Es incomprensible su osadía grosera, al hacerme la propuesta de emplear mi sable con una guerra civil! ¡Malvado! ¿Sabe usted si éste se ha teñido jamás en sangre americana? Y me invita a ello usted, al mismo tiempo que la gaceta que me incluye de 24 de agosto proscribe al congreso y lo declara traidor, al congreso que usted ha supuesto tuvo la principal parte en la formación: sí, tuvo usted gran parte, pero fue en las bajas intrigas que usted fraguó para la elección de diputados y para continuarlas en desacreditar por medio de la prensa y sus despreciables secuaces, los ejércitos aliados, y a un general de quien usted no había recibido más que beneficios, y que siempre será responsable al Perú de no haber hecho desaparecer a un malvado cargado de crímenes como usted..."[36].

Duros son los términos empleados por San Martín en su carta a

Riva Agüero, mas se corresponden –no en cuanto a la violencia verbal, pero sí en cuanto a la idea que les da origen– con una conducta que fue en él norma de vida: no intervenir jamás en las contiendas internas y no disculpar a quien osara arriesgar la causa de la independencia americana para dar satisfacción a menguados intereses.

Negarse a sí mismo en homenaje al bien de América

Ningún período en la vida del Libertador fue más indicativo de la firmeza de su espíritu americanista que el corrido entre su entrevista con Bolívar en Guayaquil y su salida del Perú despojado ya de la pesada carga del Protectorado. Fue en ese crucial momento de su vida cuando demostró con hechos encarnados en su persona cuanto había sostenido desde siempre.

Con el comienzo de 1822 se hizo evidentísima la necesidad de una cooperación militar entre las tropas que, respectivamente, mandaban Simón Bolívar y José de San Martín para lograr el triunfo final sobre quienes se oponían a la independencia de América y a su definitiva constitución política. Por ello, luego de aprobar el envío de parte de sus tropas al Ecuador para ayudar así a las mandadas por Sucre, San Martín se decidió en febrero a entrevistarse con Bolívar, quien había anunciado su propósito de ir a Guayaquil. Cuando se aprestaba a partir de Lima, San Martín explicó públicamente las razones de su viaje con estas palabras: "La causa del Continente Americano me lleva a realizar un designio que halaga mis más caras esperanzas. Voy a encontrar en Guayaquil al Libertador de Colombia. Los intereses generales del Perú y de Colombia, la enérgica terminación de la guerra y la estabilidad del destino a que con rapidez se acerca la América hacen a nuestra entrevista necesaria ya que el orden de los acontecimientos nos ha constituido en alto grado responsables del éxito de esta sublime empresa".

La entrevista que no pudo efectuarse en esta ocasión se haría meses después, entre el 25 y el 27 de julio de 1822. Y como en ella no se llegó al gran acuerdo deseado por San Martín para favorecer la rápida conclusión de la lucha por el definitivo triunfo de la causa americana, el vencedor de Maipú resolvió inmolarse, abnegarse, para que el objetivo se alcanzara. Inútil es, nos parece, seguir rodeando a la entrevista de Guayaquil de un halo de misterio que no se compadece ni con la realidad

de los hechos ni con cuanto puede razonarse sobre la base del sentido común y de una afinada perspectiva política. Cuanto se trató entre los dos libertadores está suficientemente explicado en la carta que San Martín envió a Bolívar desde Lima el 29 de agosto de 1822 y cuya copia, facilitada por aquél, publicó en 1844 el marino francés Gabriel Lafond de Lurcy en su libro *Voyages autour du monde et voyages célebres. Voyages dans les deux Ameriques*. Mas si para muchos resulta discutible la autenticidad de este documento, publicado cuando aún vivía San Martín, se convendrá en que lo allí afirmado es exacto porque coincide en sus líneas fundamentales con lo expresado por San Martín en la carta que remitió desde Bruselas, el 19 de abril de 1827, al general Guillermo Miller, quien para la redacción de sus *Memorias* habíale requerido datos sobre la famosa entrevista.

"En cuanto a mi viaje a Guayaquil –manifiesta San Martín a Miller–, él no tuvo otro objeto que el de reclamar del general Bolívar los auxilios que pudiera prestar para terminar la guerra del Perú: auxilio que una justa retribución (prescindiendo de los intereses generales de América) lo exigía por los que el Perú tan generosamente había prestado para libertar el territorio de Colombia. Mi confianza en el buen resultado estaba tanto más fundada, cuanto el ejército de Colombia después de la batalla de Pichincha, se había aumentado con los prisioneros y contaba 9.600 bayonetas; pero mis esperanzas fueron burladas al ver que en mi primera conferencia con el Libertador me declaró que haciendo todos los esfuerzos posibles sólo podría desprenderse de tres batallones con la fuerza de 1.070 plazas (N. del A.: en realidad, 1.700). Estos auxilios no me parecieron suficientes para terminar la guerra, pues estaba convencido de que el buen éxito de ella no podía esperarse sin la activa y eficaz cooperación de todas las fuerzas de Colombia: Así es que mi resolución fue tomada en el acto creyendo de mi deber hacer el último sacrificio en beneficio del país. Al siguiente día y a presencia del vicealmirante Blanco, dije al Libertador que habiendo convocado al Congreso para el próximo mes, el día de su instalación sería el último de mi permanencia en el Perú, añadiendo: Ahora le queda a Ud. general, un nuevo campo de gloria en el que va Ud. a poner el último sello a la libertad de la América. Yo autorizo y ruego a Ud. escriba al general Blanco a fin de ratificar este hecho. A las dos de la mañana del siguiente día me embarqué habiéndome acompañado Bolívar hasta el bote, y entregándome su retrato con una memoria de lo *sincero* de su amistad.

Mi estadía en Guayaquil no fue más que de 40 horas, tiempo suficiente para el objeto que llevaba"[37].

Y conociendo la sinceridad con que perpetuamente obró San Martín, no puede caber la menor duda de que durante la entrevista, como se lee en la denominada *Carta de Lafond*, ofreció a Bolívar servir a sus órdenes con las fuerzas a su mando. Resultando imposible conseguir del libertador de Colombia los auxilios que había ido a demandarle, San Martín propuso durante la entrevista la unión de los ejércitos con la conducción bolivariana. Esto se conjuga perfectamente con el pensamiento sanmartiniano expuesto en la antes recordada carta a Artigas: "Paisano mío, hagamos un esfuerzo, transemos todo, y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieran atacar nuestra libertad".

Cuando San Martín retornó a Lima, su decisión, la gran decisión, estaba tomada. Y acordada consigo mismo, en lo más íntimo de su conciencia, aun al margen de los hechos que por entonces ocurrían en el Perú, entre los que no era el de menor cuantía la deposición de su ministro Monteagudo, producida el 21 de julio, el día precisamente en que él había llegado a Guayaquil.

El 20 de septiembre de 1822 se realizó la solemne instalación del Congreso Peruano –ante cuyos miembros el Protector se despojó de los atributos materiales del mando– y por la tarde, acompañado por el fiel amigo Tomás Guido, San Martín se marchó a la quinta de La Magdalena, en las cercanías de Lima. Caía la noche cuando el Libertador participó a su confidente el propósito de embarcarse pocas horas después y dirigirse a Chile. Desconcertado y afligido, casi en el límite de la desesperación, Guido intentó disuadirlo argumentando que reputaba fatal la decisión para la lucha por la independencia americana y la libertad de los pueblos. El héroe, profundamente conmovido y con palabra emocionada, respondióle así: "Todo lo he meditado, no desconozco ni los intereses de América ni de mis deberes, y me devora el pesar de abandonar camaradas que quiero como hijos y a los guerreros patriotas que me han ayudado en mis afanes: pero no podría demorarme un solo día sin complicar mi situación: me marcho. Nadie, amigo, me apeará de la convicción en que estoy de que mi presencia en el Perú acarrearía peores desgracias que mi separación. Así me lo presagia el juicio que he formado de lo que pasa dentro y fuera de este país. Tenga usted por cierto que por muchos motivos no puedo ya mantenerme en mi puesto,

sino bajo condiciones decididamente contrarias a mis sentimientos y a mis convicciones más firmes. Voy a decirlo: una de ellas es la inexcusable necesidad a que me han estrechado, si he de sostener el honor del ejército y su disciplina, de fusilar algunos jefes; y me falta valor para hacerlo con compañeros de armas que me han seguido en los días prósperos y adversos".

El bueno de Guido intentó refutar lo escuchado arguyendo que para no llegar a derramar sangre, bien podíase alejar de las filas castrenses a los indignos, contándose para ello con el apoyo fervoroso de los soldados y de la mayoría de los jefes y oficiales. "Bien aprecio –dijo– los sentimientos que acaloran a usted; pero en realidad hay una dificultad mayor que yo no podría vencer, sino a expensas del país y de mi propio crédito, y a tal cosa no me resuelvo. Lo diré a usted sin doblez: Bolívar y yo no cabemos en el Perú, he penetrado sus miras arrojadas, he comprendido su desabrimiento por la gloria que pudiera caberme en la prosecución de la campaña; el no excusará medios, por audaces que fuesen, para penetrar a esta República seguido de sus tropas, y quizá entonces no me sería dado evitar un conflicto a que la fatalidad pudiera llevarnos, dando así al mundo un humillante escándalo. Los despojos del triunfo, de cualquier lado a que se inclinase la fortuna, los recogerían los maturrangos, nuestros implacables enemigos, y apareceríamos convertidos en instrumentos de pasiones mezquinas. No seré yo, mi amigo, quien deje tal legado a mi patria, y preferiría perecer antes de hacer alarde de laureles recogidos a semejante precio. ¡Eso no!, entre tanto puede el general Bolívar aprovechar de mi ausencia; si lograse afianzar en el Perú lo que hemos ganado, y algo más, me daré por satisfecho: su victoria sería, de cualquier modo, victoria americana". Y enseguida repitió con insistencia: "No, no será San Martín quien contribuya con su conducta a dar un día siquiera de zambra al enemigo, contribuyendo a franquearle el paso para saciar su venganza"[38].

Sí, San Martín se iba, mas no como quien hurta el bulto, sino como quien hace con esa ida un supremo acto de servicio. Por eso deja escrita y dirigida al pueblo peruano una despedida pública que, a pesar de su laconismo, irradia en plenitud la grandeza de su decisión: "Presencié la declaración de la independencia de los Estados de Chile y del Perú. Existe en mi poder el estandarte que trajo Pizarro para esclavizar el imperio de los Incas, y he dejado de ser hombre público: he aquí recompensados con usura diez años de revolución y de guerra.

"Mis promesas para con el pueblo en que he hecho la guerra están cumplidas: hacer su independencia y dejar a su voluntad la elección de sus gobiernos.

"La presencia de un militar afortunado, por más desprendimiento que tenga, es temible a los Estados que de nuevo se constituyen; por otra parte, ya estoy aburrido de oír decir que quiero hacerme soberano. Sin embargo, siempre estaré pronto a hacer el último sacrificio por la libertad del país, pero en clase de particular, y no más.

"En cuanto a mi conducta pública, mis compatriotas –como en lo general de las cosas– dividirán sus opiniones; los hijos de éstos darán el verdadero fallo".

La posteridad ha dado largamente su fallo. Por encima de argumentaciones sectarias o de estériles polémicas seudoeruditas, el pueblo americano y la historia consideran hoy la salida de San Martín del Perú como un acto de abnegación realizado en aras del definitivo triunfo de la causa independentista.

Notas

[23] Museo Histórico Nacional, Adolfo P. Carranza, *Correspondencia del general San Martín*, Buenos Aires, 1911, pp. 296 y 297.

[24] *Documentos del Archivo del General San Martín*, tomo VI, p. 149, Buenos Aires, 1910.

[25] Juan Bautista Alberdi, *Escritos póstumos. Del gobierno en Sudamérica*, tomo IV, p. 319.

[26] Ricardo Levene, *El genio político de San Martín*, Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1950, p. 8.

[27] Mucho se duda de la autenticidad de esta carta –de la que no se halló ni original ni copia en ningún archivo–, cuyo texto habría sido forjado por Vicente Fidel López sobre la base de lo escuchado por él de labios de Nicolás Rodríguez Peña. Cabe señalar que López le recordó a Mitre que él también había tenido noticia de esa carta por referencia directa de Rodríguez Peña. La utilizamos ahora porque, de todas maneras, expresa, como lo demostró el tiempo, el pensamiento sanmartiniano sobre un plan de liberación americana. La desaparición de la Patria Vieja chilena obligó a modificar el proyecto.

[28] Samuel W. Medrano, obra citada, p. 105.

[29] *Documentos...*, tomo II, p. 237.

[30] La correspondencia con Godoy Cruz, transcripta aquí parcialmente, puede leerse íntegramente en *Documentos...*, tomo V.

[31] Ibídem, tomo XI, p. 416.

[32] Ibídem, tomo IV, p. 400 y siguientes.
[33] Ibídem, tomo VI, p. 149.
[34] Ibídem, tomo VI, p. 151.
[35] Samuel W. Medrano, obra citada, p. 152.
[36] *San Martín: Su correspondencia*, p. 338.
[37] Ibídem, p. 73.
[38] Tomás Guido, *El general San Martín: su retirada del Perú*, en *Revista de Buenos Aires*, tomo IV, 1864.

IV

VIGIA Y CUSTODIO DE LA LIBERTAD DE AMERICA

Mutua recordación entre el héroe y su América

Al embarcarse San Martín el 20 de septiembre de 1822 y dejar el Perú, comienza para él una nueva etapa de su existencia. Con la ejecución de su propósito de marcharse concluirá su vida pública y se iniciará una etapa que culminará en el definitivo ostracismo.

Empero, el propósito del Gran Capitán al salir del Perú no fue inicialmente el de trasladarse a Europa, sino el de quedarse en su patria para dedicarse a su vida privada. Tal es lo que surge, entre otras comprobaciones, de lo dicho por él en la carta que remitió a O'Higgins desde Bruselas, con fecha 20 de octubre de 1827: "Confinado en mi hacienda de Mendoza y sin más relación que con algunos de los vecinos que venían a visitarme, nada de esto bastó para tranquilizar la desconfiada administración de Buenos Aires. Ella me cercó de espías, mi correspondencia era abierta con grosería, los papeles ministeriales hablaban de un plan para formar un gobierno militar bajo la dirección de un soldado afortunado, etc., etc. En fin, yo vi claramente no era posible vivir tranquilo en mi patria ínterin la exaltación de las pasiones no se calmase y esta incertidumbre fue la que me decidió a partir a Europa"[39].

Aunque confinado en su hacienda de Mendoza, como él dice, la memoria de sus hechos y la confianza que se le profesaba no se habían perdido ni un adarme entre los peruanos. En mérito a ello, piensan otra vez en él luego de la desastrosa y última campaña a Puertos Intermedios

y así se lo dicen en una súplica o petición que le dirigen suscripta por eminentes ciudadanos: "Hay ciertos hombres elegidos por el destino cuyos nombres pertenecen a la historia y cuya existencia consagrada a la felicidad de los pueblos está reclamada por ellos, principalmente cuando éstos caen en la desgracia. Entonces los hombres viles, que en tiempo de prosperidad han insultado al genio y al valor, desaparecen de la escena peligrosa, la envidia se calla, y todos los corazones llaman al héroe que sólo puede salvar al Estado.

"El Perú, prosiguen, que debe a V. E. sus esperanzas de independencia; el Perú que acaba de sufrir una dispersión en el ejército que había nacido en su mano y hacía su principal fuerza, hoy reclama el regreso del Fundador de su libertad: a V. E. que ha cimentado las bases del ejército, está reservado el acabar de consolidarlo. Vuelva entre nosotros; su presencia destruirá la esperanza de todo ambicioso y hará desvanecer todos los partidos. El pueblo volverá con entusiasmo a ver al héroe que ha roto sus cadenas. El ejército con energía se unirá bajo los estandartes del vencedor de San Lorenzo, Chacabuco y Maipú; V. E. tendrá la gloria de haber asegurado la independencia de un Estado que siempre le será reconocido y de haber terminado una obra que tan gloriosamente ha principiado"[40].

Este mensaje fue firmado el 28 de setiembre de 1823 y, con fecha 20 de noviembre siguiente, San Martín lo respondía con una carta en que repite su pensamiento cardinal y reitera el espíritu americanista que animó a toda su epopeya: "Usted, mi querido amigo, dice a Luis José Orbegoso, a quien la dirige, me ha tratado con inmediación; usted tiene una idea de mi modo de pensar y conoce hasta el punto que llegan mis sentimientos, no sólo con respecto al Perú sino de toda la América, su independencia y felicidad; a éstos dos objetos sacrificaría mil vidas; y partiendo de este principio tan sagrado y de la amistad sincera que siempre le he profesado y lo mismo al almirante Guise, tengo que decir a usted mi opinión franca y sencillamente. El Perú se pierde. Sí, se pierde irremediablemente, y tal vez la causa general de América: un solo arbitrio hay de salvarlo y éste, en manos de usted, de Guise, de Soyer, de Santa Cruz y Portocarrero, y está dicho: estos solos individuos son o los redentores de la América o sus verdugos, no hay que dudarlo; repito, ustedes van a decidir de sus nombres.

"Sin perder un solo momento cedan de las quejas o resentimientos que puedan tener; reconózcase la autoridad del congreso, malo o bueno

como sea, pues los pueblos lo han jurado: únanse como es necesario y con este paso desaparezcan los españoles del Perú y después matémonos unos contra otros, si éste es el desgraciado destino que espera a los patriotas. Muramos pero no como viles esclavos de los despreciables y estúpidos españoles, que es lo que irremediablemente va a suceder.

"He dicho a usted mi opinión: si ella es aceptada por ustedes, estoy pronto a sacrificar mi vida privada; venga sin pérdida de un solo momento la contestación de haberse reconocido la autoridad del congreso pues la espero para decidir mi destino"[41].

Tan franca respuesta expresa en toda su dimensión la postura cívica de San Martín. Es un americano que sigue dispuesto a luchar por América, es un americano que sigue dispuesto a reconocer la autoridad surgida de la voluntad popular, es un americano que sigue dispuesto a no mezclarse en la puja de los partidos que buscan alternarse en el poder político de los Estados. Realizada su epopeya, es un vigía atento para señalar los peligros que se ciernen sobre la incipiente libertad de América y está siempre dispuesto a custodiarla.

Su pensamiento permanecerá invariable con el correr de los años. Cuando vuelto al Plata a fines de 1828 y aprestándose a retornar a Europa en los primeros meses del año siguiente, recibe en Montevideo un mensaje que desde el Cuareim le dirige Fructuoso Rivera, reiterará una idea que en él es constante. Dícele Rivera: "Regresa usted a Europa cuando todos lo creíamos deseoso de vivir en América. ¿Qué puede inferirse de aquí sino que a usted, o la patria no le inspira ya interés o que ha desesperado de su salud? Cualquiera de las dos cosas es un mal que para mí agrava mucho el de la ausencia; pero usted lo quiere, a usted le conviene, sea para bien. En cualquier destino que tenga usted mi nombre, mi amistad y posición cuando ésta pueda serle útil en algo"[42].

La respuesta no se hace esperar y San Martín la da tan cortés como firmemente: "Un solo caso podía llegar en que yo desconfiase de la salud del país, esto es cuando viese una casi absoluta mayoría en él por someterse otra vez al infame yugo de los españoles. Usted conoce como yo que esto es tan imposible como que se sometan nuestros antiguos amos a nosotros. Más o menos males, más o menos progresos en las fortunas particulares, más o menos adelantos en nuestra ambición; he aquí lo que resultará de nuestras discusiones. Es verdad que las consecuencias más frecuentes de la anarquía son las de producir un tirano, que como Francia, haga sufrir al país los males que experimenta

el que él domina; mas aun en este caso tampoco desconfiaría de su salud, porque sus males estarían sujetos a la duración de la vida de un solo hombre.

"Después de lo expuesto, sigue San Martín, queda pendiente el por qué me voy, siendo así que ninguna de las dos razones que usted cree, son las causales de mi regreso a Europa. Varias tengo, pero las dos principales son las que me han decidido a privarme del consuelo por ahora de estar en mi patria. La primera no mandar; la segunda la convicción de no poder habitar mi país como particular en tiempos de convulsión, sin mezclarme en divisiones. En el primer caso no se persuada usted que son tan afligentes las circunstancias en que se halla la patria las que me hacen no desearlo, persuadido por la experiencia que jamás se puede gobernar a los pueblos con más seguridad que después de una gran crisis; pero es la certeza de que mi carácter no es propio para el desempeño de ningún mando político; y el segundo, el que habiendo figurado en nuestra revolución, siempre seré un foco en que los partidos creerán encontrar un apoyo, como me lo ha acreditado la experiencia a mi regreso del Perú y en las actuales circunstancias.

"He aquí en extracto general los motivos que me impulsan a confinarme de mi suelo, porque firme e inalterable es mi resolución de no mandar jamás, mi presencia en el país es embarazosa. Si éste cree algún día, que como un soldado le puedo ser útil en una guerra extranjera –nunca contra mis compatriotas– yo le serviré con la lealtad que siempre lo he hecho, no sólo como general, sino en cualquier clase inferior en que me ocupe; si no lo hiciese, yo no sería digno de ser americano"[43].

Radicado otra vez en Europa, y sin desalentar el renovado propósito de volver a su América para vivir en ella su vejez, el Libertador no se desentiende ni mucho menos de los progresos y acaeceres políticos que se van dando en las naciones hispanoamericanas cuya independencia contribuyó a fundar. En su abundante correspondencia, ya con los chilenos O'Higgins, Rosales, Prieto y otros, ya con sus compatriotas Tomás Guido y Vicente López, ya con los muchos peruanos que no lo olvidarán, entre ellos Mariano Alvarez y Ramón Castilla, son constantes y numerosas sus opiniones y reflexiones sobre lo americano.

Mientras el tiempo transcurre y el hogar de Grand Bourg se alegra con las gracias de las nietas que le han dado Mercedes y Mariano Balcarce, sigue hasta el detalle la vida americana, comprobando cómo

se desarrollan las nuevas naciones, aunque lamentando que el progreso se vea retardado por las discordias internas y la malquerencia de ciertas potencias europeas.

Con la América agredida

Precisamente porque se siente vigía y custodio de la independencia americana, no vacila en tomar posición cuando llega a su conocimiento que el jefe de la flota francesa de estación en el Atlántico Sur ha decretado el bloqueo del puerto de Buenos Aires y del litoral perteneciente a su soberanía. Bien se da cuenta el Libertador de que ese bloqueo no es causa de un conflicto, sino la consecuencia de una política agresiva y atentatoria de la soberanía americana. Con dignidad y delicadeza, ofrece sus servicios al gobernador de Buenos Aires, a la sazón Juan Manuel de Rosas, por carta fechada en Grand Bourg el 5 de agosto de 1838 y en la que expresa: "He visto por los papeles públicos de ésta, el bloqueo que el gobierno francés ha establecido contra nuestro país; ignoro los resultados de esta medida; si son los de la guerra, yo sé lo que mi deber me impone como americano; pero en mis circunstancias y la de que no se fuese a creer que me supongo un hombre necesario, hacen, por un exceso de delicadeza que usted sabrá valorar, si usted me cree de alguna utilidad, que espere sus órdenes, tres días después de haberlas recibido me pondré en marcha para servir a la patria que me vio nacer"[44].

Por la información que llega a sus manos, el Gran Capitán se anoticia de que hay compatriotas que consienten o apoyan la agresión europea esperando obtener con ello ventajas sobre la facción que a la postre podría resultar vencida. Siempre en la misma línea americanista, en esa línea que lo llevó a repudiar a quienes habían posibilitado el desastre de Rancagua, o a quienes ponían en grave riesgo la naciente independencia del Perú, se manifestará enérgicamente en su carta del 10 de julio de 1839, también dirigida al gobernador bonaerense: "Lo que no puedo concebir es que haya americanos que por un indigno espíritu de partido se unan al extranjero para humillar su patria y reducirla a una condición peor que la que sufríamos en tiempo de la dominación española; una tal felonía ni el sepulcro la puede hacer desaparecer"[45].

Corrido el tiempo, una nueva amenaza vuelve a cernirse sobre América con motivo de la intervención armada en el Río de la Plata

hecha en forma combinada por Inglaterra y Francia. Hallábase el Libertador en Nápoles cuando recibió una consulta sobre la situación que podría derivarse de la intervención europea en lo americano, hecha por don Jorge Federico Dickson, representante del alto comercio en Londres. La consulta es contestada con tanta verdad como sagacidad política, a la vez que se demuestra un preciso conocimiento de las posibilidades defensivas rioplatenses[46]. El *Morning Chronicle*, de Londres, reprodujo la carta sanmartiniana en su edición del 12 de febrero de 1846, y al hacerlo la acompañó de un comentario, uno de cuyos párrafos encierra una verdad estricta con relación a la posición del héroe en cuanto a su preocupación por lo americano. Así, exprésase: "Como hace tiempo que se ha retirado de la vida pública y ha residido en Europa, en donde sabemos piensa pasar el resto de sus días, no tiene interés en la cuestión sino el que naturalmente debe suponerse experimente por el honor y la felicidad de su país, su opinión puede considerarse del tono imparcial. La recomendamos fuertemente a la atención de nuestros lectores". Razón tenía el redactor del periódico londinense al hablar de imparcialidad, pero de una imparcialidad que no debe confundirse, ciertamente, con desdén por algo que en él era una suprema razón de su existencia: el honor y la felicidad de su país y de América.

Al comenzar este año de 1846, con fecha 11 de enero, el benemérito anciano, aunque azotado por una salud precaria, vuelve a poner sus ojos en la tierra nativa para, ya que no puede ofrecerle su participación personal en la contienda armada, expresarle su confianza en el triunfo final. Así, en otra carta al gobernador de Buenos Aires, manifiesta: "En principio de noviembre pasado me dirigí a Italia con el objeto de experimentar si con su benigno clima recuperaba mi arruinada salud; bien poca es hasta el presente la mejoría que he sentido, lo que me es tanto más sensible cuanto en las circunstancias en que se halla nuestra patria me hubiera sido muy lisonjero poder nuevamente ofrecerle mis servicios como lo hice a usted en el primer bloqueo por la Francia, servicios que aunque conozco serían inútiles, sin embargo demostrarían que la injustísima agresión y abuso de la fuerza de la Inglaterra y Francia contra nuestro país, éste tenía aún un viejo defensor de su honra e independencia. Ya que el estado de mi salud me priva de esta satisfacción, por lo menos me complazco en manifestar a usted estos sentimientos, así como mi confianza no dudosa del triunfo de la justicia que nos asiste"[47].

El 20 de mayo siguiente, esta carta era respondida por el gobernador Rosas con una misiva que, cualquiera sea la posición que se tenga sobre su discutida gestión política[48], bien podría ser suscripta por todos los americanos dados la verdad y el testimonio que se desprenden de su texto. Dice así: "General, no hay un verdadero argentino, un americano que al oír el nombre ilustre de usted y saber lo que usted hace todavía por su patria y por la causa americana no sienta redoblar su ardor y su confianza. La influencia moral de los votos patrióticos americanos de usted en las presentes circunstancias, como en el anterior bloqueo francés, importa un distinguido servicio a la independencia de nuestra patria y del continente americano, a la que usted consagró con tan glorioso honor sus florecientes días.

"Me es profundamente sensible el continuado quebranto de la importante salud de usted. Deseo se restablezca y conserve y que le sea más favorable que hasta aquí el templado clima de Italia.

"Así, enfermo, después de tantas fatigas, usted expresa la grande y dominante idea de toda su vida: la independencia de América es irrevocable, dijo usted después de haber libertado a su patria, Chile y el Perú. Esto es digno de usted"[49].

Y anoticiado el Libertador del combate de Vuelta de Obligado, está otra vez junto con los americanos y enfrentado con los enemigos de una independencia a cuya concreción contribuyó en forma decisiva. Por esto, y prosiguiendo su correspondencia con el gobernador de Buenos Aires, dice en su carta del 10 de mayo de 1846: "Ya sabía la acción de Obligado. Los interventores habrán visto lo que son los argentinos. A tal proceder no nos queda otro partido que cumplir con el deber de hombres libres, sea cual sea la suerte que nos prepare el destino, que por mi íntima convicción, no sería un momento dudoso en nuestro favor si todos los argentinos se persuadiesen del deshonor que recaerá sobre nuestra patria si las naciones europeas triunfan en esta contienda que, en mi opinión, es de tanta trascendencia como la de nuestra emancipación de España"[50].

Cuando el bloqueo es levantado respecto de la Confederación Argentina, alégrase al máximo el corazón americano que late en el achacoso cuerpo del glorioso anciano. "He tenido una verdadera satisfacción –dice al gobernador Rosas en su carta del 2 de noviembre de 1848– al saber el levantamiento del injusto bloqueo con que nos hostilizaban las dos primeras naciones de Europa. Esta satisfacción es tanto más completa cuanto el honor del país no ha tenido nada que sufrir

y por el contrario presenta a todos los nuevos Estados americanos un modelo que seguir"[51].

Mas si Inglaterra tuvo la habilidad política necesaria como para dar fin a su conflicto con la Confederación Argentina, por medio de un acuerdo diplomático merced al cual sus intereses económicos quedarían asegurados sin desmedro para los rioplatenses, Francia no lograba aún concretar una decisión similar. La revolución de 1848, que dio por tierra con la dinastía orleanista, favoreció el arreglo, mas a ello no se llegó sin hacerse grandes esfuerzos tanto en el seno del Gobierno como en el Parlamento de París. Para quebrar el estancamiento, el ministro Bouther escogió, por considerarlo idóneo, el procedimiento de leer ante los diputados el texto de una carta dirigida el 23 de diciembre de 1849 por San Martín al ministro Bienau. Su texto era el siguiente: "Cuando tuve el honor de hacer vuestro conocimiento en la casa de Madame Aguado, estaba muy distante de creer que debía algún día escribiros sobre asuntos políticos; pero la posición que hoy ocupáis y una carta que el diario *La Presse*, acaba de reproducir el 22 de este mes, carta que había escrito en 1845 al señor Dickson sobre la intervención unida de la Francia y la Inglaterra en los negocios del Plata y que se publicó sin mi consentimiento en esa época en los diarios ingleses, me obligan a confirmaros su autenticidad y aseguraros nuevamente que la opinión que entonces tenía no solamente es la misma aún, sino que las actuales circunstancias en que la Francia se encuentra sola, empeñada en la contienda, vienen a darle una nueva consagración.

"Estoy persuadido de que esta cuestión es más grave que lo que se la supone generalmente; y los once años de guerra por la independencia americana durante los que he comandado en jefe los ejércitos de Chile, del Perú y de las Provincias de la Confederación Argentina me han colocado en situación de poder apreciar las dificultades enormes que ella presenta y que son debidas a la posición geográfica del país, al carácter de sus habitantes y a su inmensa distancia de la Francia. Nada es imposible al poder francés y a la intrepidez de sus soldados; mas antes de emprender, los hombres políticos pesan las ventajas que deben compensar los sacrificios que hacen.

"No lo dudéis, os lo repito: las dificultades y los gastos serán inmensos y una vez comprometida en esta lucha, la Francia tendrá el honor en no retrogradar y no hay poder humano capaz de calcular su duración.

"Os he manifestado francamente una opinión en cuya imparcialidad debéis tanto más creer cuanto que establecido y propietario en Francia veinte años ha, y contando acabar ahí mis días, las simpatías de mi corazón se hallan divididas entre mi país natal y la Francia mi segunda patria.

"Os escribo desde mi cama en que me hallo rendido por crueles padecimientos que me impiden tratar con toda la atención que habría querido un asunto tan serio y tan grave"[52].

Nada de lo americano le fue ajeno

Parafraseando el dicho famoso, bien podemos afirmar que para San Martín durante su largo ostracismo nada de lo americano le fue ajeno ni dejó de provocar su amoroso interés. Cierto es que su voluntad definitiva lo mostró totalmente entregado a su tierra nativa, mas tan explicable preferencia no lo desvió un ápice de su constante afán por el Nuevo Mundo hispanoamericano todo, y de ello es buena prueba tanto el testimonio dado por su correspondencia como el de quienes llegaron a su retiro para visitarlo.

Motivo de sus constantes afanes fue, por ejemplo, la situación política del Perú, país al que se sentía entrañablemente vinculado. Así lo manifiesta en todo momento y sólo a título de prueba recordaremos un párrafo de la carta que el 28 de diciembre de 1838 dirigió a don Mariano Alvarez: "¿Será posible que el destino haya condenado al Perú a sufrir tanto cúmulo de males? Si a tan dilatada distancia, mi corazón siente amargamente sus quebrantos, ¿qué serán ustedes, es decir, los buenos y honrados patriotas, que sin otro partido ni ambición que el bien de su patria, son testigos oculares de tanta desgracia, sienten sus efectos y no pueden remediarlos? Horrible situación, capaz de abatir el coraje del hombre más virtuoso. Lo peor de este horrible drama es no ver un porvenir más lisonjero"[53].

Por sentirse americano hasta lo más íntimo, no quiso negar jamás ni su condición de tal por nacimiento ni su condición de haber sido jefe militar de los ejércitos que posibilitaron la independencia del Nuevo Mundo. Así, prefirió no volver a visitar en 1841 una España con la que tenía lazos entrañables, como lo deseaba su gran amigo Alejandro Aguado, porque para hacerlo debía aceptar el pasaporte que se le

extendía en condición de simple particular español y no como general de un Estado independiente. Pedido ese pasaporte por Aguado, éste recibió una respuesta del ministro Ferrer en la que se le decía: "El pasaporte de San Martín pudiera tener alguna duda como general de la República Argentina, mediante a no estar reconocida. Con don José de San Martín, particular, no ocurre el más leve inconveniente, porque los súbditos de las repúblicas no reconocidas en América son mirados aquí como españoles. En cuanto a que ha sido general allá y nos ha hecho la guerra, de hecho estamos en paz y nadie se acuerda de aquellas discordias pasadas. Dígaselo usted de mi parte". Tres días más tarde, escribía Ferrer a Aguado: "Añado estas cuatro letras para incluirle los adjuntos pasaportes para usted y el señor San Martín. Aunque los tenía expedidos desde el recibo de su carta he querido dar cuenta al Regente de su venida a Asturias y objeto laudable para evitar chismes y la de San Martín y sus recelos. Sobre lo primero se ha alegrado mucho y sobre el recelo de San Martín se ha reído de que pudiera imaginar que nosotros que hemos abrazado a los de Vergara habíamos de esquivar nuestra amistad a los hermanos de América".

No pudiendo entrar en España con su investidura militar, con su investidura de militar americano, prefirió San Martín renunciar al viaje, procediendo así una vez más en concordancia con sus principios[54].

Si bien San Martín fue tan argentino en su patria como fuera de ella, otro tanto cabe decir de su americanismo. El largo ostracismo fue para su espíritu como un fluir constante de recuerdos de lo americano y de esperanzas sobre su futuro. Tuvo ciertamente preferencias por las comarcas del continente en que refulgió con destellos inmortales su sable invicto, más supo ser lo suficientemente amplio como para que toda la América cupiese en su corazón y lo suficientemente generoso como para evocarla sin retaceos.

Fue hasta el fin de sus días, como lo había querido, un hombre del Partido Americano.

Notas

[39] *Archivo de San Martín*, tomo X, p. 17.
[40] *San Martín. Su correspondencia*, p. 334.

[41] Ibídem, p. 336.
[42] Ibídem, p. 154.
[43] Ibídem, p. 154.
[44] Ibídem, p. 124.
[45] Ibídem, p. 128.
[46] Su texto está íntegramente reproducido en *Archivo de San Martín*, tomo X, p. 226.
[47] *San Martín. Su correspondencia*, p. 135.
[48] José Pacífico Otero enuncia sintéticamente un pensamiento muy preciso sobre la relación epistolar habida entre José de San Martín y el jefe de la Confederación Argentina. "Es ésta una amistad que no la dictó por parte del Libertador americano ningún sentimiento subalterno. La inspiró ella una razón de patria, de independencia y de soberanía, y por esos títulos se mantuvo ella en el terreno mutuo de la consideración y del respeto de soldado a soldado". Véase José Pacífico Otero, obra citada, tomo IV, pp. 521-522.
[49] *San Martín. Su correspondencia*, p. 137.
[50] Adolfo Saldías, Historia de la Confederación Argentina, tomo, V, p. 42.
[51] *San Martín. Su correspondencia*, p. 137.
[52] Adolfo Saldías, obra citada, tomo V, p. 386.
[53] José Pacífico Otero, obra citada, tomo IV, p. 357.
[54] Ibídem, tomo IV, pp. 374 y 375.

V

EJEMPLO PARA AMERICA

El 17 de agosto de 1850 entregaba su alma al Creador un americano que había tenido por único y supremo afán de su vida el de luchar por la libertad y la independencia de los pueblos. Un americano que un día lo abandonó todo porque entendió que las posibilidades de su misión libertadora habían concluido, aunque la empresa debiera recorrer nuevas etapas. Así procedió porque en conciencia estaba convencido de que no le quedaba otro camino que éste para mejor cooperar con la causa que había abrazado desde que resolvió dejar el servicio del ejército español. "Yo no tengo libertad –había dicho en Lima el 19 de enero de 1822 al delegar el gobierno para viajar a Guayaquil– sino para elegir los medios de contribuir a la perfección de esta grande obra, porque tiempo ha no me pertenezco a mí mismo, sino a la causa del continente americano".

Todos sus quereres y trabajos estuvieron siempre ordenados por la recta conciencia del deber, por el amor al pueblo y por un irrevocable espíritu americanista. "Conductor –dice Ricardo Piccirilli–, estuvo en contacto con seres de distintas clases sociales; pasó entre las filas de sus regimientos vencedores, y como un instrumento accidental de la justicia, asignó responsabilidades, otorgó jerarquías y estructuró Estados. Libertador, fue aclamado por multitudes jubilosas; se asomó a los salones y a los estrados resplandecientes de luces y de pompas; escaló la cima del poder y repartió la gloria; más 'agente del destino', abdicó las preeminencias y el poder, y se marchó al ostracismo para dejar a la voluntad de los pueblos la elección de sus gobiernos"[55].

En su concepción política coincidió con los ideales de la gesta que inició un puñado de patriotas de Buenos Aires en mayo de 1810: generoso y fraterno, se entregó a la causa de América sin tener otro ideal que redimir pueblos y respetarlos en las decisiones que tomaran una vez asumida su soberanía. Si para ello debió enfrentarse con lo español, en cuanto España se encontraba unida a los destinos de una monarquía que había perdido el rumbo histórico, lo hizo sin darle a tal actitud el carácter de una ruptura con la sangre que le venía de sus mayores y mucho menos con la tradición. Hizo la guerra no a los hombres que representaban a España, sino a los principios por ellos sustentados; y cuando debió hacerla, con frase de su ilustre biógrafo Otero, "la hizo limitándola en sus efectos destructores, la hizo realzándola con la sumisión de la espada a la inteligencia".

Formuló un voto solemne y lo cumplió hasta el fin: jamás derramó sangre de compatriotas y sólo empuñó su sable para luchar contra los enemigos de la independencia sudamericana.

¿Qué fue, qué es San Martín para los argentinos, para los americanos? Digámoslo con Mitre, como cuando le rindió homenaje en el centenario de su nacimiento: "San Martín es el germen de una idea grande que brota en las entrañas fecundas de nuestra tierra; es la fuerza viva de nuestras arterias que ponen en vibración los átomos de un hemisferio; es la irradiación luminosa de nuestros principios, que se propaga por todo un Continente; es la acción heroica de nuestra patria que se dilata, el cometa que con cauda flamígera se desprende de la nebulosa de la nacionalidad argentina, y que después de recorrer su órbita elíptica, cuando todos lo creían perdido en los espacios vuelve más condensado a aquel punto de partida al cabo de cien años"[56].

El espíritu americanista de la epopeya sanmartiniana es luz orientadora para un continente que hoy puja con fuerza incontenible por mantener su unidad en la fe, la cultura, en el orden social, en el afán de justicia y en amor por una libertad rectamente vivida. Frente a las asechanzas que a esta América nuestra ponen quienes se dejan ganar por las engañosas teorías de un afán revolucionario sin horizonte y sin meta segura, siga siendo consigna el pensamiento del Libertador: "Cada gota de sangre americana que se vierte por nuestros disgustos me llega al corazón. Paisano mío: hagamos un esfuerzo, transemos en todo y dediquémonos únicamente a la destrucción de los enemigos que quieran atacar nuestra libertad".

Respondamos a este llamado con la palabra del poeta:
"Guardemos siempre su recuerdo fundamental, como si fuera
[nuestra vida.
Con el amor con que la fruta guarda en el fondo de su seno la
[semilla.
Con el fervor con que la hoguera guarda el recuerdo victorioso
[de la chispa.
Que su sepulcro nos convoque mientras el mundo de los hombres
[tenga días.
Y que hasta el fin haya un incendio bajo el silencio paternal de
[sus cenizas".[57]

Notas

[55] Ricardo Piccirilli, obra citada, pp. 89 y 90.

[56] Bartolomé Mitre, *Arengas*, en *Obras Completas*, p. 678.

[57] Francisco Luis Bernárdez, *El Libertador (meditación hecha ante la tumba del general San Martín)*, Buenos Aires, 1950.

LA REPATRIACION
DE LOS RESTOS DE SAN MARTIN

Con la llegada de los restos del Libertador a la Argentina el 28 de mayo de 1880 quedaba cumplido el deseo testamentario de que su corazón fuese depositado en Buenos Aires. Todo el país contribuyó para que tan fausto suceso se concretara y el traslado se hizo en un navío de la Armada Nacional conducido por las expertas manos de nuestros marinos. Aquí esperaban y recibieron a esos restos los argentinos todos, encabezados por Avellaneda, Mitre y Sarmiento, los tres ciudadanos que hasta ese momento habían ejercido el mando presidencial en Buenos Aires.

Lo realizado para traer a la Argentina los restos ha sido ya estudiado en sus aspectos generales y narrado por distinguidos historiadores, de los que recordaré ahora a José Pacífico Otero, el ilustre fundador del Instituto Sanmartiniano, y a Isidoro Ruiz Moreno, nuestro colega en la Academia Sanmartiniana. Por ello, no he de volver sobre lo ya sabido, sino que trataré de desarrollar, analizar o profundizar, según los casos, cuatro aspectos de tan importante asunto. El primero se refiere a determinar cuál fue la verdadera razón por la que los restos del Libertador se trajeron a Buenos Aires sólo tres décadas después de ocurrida su muerte y de conocerse su deseo testamentario. En segundo término, destacaré los méritos de la comisión nacional que tuvo a su cargo realizar la repatriación de los venerados restos y la participación que tuvo en ello la comunidad argentina. Después evocaré cómo el periodismo porteño cumplió con su misión informativa y rindió homenaje al Libertador en ese memorable 28 de mayo de 1880. Finalmente, analizaré cómo y cuándo fue elegida la Catedral por el gobierno municipal de Buenos Aires para que allí recibiese sepulcro definitivo el Padre de la Patria y cómo ese recinto fue cedido cordialmente por el Arzobispado porteño.

I

Comenzaré, pues, con la búsqueda de la razón por la que debió aguardarse hasta 1880 para que fueran traídos los restos del héroe.

San Martín testa por tercera vez y definitiva el 3 de enero de 1844. Al hacerlo señala decisiones, órdenes y mandas: que se suministre una pensión a su hermana María Elena, que su sable sea entregado al general Juan Manuel de Rosas, que no se le hagan funerales, que su cadáver sea conducido directamente al cementerio sin ningún acompañamiento, que se devuelva al Perú el estandarte que él creía ser de Francisco Pizarro.

En la cuarta cláusula testamentaria se suceden una prohibición, una disposición y un deseo. Aquélla se refiere a la no realización de funerales, como ya se ha dicho; la disposición, también ya mencionada, a que sus restos sean conducidos sin acompañamiento al cementerio. Por último, "desearía que mi corazón fuese depositado en el de Buenos Aires". Esto, o sea un deseo que no obliga, muestra una vez más su discreción y su respeto por la libertad de decisión del prójimo.

Son disposiciones claras y precisas, cuyo cumplimiento estará a cargo de su hija Mercedes y de su yerno Mariano Balcarce. Será Mercedes quien privadamente cuidará de que las mandas sean ejecutadas; será Balcarce quien las asumirá públicamente.

El 30 de agosto de 1850, corridos trece días desde el deceso del héroe, Mariano Balcarce comunica la triste noticia al gobernador de Buenos Aires, Juan Manuel de Rosas, como también que los venerados restos fueron depositados en la bóveda de la Catedral boloñesa en construcción "hasta que puedan ser trasladados a esa capital, según sus deseos, para que reposen en el suelo de la patria querida". En la ocasión, Balcarce también comunica el contenido de la cláusula tercera del testamento sanmartiniano y, en consecuencia, que el sable será remitido al gobernante porteño "tan pronto como se presente una ocasión". Agreguemos que ésta se dio poco después y que Rosas llevó el corvo consigo cuando, tras ser vencido en la batalla de Caseros, se marchó de Buenos Aires rumbo al exilio.

En cuanto al llamado Estandarte de Pizarro, digamos que le fue entregado por Mariano Balcarce al ministro del Perú, señor Pedro Gálvez, el 21 de noviembre de 1861. O sea en el día en que los restos del

Libertador fueron trasladados desde la Catedral de Boulogne-sur-Mer al panteón familiar de Brunoy.

¿Por qué tuvieron que pasar treinta años para que los restos del Libertador –el corazón en primer término– se trajesen a Buenos Aires? La demora llama más la atención si se tiene en cuenta que se produjo a pesar de conocerse el deseo de San Martín y que en otros casos –el de Rivadavia, por ejemplo– ocurrió en forma inversa.

Lo cierto es que desde casi el momento del deceso se habló y escribió acerca del traslado de los restos. Así, Félix Frías, que asistió a las exequias, dirá poco después que el cadáver permanecerá en el templo boloñés hasta "que sea conducido más tarde a Buenos Aires, donde, según sus últimos deseos, deben reposar los restos del general San Martín". También se menciona el posible traslado en la conocida nota necrológica que el señor Alfredo Gérard publicó en Boulogne-sur-Mer, nota en la que se recordó que, según los votos de San Martín, sus restos mortales serían transportados a Buenos Aires.

Por otra parte, cabe recordar que, con fecha 1° de noviembre de 1850, el ministro de Relaciones Exteriores de la Provincia de Buenos Aires, don Felipe Arana, comunica a Balcarce que el gobernador Rosas le previene por su intermedio que "luego que sea posible proceda a verificar la traslación de los restos mortales del finado general a esta ciudad por cuenta del gobierno de la Confederación Argentina para que, a la par que reciba de este modo un testimonio elocuente del íntimo aprecio que su patriotismo le hacía merecer de su gobierno y de su país, quede también cumplida su última voluntad". Por razones públicamente desconocidas, Mariano Balcarce no llevó adelante lo dispuesto por el gobierno porteño.

En los años siguientes no se habló más del asunto, por lo menos en forma pública. Resulta incomprensible que así haya ocurrido de no mediar alguna razón fundamental, quizá esa de la que hablaré después. Porque, en principio, parece que hubiera sido posible para el gobierno porteño realizar ante la familia de San Martín alguna gestión con cierta probabilidad de éxito. Dos razones había para ello: San Martín señaló expresamente a Buenos Aires como sede última para su corazón y Mariano Balcarce era agente diplomático del gobierno porteño.

Llegamos así a 1862, año en que fue inaugurado en la ciudad de Buenos Aires el monumento a San Martín dispuesto por la Municipalidad porteña. En la ceremonia que se realizó con tal motivo, habló el general

Mitre, a la sazón gobernador provincial y encargado del Poder Ejecutivo Nacional, quien dijo que el pedazo de tierra argentina en que se asentaba el pedestal de la estatua era el único ocupado por San Martín en su país "mientras llega el momento en que sus huesos ocupen otro pedazo de tierra en ella". Tengo para mí que fueron muy pocos los que entendieron el mensaje existente en lo más hondo de esas palabras: "... mientras llega el momento...". Poco tiempo después de la inauguración del monumento, Mariano Balcarce escribía el 4 de setiembre de 1862, desde Inglaterra, una carta dirigida a D. S. R. Albarracín. En uno de sus párrafos decía lo siguiente: "A Buenos Aires correspondía dar este ejemplo de justicia y reparación que, no dudo, será muy pronto imitado por Chile y el Perú que deben principalmente su independencia a aquel benemérito argentino, de cuya abnegación y desprendimiento no ofrece otro ejemplo la historia de nuestra revolución. Ud., mi señor Albarracín, ha sido el ciudadano elegido por la Providencia en suerte para llevar a cabo no sólo este acto de justicia del pueblo argentino, sino también para ser autor de la moción ante las Cámaras para la traslación de los restos mortales del General que aún reposan en el hospitalario pueblo francés". Dos años después, en 1864, siendo Mitre presidente de la Nación, será cuando el Congreso sancione la ley que asegure los fondos necesarios para la repatriación de los restos del héroe. El correspondiente proyecto de ley fue presentado por el diputado Martín Ruiz Moreno, a quien acompañó en la oportunidad con su firma don Adolfo Alsina. Corresponde señalar que, por la ley sancionada, el Congreso daba autorización al Poder Ejecutivo para hacer los gastos que demandase la traslación a la República de los restos del Libertador. El proyecto de Ruiz Moreno, en cambio, disponía, en primer término, que "el Poder Ejecutivo practicará inmediatamente las diligencias que fueren necesarias para trasladar a la República Argentina los restos del benemérito general José de San Martín".

Ciertamente, en apariencia nada se hizo tras la promulgación de la ley. Pero también es cierto que ningún ciudadano ni institución, ni siquiera el propio autor del proyecto de ley, requirió públicamente que se urgiera la traslación de los restos o presentase un pedido de informes al Gobierno sobre el estado del asunto, ya estuviese el Poder Ejecutivo Nacional a cargo de Mitre o de su sucesor, Sarmiento.

Interin, como en 1949 recordó el historiador Tomás Diego Bernard (h), el presidente del Perú, José Balta, dispuso que se erigiese en

Lima una estatua al Libertador y que se trasladasen sus cenizas a la mencionada ciudad capital. El contenido de dicho decreto le fue comunicado a Mariano Balcarce por don Pedro Gálvez, ex presidente del Consejo de Ministros del Perú durante el mandato de Balta. "Suponemos –decía Bernard en un artículo publicado en la revista *Tellus* de la ciudad de Paraná, Entre Ríos– cuánta habrá sido la emoción y gratitud del hijo de San Martín ante esta prueba de lealtad y aprecio del Perú a su Protector. Qué disponía el decreto de honores, y cuál fue su resolución al respecto, lo sabemos con exactitud a través del testimonio que nos brinda la carta que sobre el particular escribió poco después al general Bartolomé Mitre, de fecha 24 de junio del año 69 y que se conserva hoy en el Museo Mitre...".

La misiva de Balcarce dice así en la parte relativa al tema que nos ocupa: "Ahora tengo el gusto de incluirle el decreto del presidente Balta, relacionado a la erección de la estatua del Gral. San Martín, y al traslado de las respetables cenizas de éste a Lima; a lo que no me ha sido posible adherir por haber anteriormente contraído otro compromiso con mi gobierno, a más de lo dispuesto en una cláusula testamentaria de Padre a ese respecto".

Corrió el tiempo hasta el 28 de febrero de 1875, día en que fallece Mercedes San Martín de Balcarce en Francia, cuando estaba próxima a cumplir los cincuenta y nueve años de edad. El 1° de abril siguiente, o sea apenas pasado un mes desde el deceso de la hija del Libertador, el diario *La Nación*, de Buenos Aires, da lugar en sus páginas a una carta firmada por *Un suscriptor*, quien se domicilia en Córdoba 541. La carta, que lleva fecha del día anterior, 31 de marzo, dice textualmente: "He leído un suelto en el diario de ayer en el cual, hablando de una carta del general Alvear sobre la muerte del general San Martín, se hace presente que habiendo pasado veinticinco años desde la muerte de este ilustre guerrero, sus restos descansan olvidados todavía en el suelo extranjero. Me parece, señor, que a pesar de lo muy justo de su patriótico recuerdo, convendría hacer conocer ciertos hechos que darán alguna luz sobre este punto. Bajo la administración del general Mitre se tomaron serias medidas para el transporte al seno de la patria de las cenizas de San Martín. Un caballero francés hizo arreglos con el gobierno y se le confió esa importante comisión. Pero se dice que encontró dificultades insuperables para llevarla a cabo. Según nos ha informado una persona muy versada y competente en materia de Historia Nacional, y conocida

por su ilustración en todo lo referente a ella, esas dificultades consistieron en negativa que opuso la señora de Balcarce, única hija del general San Martín, a la realización de los deseos del presidente Mitre. La Sra. de Balcarce, fundada en un sentimiento natural y piadoso, dijo que por nada consentiría en separarse de los restos de su glorioso padre, y que mientras ella viviera en el suelo de Francia, allí permanecerían esos restos, para poderles tributar siempre el homenaje del amor filial. Esta versión debe ser cierta pues, de otra manera, no se explicaría cómo la administración Sarmiento no ha dado ningún paso en ese sentido. Pero hoy, señor, las circunstancias han cambiado. La Sra. Balcarce ha, desgraciadamente, fallecido, según lo anunciaron todos los periódicos de esta capital, hace un mes poco más o menos. Por consiguiente, ha llegado el momento de la reparación. Los restos de San Martín deben ser transportados cuanto antes a Buenos Aires para que reciban la unánime oración que merece en el pueblo del que se alejó para siempre en 1829, por las miserias y las infames calumnias de sus enemigos políticos. Si el Sr. Balcarce persiste en las mismas ideas que dominaban a su esposa, recuerde que en los restos de este ilustre muerto tendrá derecho a todo, pero no al corazón, que San Martín legó a Buenos Aires. Es de esperar, por consiguiente, que el Gobierno Nacional, inspirándose en los sentimientos de verdadero patriotismo, satisfaga cuanto antes los legítimos derechos del pueblo argentino".

Las afirmaciones hechas en esta carta no fueron ni desmentidas ni refutadas en las ediciones siguientes de *La Nación*, lo que permite suponer que resultaron aprobadas o compartidas por todos, amigos del fundador del diario o no. Por otra parte, no cuesta mucho aceptar que la persona muy versada y competente en materia de Historia Nacional, y conocida por su ilustración en todo lo referente a ella, a la que alude el anónimo autor de la carta, no era otra que Mitre, quien –no es osado suponerlo– alentó o promovió la redacción de esa carta del anónimo suscriptor para salvar de alguna manera la equivocada afirmación hecha por un redactor poco avisado del propio diario. Diario en el que, cabe recordarlo, se venía publicando desde el 1° de marzo anterior la Introducción a la Historia de San Martín, firmada por Mitre en la cárcel del Cabildo de Luján, donde permaneció detenido largo tiempo tras su participación en la frustrada revolución de 1874.

Lo dicho en la carta reproducida debió corresponder a la estricta verdad histórica. Y es de suponer que no sólo y sucesivamente conocían

el íntimo pensamiento de la Sra. de Balcarce los presidentes Mitre y Sarmiento, sino que también era partícipe de él uno de los firmantes del proyecto de ley de repatriación, o sea don Adolfo Alsina, gobernador durante parte de la presidencia de Mitre, vicepresidente de la Nación con Sarmiento y ministro de Guerra y Marina del presidente Avellaneda.

Lo que se viene diciendo fue también afirmado en la revista francesa *Correo de Ultramar*, del 1° de mayo de 1880, una de cuyas copias se conserva en el Archivo General de la Nación y que es recordado por el doctor Isidoro Ruiz Moreno en su trabajo antes mencionado. Bastará reproducir el principio de la crónica de la partida desde Francia de los restos del Libertador hecha por *Correo de Ultramar* para comprobar su coincidencia con lo expresado cinco años antes desde las columnas del diario de Mitre. Así, se dice esto: "Todos los gobiernos que han venido sucediéndose en la República Argentina habían deseado verificar la traslación de los restos del ilustre general que reposaban en la tierra hospitalaria de la Francia desde el año de 1850 en que murió. Mientras vivió la digna hija del general, la distinguida señora doña Mercedes San Martín, esposa del ministro argentino en París, don Mariano Balcarce, fueron vanos estos deseos; la amante hija no quiso separarse en vida de los restos de aquel a quien debía el ser.

"Pero la muerte vino también a arrebatarla, y todo un pueblo, y en su nombre su gobierno, a reclamar nuevamente las cenizas del patricio, que no debía permanecer más tiempo en el extranjero. La familia no podía ni debía resistir a los deseos de toda una nación que reclamaba para ella la honra de poseer los restos de uno de sus más esclarecidos hijos". No resulta necesario encarecer la coincidencia que existe entre lo dicho en la carta firmada por *Un suscriptor* en 1875, lo afirmado en Francia al partir de allí el buque que transportaba los restos del Libertador y alguna de las expresiones contenidas en la antes recordada carta enviada por Mariano Balcarce al señor Albarracín.

Sobre la base de lo expuesto, de los testimonios dados y de las reflexiones hechas con sentido lógico, nos parece que está fuera de duda que la repatriación de los restos de San Martín no se realizó antes por alguna razón mezquina propia de sus compatriotas, sino, simplemente, por la decisión de su hija de tener los restos paternos junto a sí durante los días de vida que Dios le deparase a ella. Y esto resulta más indudable si se piensa que, de haberlo querido, Mercedes podría haber repatriado los restos de su padre sin que mediase intervención oficial alguna.

Casi nos animaríamos a decir que el tejido de rumores, versiones, interpretaciones y suposiciones hecho en torno de la repatriación de los restos de San Martín es uno más, y no el postrero, de los forjados para intentar vanamente ensombrecer la gloria del héroe o empequeñecer el amor que sus compatriotas le profesaron y le profesan.

Recordemos, por último, que entre los que tomaron ubicación junto a los restos del Libertador cuando éstos llegaron al país en 1880 se contaban quienes ya en 1862, año en que se inauguró su estatua en Buenos Aires, poseían perfiles políticos destacados o desempeñaban cargos gubernativos de relevancia. Obviamente, quienes habían propiciado o apoyado la erección de ese monumento no serían, a la vez, olvidadizos lectores de la voluntad testamentaria del héroe. Quienes se contaban entre sus primeros reivindicadores y biógrafos, tales Mitre y Sarmiento, no podían, como supremos magistrados del país, ni oponerse a la traída de los restos ni olvidarse de hacerlo. Más cuando los posibles obstáculos financieros estaban allanados desde 1864, año en que el Congreso votó el proyecto de ley de Ruiz Moreno.

Estimo que lo aquí recordado contribuirá a concluir con esta especie de complejo de culpa que nos afecta, esta especie de reproche que nos hacemos aún los argentinos por no haber repatriado rápidamente los restos del Libertador. Creo que podemos decir, asegurar y sostener que el deseo de San Martín acerca del definitivo lugar de reposo para su corazón se vio demorado en su cumplimiento por la decisión de su hija Mercedes, firme en su posición de dejar en suspenso la ejecución de la cláusula testamentaria hasta, por lo menos, su muerte. Así fue afirmado tras su deceso y no fue desmentido ni por su esposo Mariano Balcarce ni por su hija Josefa.

II

Pasemos ahora al segundo de los asuntos que deseamos abordar, o sea, la ejemplaridad de la Comisión Nacional que organizó la repatriación de los restos y la vasta adhesión popular que logró su convocatoria.

A comienzos de 1877 han corrido dos años de la muerte de

Mercedes San Martín de Balcarce y falta uno para que se cumpla el centenario del nacimiento del Libertador. En este comienzo del año la situación política del país muestra cambios favorables y se van restañando las heridas dejadas por la revolución de 1874. Se está pisando ya el umbral de la Conciliación, o sea una nueva etapa que, a la vez, permita y obligue a todos a participar en la lucha política dentro del terreno de la Constitución.

El presidente Nicolás Avellaneda estima que, sobre la base de lo que ya viene haciendo la Municipalidad porteña, el momento es propicio para hacer un llamado al pueblo. Lo formula el 5 de abril, día en que se cumple un nuevo aniversario de la batalla de Maipú, y convoca a todos "para reunirse en asociaciones patrióticas, recoger fondos y promover la traslación de los restos mortales de don José de San Martín para encerrarlos dentro de un monumento nacional, bajo las bóvedas de la Catedral de Buenos Aires". Seis días después, el 11, Avellaneda firma el decreto de creación de la Comisión encargada de restituir a la Patria los restos del Libertador.

La comisión designada se constituye el 24 de abril, a las cuatro de la tarde, en las antesalas del Senado de la Nación. La integran inicialmente el vicepresidente de la Nación, don Mariano Acosta, que será su presidente; el presidente de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, don Salvador María del Carril; el presidente de la Municipalidad de Buenos Aires, don Enrique Perisena, quien ya ha tenido mucho que ver con las gestiones de repatriación; el general Julio de Vedia; don Antonio Malaver; el secretario del Senado, don Carlos Saravia, y el secretario de la Suprema Corte de Justicia de la Provincia de Buenos Aires, don Aurelio Prado y Rojas, quien fallecerá corrido un año.

Esta comisión funcionará durante casi cuatro años, hasta el 6 de abril de 1881, día en que realizará su última reunión y dará por concluido su cometido. La atenta lectura de las actas de las reuniones efectuadas por la Comisión impresiona tanto por su sencillez como porque reflejan una actividad inteligente cumplida sin desmayos y con responsabilidad. Todo fue pensado, analizado, resuelto y ejecutado, desde la invitación a los gobiernos de las provincias para constituir comisiones locales, lo que se acordó en la primera sesión, hasta la rendición final de cuentas y la devolución de fondos sobrantes, lo que se aprobó en la postrera.

Por aquello de que el estilo es el hombre, nos animamos a decir,

sin desmedro para nadie, que la Comisión fue lo que era Mariano Acosta. Muchos años después, don Luis Sáenz Peña lo señaló como "el ciudadano honrado, el ciudadano que representa la austeridad". Y la Comisión fue honrada y austera. Prácticamente, no incurrió en gastos de funcionamiento, salvo los propios de la adquisición de elementos de escritorio y librería; no tuvo más personal estable que un escribiente y no necesitó de asesores rentados; sus ordenanzas fueron los del Senado, quienes se prestaron a cumplir la doble función, y no incurrió en gastos ni de franqueo ni telegráficos por gozar de las exenciones correspondientes. Pero no sólo debemos destacar lo relativo al módico presupuesto de la Comisión. Esta fue mucho más importante por la obra que realizó, atendiendo a la vez a los más diversos asuntos y aspectos que hacían a la repatriación de los restos de San Martín. La documentación de la Comisión se conserva, felizmente, en el Archivo General de la Nación y su atenta lectura confirma plenamente lo dicho. Allí están desde la decisión tomada respecto de un ofrecimiento de retratos del Libertador hasta la ardua tramitación del concurso convocado para escoger un proyecto de mausoleo.

El ejemplar funcionamiento de la Comisión se evidencia también por lo realizado tras la llegada de los restos del Libertador. Se remiten notas de agradecimiento a cuantos han colaborado para el mejor éxito de la empresa y se dispone el destino final de elementos utilizados durante las ceremonias. Así, se decide donar a la Catedral los terciopelos y demás enseres que sirvieron para la decoración del carro fúnebre; éste, por decisión del Gobierno, será entregado a la Municipalidad porteña y los cordones del féretro, obsequiados como recuerdo a Mariano Acosta, Eustoquio Frías, Arístides Villanueva, José María Moreno, Manuel Quintana, Ceferino Araujo, José Benjamín Gorostiaga, Sixto Villegas, Bartolomé Mitre, Domingo Faustino Sarmiento, Manuel María Escalada, José Prudencio de Guerrico, Carlos Pellegrini y Gerónimo Espejo. Con relación a la rendición de cuentas, digamos que en total ingresaron casi un millón cuatrocientos mil pesos de la moneda corriente por entonces, correspondiendo, en cifras redondas, ochocientos cincuenta mil a la colecta popular y noventa mil a la realizada en las guarniciones militares. El resto lo aportaron el Gobierno Nacional y la Municipalidad porteña. Respecto de esa colecta popular, recordemos que hubo una amplia y generosa colaboración tanto de parte de las comisiones provinciales como de instituciones y personas. Así, por ejemplo, el

Círculo Médico Argentino colabora con más de seis mil pesos, integrados, entre otros, por Ignacio Pirovano, Rafael Herrera Vegas, Pedro A. Pardo, Ricardo Gutiérrez, Manuel Augusto Montes de Oca, José María Ramos Mejía, Domingo Sicardi y Domingo Cabred. El ministro de Guerra y Marina, general Roca, contribuye con mil pesos y el general Mitre, con quinientos. Los empleados de la Casa de Gobierno, entre los que se cuenta Marcelino Ugarte, dan más de siete mil pesos. La comisión de estudiantes de la Facultad de Humanidades y Filosofía remite tres mil cuatrocientos, reunidos entre docentes y alumnos, tales como Matías Calandrelli, Amancio Alcorta, Aristóbulo del Valle, Ernesto Quesada y Eduardo Navarro Viola. El rector del Colegio Nacional de Corrientes, don Santiago Fitz Simon, remite ochenta y seis pesos fuertes, reunidos por profesores y alumnos. El presidente Avellaneda dona seis mil pesos de moneda corriente. El director de la Escuela Normal de Paraná, don José María Torres, remite ciento treinta y seis pesos fuertes, reunidos por los profesores, entre los que figuran don Pedro Scalabrini, empleados y alumnos, uno de los cuales es Alejandro Carbó. El personal de la cañonera Paraná contribuye con ochenta y tres pesos fuertes, que se descontarán de los haberes que el Gobierno les adeuda. Aportan desde el comandante, teniente coronel Laserre, hasta el foguista, Carlos Rose. La colecta realizada en la provincia de Buenos Aires supera largamente a todas las otras contribuciones. La comisión bonaerense es presidida por el general Eustoquio Frías, uno de los sobrevivientes de las guerras por la Independencia, y tiene por secretario a Carlos Pellegrini. El 19 de agosto de 1878, Frías avisa a Acosta que pone a disposición de la Comisión Central 350.000 pesos corrientes, dos libras esterlinas y bonos municipales por valor de 200.000 pesos corrientes. También aquí está presente la contribución de las escuelas normales, en este caso las dos fundadas por Mariano Acosta en 1874. Los argentinos residentes en la Banda Oriental mandan 637 pesos fuertes y el cónsul en Gran Bretaña, don Carlos Calvo y Capdevila, remite 25 libras esterlinas reunidas entre los pocos argentinos que allí residen. El director de la Escuela Normal de Tucumán, señor Stearns, manda 49 pesos fuertes, "pequeña cantidad –dice– que sirva al menos para indicar que los jóvenes aspirantes al magisterio se interesan vivamente en este acto nacional de justicia póstuma". No es sencilla la contabilidad de la Comisión porque las donaciones en metálico llegan en oro, plata o cobre, ya sean onzas áureas, cóndores, libras esterlinas, napoleones, monedas

brasileñas o plata fuerte. Gran parte de los envíos hechos desde el noroeste se efectúan en moneda boliviana. En homenaje al espacio, no podemos seguir con la lista de los donantes, mas lo mencionado es suficiente para tener idea de la fervorosa adhesión que despertó en los corazones argentinos el llamado hecho por la Comisión de repatriación. Cerraremos, entonces, la mención con el ofrecimiento hecho por el pueblo santafesino de San Lorenzo, que está dispuesto a remitir dinero y gajos del pino histórico. Señalemos, finalmente, que un peso fuerte equivalía a veinticinco pesos de moneda corriente.

Esta recordación de la Comisión que presidió Mariano Acosta no puede omitir señalar que su gestión culminó en uno de los momentos más difíciles vividos por el gobierno que presidía Nicolás Avellaneda y cruciales para la Provincia de Buenos Aires. Precisemos esto con la simple mención de algunas fechas y hechos: el 11 de abril hubo comicios en todo el país para designar electores de presidente de la Nación. El 1° de mayo quedó inaugurado el período legislativo bonaerense con un discurso del gobernador Carlos Tejedor, quien más que hablar pareció hacer sonar clarinadas de guerra. El 10 de mayo, 30.000 ciudadanos se reunieron en la Plaza de la Victoria para participar del llamado Mitin de la Paz. La situación política se fue complicando mientras por el río llegaban cargamentos de armas. El 28 arriban los restos del héroe. Tres días después, el conflicto se agudiza y el 2 de junio el presidente Avellaneda se marcha al vecino pueblo de Belgrano, al que erigirá en capital provisoria de la Nación. Paralelamente, se entabla la lucha armada y en pocos días habrá miles de muertos y heridos. La breve reseña hecha sirve para valorar aún más la acción de la Comisión, cuyo presidente, Mariano Acosta, vive por esos días el tremendo conflicto surgido en el espíritu de quien es integrante del Gobierno Federal y, a la vez, porteño por nacimiento y autonomista por militancia.

III

Hecho el recuerdo de la Comisión que presidió Mariano Acosta, a cuya acción no podemos menos que seguir admirando y destacando, pasemos al tercer asunto que deseamos señalar a la consideración de todos. Nos referimos a la acción periodística realizada con motivo de la

repatriación de los restos del héroe y a la presencia de los hombres de prensa porteños en el acto de su desembarco y traslado a la Catedral.

En cuanto a la acción periodística, digamos que se hizo presente desde la convocatoria formulada por el presidente Avellaneda, en abril de 1877, por medio de artículos editoriales de apoyo y una constante información de lo actuado por la comisión nacional, información que se acrecentó al máximo en los postreros días de mayo de 1880.

De esta suma de información, nos parece conveniente destacar la que realizó como cronista el recordado Ernesto Quesada, el único argentino civil que tuvo el privilegio de participar del viaje inaugural del transporte *Villarino*, el buque que recibió los restos de San Martín en el puerto francés del Havre y los condujo a Buenos Aires.

La emotiva y completa crónica de Quesada fue publicada por el diario *La Nación* en su edición del 25 de mayo de 1880. Señalemos que muchos años después, merced a la sagaz investigación realizada por el ingeniero Enrique Landini, hubo oportunidad de conocer el contenido del libro de bitácora del Villarino, lo que constituye también un valioso aporte para el mejor conocimiento del histórico viaje.

En los días previos y posteriores a la llegada de los restos, la información periodística fue amplísima, incluyendo muchísimos datos harto interesantes, los que no es posible referir en la presente ocasión por el espacio que ello insumiría.

En cambio, sí, creo que es de justicia recordar la participación personal de los periodistas porteños en las ceremonias de recepción de los restos del Libertador. La convocatoria para esa participación fue hecha por Bartolomé Mitre, Juan Carlos Gómez, Juan José Lanusse y Manuel Bilbao, quienes para mejor proveer invitaron a los directores y redactores de los diarios nacionales y extranjeros a la reunión por realizarse el jueves 27 de mayo, a las 2 de la tarde, en la Redacción de *La Nación*, sita en la calle San Martín 208 de la antigua numeración, o sea la casa del propio Mitre, hoy convertida en museo.

Durante la mencionada reunión, que presidió Mitre, se resolvió que a la cabeza del grupo marchase el doctor Bilbao en mérito a que aquél y el doctor Gómez ya tenían fijados puestos obligatorios en otros lugares de la procesión. También se acordó señalar como punto de reunión para el día 28, a las 12, la imprenta de *La Nación*, o sea, como antes dijo, la casa de Mitre, y que al frente de la columna periodística hubiera un pendón blanco y celeste enlutado y con esta inscripción: *La*

Prensa de Buenos Aires. Otro acuerdo tomado fue invitar a la Sociedad Tipográfica Bonaerense, o sea la organización gremial de los obreros tipográficos, a integrar un solo grupo con los periodistas, invitación que quedó aceptada esa misma tarde. También se decidió que los miembros de la prensa vistiesen traje negro y que llevasen en el brazo izquierdo, como distintivo, un lazo con los colores de su respectiva nacionalidad.

No resultó fácil contratar la confección del pendón por estar cerrados la mayoría de los comercios en ese 27 de mayo, día feriado por celebrarse la festividad del Corpus Christi. Se logró merced a la buena voluntad de los señores Brum, propietarios de la tienda A la Ciudad de Londres, y así el pendón fue hecho y entregado a los periodistas, con el carácter de obsequio, en la mañana del viernes 28, cuando ya se estaban encolumnando en la imprenta de *La Nación*.

Para dar final a esta parte de la evocación, digamos que los hombres de la prensa desfilaron a la cabeza de un grupo del que también formaron parte, entre otros, los estudiantes universitarios, los miembros de la Sociedad Rural Argentina y del Club Industrial, los escribanos y procuradores, las sociedades del barrio de La Boca, los alumnos del Colegio Nacional y varios clubes de africanos.

IV

Llegamos, finalmente, al cuarto aspecto que nos propusimos desarrollar. ¿Cómo y cuándo se decidió elegir a la Catedral de Buenos Aires para recinto destinado a guardar perpetuamente los restos del Libertador? ¿Fue la elección fruto de la inspiración del presidente Avellaneda y comunicada al pueblo en su antes recordada proclama del 5 de abril de 1877 o, acaso, ya estaba hecha desde tiempo antes?

Cabe afirmar, sin posibilidad de error, que la decisión de dar sepultura definitiva a los venerados restos en la Catedral estaba tomada desde un año antes y que desde entonces se contaba con el asentimiento del Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires para así hacerlo.

Los documentos que dan soporte a lo que desarrollaremos seguidamente están reproducidos en un folleto editado por la Municipalidad de Buenos Aires en 1877, folleto que en su edición original me fue obsequiado por el distinguido investigador e historiador

Alberto Octavio Córdoba. Cuanto se dice en los documentos municipales antes mencionados tiene comprobación paralela en otros documentos, conservados éstos en el archivo del ya mencionado Cabildo Eclesiástico porque, felizmente, no sufrieron daño alguno en el salvaje incendio al que fue sometida la Curia bonaerense en la trágica noche del 16 de junio de 1955. Su conocimiento lo debemos al difunto historiador canónigo Ludovico García de Loydi, quien los dio a conocer en 1971.

Vayamos, pues, a esos antecedentes. En 1870 se presentó don Manuel Guerrico a la Municipalidad de Buenos Aires para solicitar, en nombre de la familia del general San Martín, un terreno en el cementerio del Norte, o de la Recoleta, para colocar allí los restos del héroe. La petición se resolvió favorablemente y se acordó también que la Municipalidad construyera a sus expensas un monumento en ese terreno. El monumento no se construyó y en cambio se hizo, sí, un modesto mausoleo, mas tiempo después el terreno fue cedido a otra persona, situación que quedó sin efecto al reivindicar la corporación municipal sus derechos sobre ese terreno y quedar de su propiedad lo construido en él.

Pasados los años y ya fallecida Mercedes San Martín de Balcarce, el señor Enrique Perisena, integrante de la Comisión Municipal, solicitó a ésta que el mencionado mausoleo fuese mejorado y que, en virtud de la ley nacional de 1864, se comunicase al Poder Ejecutivo Nacional que se creía llegado el momento para disponer la traslación de los restos. Finalmente, también se proponía designar una comisión formada por cinco municipales para que se tratara de abreviar los trámites previos a esa traslación, comisión a la que también se daba autorización para hacer los gastos necesarios. Todo fue aprobado por la Comisión Municipal el 4 de febrero de 1876.

No pasó mucho tiempo hasta que la comisión de municipales designada por la corporación porteña decidió que sería preferible la Catedral a la Recoleta como destino final para los restos de San Martín. Por ello, el 12 de abril solicitó al arzobispo León Federico Aneiros que interpusiera su influencia cerca del Cabildo Metropolitano para que éste destinara a tan patriótico objeto la antigua capilla bautismal existente en la Catedral. La nota de petición, firmada por José Prudencio Guerrico y refrendada por Santiago Estrada, decía, también, que la Comisión se proponía erigir en el frente oeste de la capilla un altar dedicado a Santa Rosa de Lima, por ser patrona de la América del Sud,

y colocar, arrimado a la pared Sud, el sarcófago que encerraría "los restos del campeón de nuestra independencia".

El arzobispo Aneiros transmitió el pedido a los canónigos y éstos prestaron por unanimidad su acuerdo a lo solicitado el 17 siguiente. Lo hicieron, según puede leerse en la nota remitida al prelado, "mirando como una de las preeminencias y de las glorias de la Iglesia metropolitana ser la depositaria de los restos de tan ilustre varón". En virtud de este acuerdo dado por el Cabildo Eclesiástico, monseñor Aneiros dirigió el 19 de abril una comunicación a la corporación municipal en la que manifestaba que "consideraremos siempre como una gloria tener y custodiar el depósito de los restos del brigadier general don José de San Martín".

Corrido casi un año, la comisión municipal propuso al prelado el cambio de capilla por entenderse que la posible erección de un monumento mausoleo requería una superficie mayor que la del antiguo bautisterio. Monseñor Aneiros giró la nueva solicitud a los canónigos y éstos respondieron prontamente que accedían a la permuta del local y que, en consecuencia, el mausoleo proyectado sería erigido en la capilla por entonces dedicada a Nuestra Señora de la Paz.

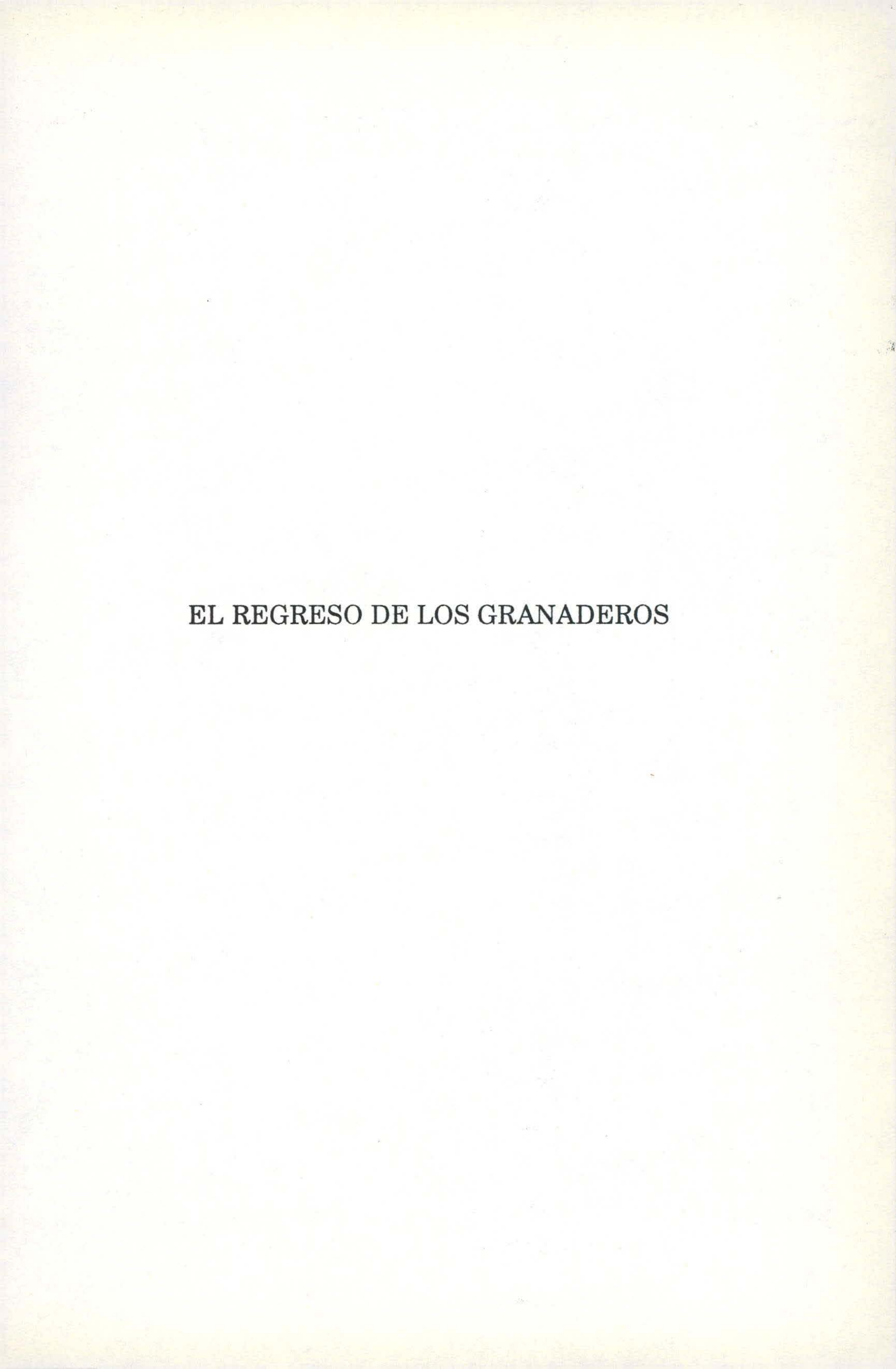
Poco después, el presidente Avellaneda hacía su ya recordada convocatoria al pueblo y en seguida se formaban en primer término la comisión provincial de Buenos Aires y después, la nacional. Todo esto llevó a la comisión constituida por la Corporación Municipal a dar cuenta de lo actuado hasta ese momento y a incorporarse, como fue decidido, a la comisión provincial. Por su parte, la Corporación Municipal resolvió comunicar a la comisión provincial que contribuiría a la colecta con doscientos mil pesos corrientes y a remitir a la comisión nacional, para su conocimiento, todos los antecedentes del asunto, como también los diseños y planos de un mausoleo levantados en Italia por el escultor Tantardini, quien lo había hecho por pedido de la comisión de municipales.

No fue este proyecto el finalmente escogido, sino el presentado por el escultor francés Albert Carrier-Belleuse. Y como su obra exigía determinadas condiciones, se dio forma octogonal a la capilla de Nuestra Señora de la Paz y se la extendió unos metros fuera del edificio catedralicio. En esa capilla y en ese mausoleo fueron depositados, finalmente, los restos del Libertador llegados el 28 de mayo de 1880 para que quedara cumplido su deseo testamentario.

Hemos creído de interés tratar en la cuarta parte de este trabajo

lo relativo a la sepultura de los restos de San Martín en la Catedral porque el asunto ha dado lugar a más de una tergiversación y a alguna leyenda harto difundida. Con lo dicho entendemos haber dejado bien en claro que fue la Municipalidad de Buenos Aires la que gestionó la cesión de parte del recinto catedralicio y que la autorización debida fue dada por la autoridad eclesiástica por entender, como antes se dijo, que sería una gloria tener y custodiar los restos del Libertador. Cuanta otra cosa se diga no pasa de especulación infundada o añagaza malintencionada.

Y allí están los restos venerados, allí, en la Catedral de Buenos Aires, donde recibió el sacramento del matrimonio, donde por años lucieron algunas de las banderas que tomó al enemigo en las victoriosas batallas por la independencia americana. Y hasta allí llegó durante muchos años la ciudadanía, encabezada por su Gobierno, respondiendo a la convocatoria del Instituto Nacional Sanmartiniano, para rendir homenaje a San Martín, junto a sus restos, en el día aniversario de su muerte. Se realice allí el gran homenaje anual o no, igualmente ingresan diariamente en el recinto sagrado cientos de argentinos y de extranjeros para honrar la memoria del héroe. Y así el Libertador, parafraseando al gran poeta Francisco Luis Bernárdez, sigue y seguirá convocando a todos sus compatriotas mientras el mundo de los hombres tenga días. Lo hace desde el silencio paternal de sus cenizas, debajo de las que hay un incendio que arderá hasta el fin.



EL REGRESO DE LOS GRANADEROS

"De lo que mis granaderos son capaces, sólo yo sé, quien los iguale habrá, pero quien los exceda, no".

San Martín

El 13 de febrero de 1826, setenta y ocho integrantes del Regimiento de Granaderos a Caballo de los Andes llegaban a su antiguo cuartel del Retiro, en Buenos Aires. La ciudad apenas reparó en ellos y el periodismo se consideró cumplido con las pocas líneas que les dedicó la *Gaceta Mercantil*.

¿Quiénes eran los que retornaban, por qué se habían marchado? Para dar respuesta cierta a estas inquisiciones es menester evocar una de las páginas más gloriosas de nuestra historia militar.

Los granaderos de San Martín

En marzo de 1812 volvía don José de San Martín a su tierra, de la que se había ido, siendo un niño, para radicarse en España con sus padres y hermanos. Regresaba graduado de teniente coronel de caballería y con una brillante foja de servicios castrenses, amén de una experiencia bélica no común entre nosotros. Pocos días después, el 16, el Poder Ejecutivo triunviro le confería el empleo militar efectivo correspondiente a su grado y la comandancia "del escuadrón de granaderos a caballo que ha de organizarse". Lo entrecomillado merece una aclaración: explica el historiador militar Emilio Anschütz que "en los albores de nuestra nacionalidad, era una modalidad de parte de los hombres de gobierno, cuando las necesidades del Estado o de guerra exigían la creación u organización de una o varias unidades, buscar en principio a los jefes que las iban a comandar, extendiéndoles el despacho de tal en la unidad que a partir de esa fecha se iba a formar".

Podemos fijar, entonces, la del 16 de marzo de 1812 como fecha de creación de los Granaderos a Caballo ¿Pero qué era un granadero? San Martín bien lo sabía desde que, siendo cadete, se incorporó como

voluntario a la compañía granadera del Regimiento de Infantería de Murcia: un soldado llamado a desempeñar arriesgadas misiones, consistiendo una de ellas en preceder a las columnas de asalto en los sitios. Debía sobresalir por su talla elevada, robustez, agilidad y valentía, así como agregar a su armamento un saco –la granadera– que contenía hasta doce granadas, o proyectiles de hierro fundido, huecos, esféricos y con un orificio para introducir la carga. De los granaderos infantes derivaron con el tiempo los de caballería, destinados a combatir tanto a pie como montados. Pero la variación no cambió las cualidades exigidas para aspirar a serlo.

Sobre la base de su vasta experiencia ibérica, el flamante jefe comenzó a organizar su unidad, haciéndolo con exigencia suma tanto para el reclutamiento como para la instrucción inicial, dirigida por él cuando no personalmente impartida. "Bajo este sistema, sostenido con perseverancia y hasta con rigorismo –dice Gerónimo Espejo, un testigo válido–, se verificó la enseñanza de todos y cada uno de los soldados de ese cuerpo, debiendo añadir que no era una enseñanza de mera forma ni que el jefe u oficiales tolerasen algunas pequeñas faltas de ejecución; no, señor. No se pasaba de una lección a otra mientras no se viera perfecta y bien ejecutada la anterior". Prontamente, el jefe determinó "los delitos por los cuales deben ser arrojados los oficiales" del cuerpo. De los catorce legislados, destaquemos dos: "Por cobardía en acción de guerra, en la que aún agachar la cabeza será reputado tal" y "Por hablar mal de otro compañero con personas u oficiales de otros cuerpos".

Ya formado el primer escuadrón, el Poder Ejecutivo triunviro dispuso sucesivamente la creación del segundo y del tercero, con fecha 11 de setiembre y 5 de diciembre de 1812, respectivamente. En el mes final del año, un decreto del día 7 dice que "atendiendo a los méritos del comandante don José de San Martín ha venido a conferirle el empleo de coronel del Regimiento de Granaderos a Caballo, concediéndole las gracias, exenciones y prerrogativas que por este título le corresponden". El ascenso del jefe se explica en mérito a que en adelante lo será de un regimiento, cuya creación, evidentemente, también se ha dispuesto.

Agreguemos a lo dicho que, desde el 5 de mayo anterior, los granaderos tenían por alojamiento el cuartel del Retiro y por aula, a cielo abierto, el cercano Campo de la Gloria, llamado de Marte después de la Revolución, cuyo ámbito se correspondía en buena medida con el de la actual Plaza San Martín.

De San Lorenzo a Ayacucho

Poco tiempo permanecería allí el regimiento. Con el 3 de febrero de 1813 llegó el bautismo de fuego a orillas del Paraná, en ese combate de San Lorenzo que provocó por muerte las primeras catorce bajas y la incorporación de José Félix Bogado, uno de los tres lancheros paraguayos entregados por los vencidos al hacerse el canje de prisioneros.

Al ser nombrado San Martín jefe de la expedición auxiliadora del Ejército del Norte, con él marchan el primero y el segundo escuadrón. El tercero y el flamante cuarto escuadrón cruzarán a poco el Plata para reforzar al ejército de Oriente, y el 22 de junio de 1814 entrarán en Montevideo a la cabeza de las tropas vencedoras, cuyo jefe, Carlos de Alvear, dos años antes había sido primer sargento mayor de la unidad.

En setiembre de 1814, San Martín llega a Cuyo para ser gobernador intendente y comenzar a hacer realidad su plan de liberación continental, ese que en sus detalles ni su almohada llegó a conocer. Para ser la base del ejército que se organizará, a Cuyo llegan por caminos diferentes, de a dos, los cuatro escuadrones que en adelante pasarán a llamarse Regimiento de Granaderos a Caballo de los Andes. Interin, desde Buenos Aires se ha ordenado al futuro Libertador la creación de un quinto escuadrón.

El 19 de enero de 1817 comienza la gran empresa al partir el glorioso Ejército de los Andes, y con él, los granaderos. El regimiento, a las órdenes del coronel José Matías Zapiola, avanza integrado por 4 jefes, 55 oficiales y 742 hombres de tropa.

Ya en Chile sobreviene Chacabuco, batalla en que los granaderos tuvieron participación decisiva. Luego de la entrada del ejército en Santiago, el regimiento se divide otra vez: los escuadrones tercero y cuarto participarán de la campaña sureña. Con tal motivo, combatirán en Curapaligüe, Gavilán, Talcahuano y otros enfrentamientos menores. Si hay granaderos en la sorpresa de Cancha Rayada, también los habrá para cubrirse de gloria, el 5 de abril de 1818, en Maipú, memorable batalla en la que destrozaron a la caballería fernandina, y en la renovada campaña sureña, que les deparó nuevos lauros al vencer en Parral, Chillán, Bío-Bío y muchos combates más.

Desde Valparaíso, el 20 de agosto de 1820 parte la expedición libertadora del Perú. A su frente va el gran vencedor de los Andes, y, una

vez más, con él, los granaderos. De éstos, al mando del coronel Rudecindo Alvarado, se embarcan 391 hombres, entre jefes, oficiales y soldados, no siendo de la partida el cuarto escuadrón, cuyos efectivos quedan en Chile afectados a la lucha contra los montoneros.

Se inicia para los granaderos la etapa final de su gesta por la independencia americana, etapa que para ellos será tan gloriosa como dura. Apenas desembarcados, comienza a ensartarse un collar de combates y batallas, luciendo siempre su coraje y eficacia en el máximo grado, como pudo apreciarse no sólo cuando brilló muy alto para ellos el sol de las victorias, sino también en los oscuros días de derrota o retirada. Así se van sumando a los nombres de Nazca, Jauja y Pasco los de Riobamba –donde fulguró en todo su esplendor el sable de Juan Lavalle–, Pichincha, Junín y Ayacucho. Y si les cupo tener un lugar de honor entre quienes entraron vencedores a Lima y Quito, también les correspondió salvar ese honor en los dolorosos días de Torata y Moquegua o en la ejemplar jornada de Chancay, protagonizada por Pascual Pringles y dieciocho granaderos.

El retorno a la Patria

Quizá como tiro por elevación a ese gran San Martín que se ha marchado silenciosamente, sin hacer legítima expresión de agravios, ya concluida la campaña libertadora no faltan los dichos peyorativos, hirientes, para sus granaderos. "La justicia histórica –dice Luis Alberto Leoni–, más fuerte que la pasión de los hombres, no ha necesitado en este caso salir a la palestra a defender con argumentos o pruebas el honor de un regimiento cuya foja de servicios se confunde con la historia de la libertad de América".

Satisfechos todos los recaudos y contando con la necesaria autorización, el subsistente casi centenar de granaderos se embarca en el peruano puerto de Ilo a fines de junio de 1825, para arribar a Valparaíso el 10 del mes siguiente. Hostigados por la penuria económica, a partir del 6 de diciembre pasan la cordillera por destacamentos y llegan a Mendoza, la ciudad tan entrañablemente unida a la historia de los granaderos y de su creador. No demanda ni mucho tiempo ni mucho espacio hacer el inventario de lo que traen de retorno, harto menos,

ciertamente, que lo llevado en 1817: 86 sables, 55 lanzas, 84 morriones y 102 monturas.

El 13 de enero de 1826, en veintitrés carretas, comienza la última etapa del regreso. "En silencio, invencibles, cruzados de cicatrices, cargados de glorias –expresa el coronel Leoni– llegan a Buenos Aires, el 19 de febrero de 1826, los restos del regimiento de Granaderos a Caballo de los Andes, después de trece años de intenso batallar por los campos de medio continente para concretar la libertad de las naciones de América".

Retornan al mando de José Félix Bogado, aquel lanchero paraguayo de 1813, que ahora luce las insignias propias del coronelato. A sus órdenes llegan 78 hombres, entre ellos los seis que hicieron toda la campaña: Paulino Rojas, Francisco Olmos, Segundo Patricio Gómez, Damasio Rosales, Francisco Vargas, y Miguel Chepoya.

Vuelto el regimiento a su antiguo cuartel del Retiro, las armas que trae se depositan en una caja, sobre la que se colocará una plancha de bronce con esta inscripción: "Armas de los libertadores de Chile, Perú y Colombia".

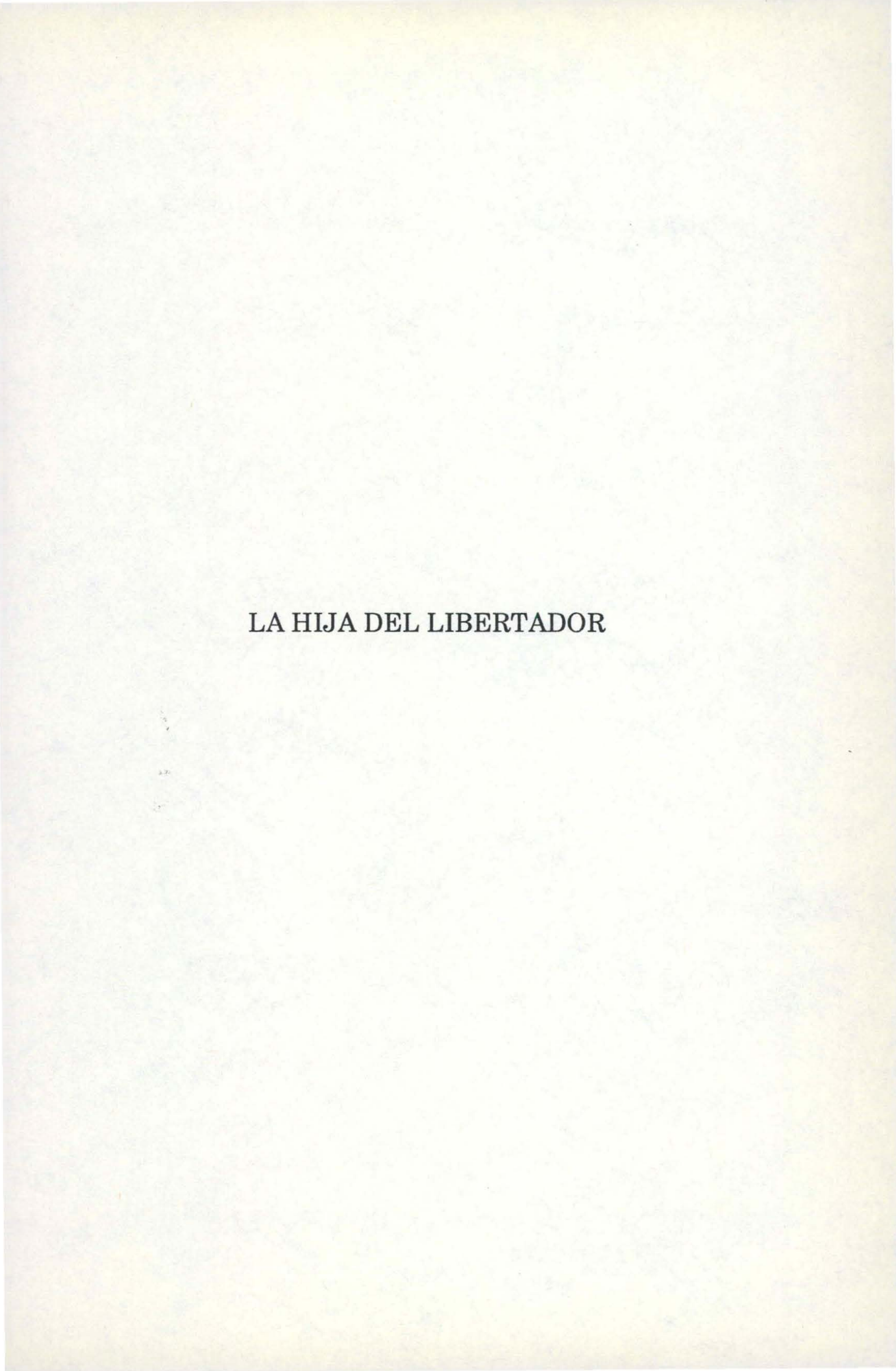
A poco de retornar, el regimiento fue disuelto, pasando algunos de sus jefes y oficiales a cuerpos de reciente creación y los soldados a integrar las respectivas escoltas del presidente Rivadavia y del general Alvear, jefe a la sazón del ejército, que pronto se enfrentará con las tropas de Pedro de Braganza.

Años después, Mitre trazó su elogio con estas expresiones: "Concurrió a todas las grandes batallas de la independencia, dio a la América diecinueve generales, más de doscientos jefes y oficiales en el transcurso de la revolución, y después de derramar su sangre y sembrar sus huesos desde el Plata hasta Pichincha, regresó en esqueleto a sus hogares, trayendo su viejo estandarte bajo el mando de uno de sus últimos soldados ascendido a coronel en el espacio de trece años de campañas".

La República debía a sus granaderos el monumento dispuesto por la ley 10.087, de 1917, y para cuya erección desde antiguo existía depositada una suma de dinero, cada día más simbólica que efectiva, en una cuenta abierta en el Banco de la Nación Argentina. Una comisión formada por beneméritos ciudadanos, admiradores del célebre regimiento, hizo posible la concreción de lo determinado legalmente. Gracias a ello, el monumento, obra del escultor Enrique Savio, fue

inaugurado en la Plaza San Martín, a la vera del antiguo cuartel, el 23 de mayo de 1994.

Ese monumento debía alzarse para expresar en bronce el elogio que de los granaderos hizo con palabras su creador, el Gran Capitán: "De lo que mis granaderos son capaces, sólo yo sé, quien los iguale habrá, pero quien los exceda, no".



LA HIJA DEL LIBERTADOR

"Aunque es verdad que todos mis anhelos no han tenido otro objeto que el bien de mi hija amada, debo confesar que la honrada conducta de ésta y el constante cariño y esmero que siempre me ha manifestado ha recompensado con usura todos mis amores, haciendo mi vejez feliz".

San Martín, 1844.

En Francia, el 28 de febrero de 1875, fallecía Mercedes San Martín de Balcarce. Blanca ya su cabeza, mostrábase aún como la evocara un compatriota tras visitarla en su residencia de Brunoy: "Tengo todavía presente su alta e imponente figura, aquella su gracia seductora y la súbita simpatía que a las primeras palabras inspiraba".

Cuando le llegó la muerte, estaba por cumplir 59 años de edad. En el otro extremo de su existencia, el nacimiento había sido así anunciado por su padre a Tomás Guido, el gran amigo: "Sepa usted que desde anteayer soy padre de una infanta mendocina". La carta tiene por fecha la del 31 de agosto de 1816. También en este día se la cristianaba en la matriz de la capital cuyana, por mano del presbítero Lorenzo Güiraldes, a la sazón vicario general castrense. La correspondiente acta dice que fue bautizada y oleada "Mercedes Tomasa, de siete días, española, legítima del señor coronel mayor, general en jefe del Ejército de los Andes y gobernador intendente de la Provincia de Cuyo, don José de San Martín, y la señora María de los Remedios Escalada. Fueron padrinos: el sargento mayor don José Antonio Alvarez Condarco y la señora doña Josefa Alvarez". El "anteayer" de la carta de Guido y los "siete días" de que habla el acta bautismal provocan duda acerca de la fecha exacta del nacimiento de la hija unigénita del futuro Libertador.

Entre dos travesías

Poco más de cuatro meses de vida tiene Mercedes cuando su padre, en enero de 1817, parte de Mendoza al frente del ejército llamado a realizar el plan continental de liberación política. Por los mismos días, Remedios y su hija viajan a Buenos Aires. Seguramente, el alejamiento habrá producido en esposo y esposa un dolor como "cuando la uña se separa de la carne", según expresa el poema del Cid.

El cruce de la cordillera fue la gran hazaña inicial. Chacabuco, la

primera victoria de San Martín en tierra chilena. Con tal motivo, el 5 de marzo de 1817, el director supremo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, Juan Martín de Pueyrredón –sabedor de que no puede premiar al padre por sus triunfos, dado que todo honor y recompensa los rechaza sistemáticamente–, acuerda a Mercedes una pensión vitalicia de 600 pesos anuales. Así lo comunica a Remedios, tres días después, Juan Florencio Terrada, encargado del Departamento de Guerra. Aquélla, el 11 de marzo expresa por carta su agradecimiento a Pueyrredón y agrega que desearía hacerlo personalmente, mas que la priva de ese gusto "el notorio quebranto de mi salud". Cuando en 1821 la Junta de Representantes de Buenos Aires deje en suspenso el pago de todas las pensiones graciables, exceptuará expresamente de ello a Mercedes. Empero, a partir del año siguiente la niña no percibirá más la anualidad y, según señala Mitre, a partir del cuarto trimestre de 1823 su nombre ya no figurará más en la lista de pensionadas.

Fue éste el segundo obsequio oficial recibido por Mercedes. El primero, a poco de su nacimiento, le había sido hecho por el gobierno de Mendoza: 200 cuadras en Los Barriales. Cuando San Martín renunció en nombre de su hija a la donación, sugiriendo que se destinasen dichos terrenos para premiar a oficiales militares que se distinguieran en el servicio de la patria, el asesor fiscal dictaminó que los padres no podían perjudicar a sus hijos menores en mérito a la patria potestad ejercida sobre ellos.

Corren los días y los años. El 2 de agosto de 1823, en Buenos Aires muere Remedios. El 4 de diciembre siguiente, tras catorce días de viaje, llega el Libertador y le rinde postrero y público homenaje con una inscripción en su tumba: "Aquí yace Remedios Escalada, esposa y amiga del general San Martín".

Hostilizado por muchos y en desacuerdo con su suegra doña Tomasa, por la educación harto regalona que recibía Mercedes, toma la tremenda decisión de hacer su segunda gran travesía: la que lo llevará al ostracismo definitivo, aunque él nunca lo concibió como tal. Padre e hija, el 10 de febrero de 1824, se embarcan con rumbo a Europa, en el navío francés *Le Bayonnais*.

Educación de la hija

La educación de Mercedes es idea fija, casi obsesiva, para su

padre. Acerca de cómo había encontrado a la niña al regresar a Buenos Aires, hará en 1828 esta confidencia a Manuel de Olazábal: "¡Qué diablos!, la chicuela era muy voluntariosa e insubordinada, ya se ve, como educada por la abuela". Mientras navegan, se muestra tan severo, quizá para eliminar prontamente la cizaña, que Merceditas "lo más del viaje lo pasó arrestada en el camarote".

Ya en Europa e internada la hija en un colegio –inicialmente en Londres, después en Bruselas–, el Libertador dedica a su educación la mayor parte de los pocos bienes con que entonces cuenta. Pero no solamente el dinero, también sus meditaciones. Si para sus granaderos había dictado un severo reglamento, un código con mucho de pedagogía castrense, para mejor guiar, para mejor formar a Mercedes, redacta en 1825 las célebres once máximas, ésas que él tendrá por objetivos y a cuya lectura recurrirá con frecuencia para hacerlas realidad. Recordémoslas:

1° Humanizar el carácter y hacerlo sensible, aun con los insectos que nos perjudican. Stern ha dicho a una mosca abriéndole la ventana para que saliese: "Anda pobre animal, el mundo es demasiado grande para nosotros dos".
2° Inspirarla amor a la verdad y odio a la mentira.
3° Inspirarla una gran confianza y amistad pero uniendo el respeto.
4° Estimular en Mercedes la caridad con los pobres.
5° Respeto sobre la propiedad ajena.
6° Acostumbrarla a guardar un secreto.
7° Inspirarla sentimientos de indulgencia hacia todas las religiones.
8° Dulzura con los criados, pobres y viejos.
9° Que hable poco y lo preciso.
10° Acostumbrarla a estar formal en la mesa.
11° Amor al aseo y desprecio al lujo.

A medida que el tiempo transcurra y vea concretarse el éxito deseado, San Martín se referirá al asunto una y otra vez. Así, escribirá a Guido: "Cada día me felicito más de mi determinación de haber conducido mi chiquilla a Europa y arrancada del lado de doña Tomasa; esta amable señora, con el excesivo cariño que la tenía, me la había resabiado –como dicen los paisanos– en términos que era un diablotín.

La mutación que se ha operado es tan marcada como la que se ha experimentado en figura. El inglés y el francés le son tan familiares como su propio idioma, y su adelanto en el dibujo y la música son sorprendentes. Ud. me dirá que un padre es un juez muy parcial para dar su opinión, sin embargo mis observaciones son hechas con todo el desprendimiento de un extraño, porque conozco que de un juicio equivocado pende el éxito de su educación".

Casamiento de Mercedes

En 1831, San Martín y su hija residen a dos leguas y media de París, en un casa de campo donde siempre hay preparada una habitación para el recién llegado. Hasta allí, providencialmente, desde Londres arriba en marzo el joven Mariano Balcarce, hijo del vencedor de Suipacha. Al día siguiente, Mercedes enferma de cólera y poco después sucede otro tanto con su padre. Los dos serán solícitamente atendidos por el huésped, seguramente con más eficiencia que la que podría haber mostrado la única criada que allí sirve. La joven se repondrá en un mes, su padre tendrá complicaciones gástricas y necesitará mucho más tiempo.

El ocasional encuentro provocó la mutua simpatía entre los jóvenes y derivó en noviazgo. Con tal motivo, el 15 de diciembre de 1831, así escribía el héroe a Dominga Buchardo de Balcarce, madre de Mariano: "Antes del nacimiento de mi hija Mercedes mis votos eran porque fuese varón; contrariado en mis deseos, mis esperanzas se dirigieron a que algún día se uniese a un americano, hombre de bien, si era posible, el que fuese hijo de un militar que hubiese rendido servicios señalados a la independencia de nuestra patria.

"Dios ha escuchado mis votos, no sólo encontrando reunidas estas cualidades en su virtuoso hijo don Mariano, sino también coincidir el serlo de un amigo y compañero de armas. Si como espero este enlace es de aprobación de usted, sería para mí la más completa satisfacción.

"La educación que Mercedes ha recibido bajo mi vista, no ha tenido por objeto formar de ella lo que se llama una dama de gran tono, pero sí el de hacer una tierna madre y buena esposa; con esta base y las recomendaciones que adornan a su hijo de usted, podemos prometernos en que estos jóvenes sean felices, que es a lo que aspiro".

La carta, además de permitirnos conocer el deseo sanmartiniano de haber sido padre de un varón, constituye una prueba más de la importancia y sentido concedidos por el héroe a la educación de Mercedes.

La boda se realizó el 13 de setiembre de 1832, siendo testigos José Joaquín Pérez y el coronel Iturregui, ministro de Chile en Francia y agente diplomático del Perú respectivamente. Los esposos viajaron prontamente a Buenos Aires, donde quedaron por dos años y nació María Mercedes. De regreso, vino al mundo Josefa, según anoticia el abuelo, por carta del 1 de febrero de 1837, a su gran amigo Pedro Molina: "La mendocina dio a luz una segunda niña muy robusta: aquí me tiene usted con dos nietecitas cuyas gracias no dejan de contribuir a hacerme más llevaderos mis viejos días".

La vida en el hogar

San Martín y los Balcarce viven en Grand Bourg. Allí los visita un hermano de Mariano, el joven Florencio, poeta residente en Francia. En 1838, él escribe así a otro hermano que está en Buenos Aires: "Tengo el placer de ver la familia un domingo sí y otro no. Iría todas las semanas si los buques de vapor estuvieran del todo establecidos. El general goza a más no poder de esa vida solitaria y tranquila que tanto ambiciona. Un día lo encuentro haciendo las veces de armero y limpiando las pistolas y escopetas que tiene; otro día es carpintero, y siempre pasa así sus ratos en ocupaciones que lo distraen de otros pensamientos y lo hacen gozar de buena salud". De su cuñada expresa: "Mercedes se pasa la vida lidiando con las chiquitas que están cada vez más traviesas"; y de éstas: "Pepa entiende francés y español, aunque no habla aún, y de Merceditas dice el abuelo que no la ha visto un segundo quieta".

La ancianidad llega para el Libertador. Su hija ha colmado todas sus esperanzas. Por eso, en 1844, cuando testa, expresa así su recatado agradecimiento: "Aunque es verdad que todos mis anhelos no han tenido otro objeto que el bien de mi hija amada, debo confesar que la honrada conducta de ésta y el constante cariño y esmero que siempre me ha manifestado han recompensado con usura todos mis esmeros, haciendo mi vejez feliz".

Los últimos años

El dolor sufrido por Mercedes al morir su padre, el 17 de agosto de 1850, se renovará diez años después, al fallecer su primogénita María Mercedes en plena juventud.

La memoria del héroe permanece viva en su hija y en Mariano. Los dos cumplirán celosamente las mandas testamentarias y no escatimarán el archivo paterno a Mitre cuando éste se decide a escribir con método científico la historia de la epopeya libertadora. Radicados en Brunoy, una habitación se destinará a conservar cuanto recuerda materialmente al gran padre y abuelo. Allí, "la mendocina" concluirá su vida, y corrida una década, el 20 de febrero de 1885, la seguirá su esposo. Los sobrevive Josefa Dominga, quien contrajo matrimonio con Fernando Gutiérrez Estrada, vástago de una familia mexicana. Sin dejar descendencia, ella fallecerá en 1924.

El 13 de diciembre de 1951, los restos de Mercedes, de Mariano Balcarce y de María Mercedes recibieron definitiva sepultura en una tumba especialmente construida en la basílica de San Francisco, de Mendoza. Los despojos habían llegado a Buenos Aires dos días antes, traídos desde Francia por el guardacostas *Pueyrredón*.

BIBLIOGRAFIA SANMARTINIANA CONSULTADA

Abad, Plácido, *El general San Martín en Montevideo-1829*, Montevideo, 1923.
Academia Nacional de la Historia, *San Martín. Homenaje de la A. N. de la H. en el centenario de su muerte*, Buenos Aires, 1951.
Alayza Paz Soldán, Luis, *Unanue, San Martín y Bolívar*, Librería e Imprenta Gil, Lima, 1934.
Alberdi, Juan Bautista, *Biografía del general San Martín acompañada de una noticia de su estado presente y otros documentos importantes*, en *Obras completas de ...*, Buenos Aires, 1886-1887.
Aldalur, Mercedes J., *Los factores ideológicos, políticos, sociales y económicos en la revolución americana*, en *III Congreso Internacional de Historia de América*, Academia Nacional de la Historia, tomo I, Buenos Aires, 1961.
Alonso Piñeiro, Armando, *El año 1814 en la vida de San Martín*, Fundación Rizzuto, Buenos Aires, 1971, y *El supremo americano*, Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1975.
Arce, Facundo A., *San Martín y Cuyo en la hazaña de Tucumán*. La voluntad independentista de los pueblos, en *IV Congreso Internacional de Historia de América*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1966.
Astolfi, José Carlos, *San Martín. El hombre y el medio. Ensayo de interpretación de una conducta*, Buenos Aires, 1965.
Azarola Gil, Luis Enrique, *Los San Martín en la Banda Oriental*, Buenos Aires, 1936.
Barcia Trelles, Augusto, *San Martín*, Editor Aniceto López, Buenos Aires, 1941-1943.
Bazán, Armando, *San Martín y Bolívar*, Editorial Claridad, Buenos Aires, 1949.
Bedoya, Jorge M., *El mausoleo del general San Martín*, Edición del Museo de la Casa de Gobierno, Buenos Aires, 1975.
Berdiales, Germán, *Habla San Martín*, Editorial Estrada, Buenos Aires, 1950.
Binayán, Narciso, *La glorificación del héroe*, en *La Nación*, Buenos Aires, 18 de agosto de 1956.
Bischoff, Efraín U., *El general San Martín en Córdoba*, Edición Cervantes, Córdoba 1950.
Burzio, Humberto F., *Un episodio naval en la vida del general San Martín. El combate de la fragata española Santa Dorotea con el navío inglés Lyon, 15 de julio de 1798*. En Secretaría de Estado de Marina, Subsecretaría. Departamento de Estudios Histórico-Navales: *San Martín y el mar*, Buenos Aires, 1948.
Busaniche, José Luis, *San Martín visto por sus contemporáneos*, Buenos Aires, 1942, y *San Martín vivo*, Emecé Editores, Buenos Aires, 1950.
Capdevila, Arturo, *El hombre de Guayaquil*, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1950.
Carbia, Rómulo D., *San Martín y Bolívar frente al hallazgo de nuevos documentos*, Buenos Aires, 1941.
Carranza, Adolfo P., *San Martín. Su correspondencia*, Buenos Aires, 1911.
Comadrán Ruiz, Jorge, *Notas para un estudio sobre fidelismo, reformismo y separatismo en el Río de la Plata (1808-1816)*, en *IV Congreso Internacional de Historia de América*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1966.

Courtaux Pellegrini, Carlos, *La personalidad del general San Martín*, Buenos Aires, 1949.

Cuccorese, Horacio J., *La personalidad moral de San Martín*, en *San Martín*, revista del Instituto Nacional Sanmartiniano, Nº 35, 1954; *San Martín y la libertad*, Macchi, Buenos Aires, 1993, y *San Martín, Catolicismo y Masonería*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1993.

Delgado, Jaime, *Ideología de San Martín*, en *Revista Javeriana*, Nº 48, 1957, Bogotá.

Descalzo, Bartolomé, *El testamento político del general San Martín*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1948, y *Contribución al esclarecimiento de episodios relacionados con la vida y actos del Libertador y gobernador general Juan Manuel de Rosas*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1949.

Documentos del Archivo San Martín, Comisión Nacional del Centenario, Buenos Aires, 1910-11, 12 volúmenes.

Documentos para la historia del Libertador General San Martín, Ministerio de Educación de la Nación, Instituto Nacional Sanmartiniano y Museo Histórico Nacional, Buenos Aires, 1953-1994, tomos I a XVI (continuará la publicación).

Espejo, Gerónimo, *El paso de los Andes. Crónica histórica de las operaciones del Ejército de los Andes para la restauración de Chile en 1817*, Buenos Aires, 1882.

Espíndola, Adolfo S., *San Martín en el ejército español en la Península*, Comisión Nacional Ejecutiva del 150º aniversario de la Revolución de Mayo, Buenos Aires, 1962.

Eyzaguirre, Jaime, *La logia lautarina*, Editorial Francisco de Aguirre, Buenos Aires, 1975.

Frías, Félix, *Muerte, exequias y necrología del general San Martín*, en Id., *Escritos y discursos*, Buenos Aires, 1884. 4 volúmenes.

Furlong, Guillermo, *El general San Martín*, Ediciones Theoría, Buenos Aires, 1962; *Misiones y sus pueblos de guaraníes*, Buenos Aires, 1962, y *El paso de los Andes*, Huemul, Buenos Aires, 1967.

García Godoy, Cristián, *Tomás Godoy Cruz - Su tiempo, su vida, su drama*, Full Life (Vida Plena), Washington, 1991.

Gómez Carrasco, Rafael Luis, *El general José de San Martín. Biogenealogía Hispana del Caudillo Argentino*, Madrid-Buenos Aires, 1961.

González Arrili, Bernardo, *San Martín*, Buenos Aires, 1950.

Guerrero, César H., *San Martín en 1814*, Asociación Cultural Sanmartiniana, San Juan, 1977.

Guido, Tomás, *San Martín y la gran epopeya*, El Ateneo, Buenos Aires, 1928.

Guido Lavalle, Ricardo, *El general don Tomás Guido y el paso de los Andes*, Joaquín Sesé, Editor, La Plata, 1917.

Gutiérrez, Juan María, *Biografía del general don José de San Martín*, Editorial Mónica, Buenos Aires, 1945.

Hall, Basilio, *El general San Martín en el Perú*, La Cultura Argentina, Buenos Aires, 1920.

Harrison, Margaret H., *Capitán de América - Vida de José de San Martín*, Editorial Ayacucho, Buenos Aires, 1943.

Ibarguren, Carlos, *San Martín íntimo*, Ediciones Peuser, Buenos Aires, 1960.

Instituto Español Sanmartiniano, *San Martín en España*, Madrid, 1981.

Irazusta, Julio, *San Martín y Rosas*, La Voz del Plata, Buenos Aires, 1950.

Khouri, M., *San Martín héroe de la paz*, Buenos Aires, 1950.

Landa, Augusto, *Los pueblos de Cuyo y la expedición de San Martín al Perú*, San Juan, 1943.

Levene, Ricardo, *El genio político de San Martín*, Editorial Guillermo Kraft, Buenos Aires, 1950.

Lizondo Borda, Manuel, *La Revolución argentina de Mayo dentro de la revolución americana, III Congreso Internacional de Historia de América*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1961.

Luzuriaga, Aníbal Jorge, *José de San Martín, el hombre, el héroe y la lección moral de una conducta*, Buenos Aires, 1980.
Macera, César Francisco, *San Martín, gobernante del Perú*, Editor J. Héctor Matera, Buenos Aires, 1950.
Marfany, Roberto H., *Vísperas de Mayo*, Ediciones Theoría, Buenos Aires, 1960.
Mantilla, Manuel F., *San Martín*, Cabaut, Buenos Aires, 1913.
Martí, José, *San Martín, Bolívar y Washington y otros escritos*, Editorial Sopena Argentina, Buenos Aires, 1941.
Martínez de Sucre, Virgilio, *La educación del Libertador San Martín*, Buenos Aires, 1950.
Medrano, Samuel W., *El Libertador José de San Martín*, Espasa-Calpe Argentina, Buenos Aires, 1950.
Mercadante, Luis, *La entrevista de Guayaquil*, Fundación Rizzuto, Buenos Aires, 1972.
Mitre, Bartolomé, *Historia de Belgrano y de la independencia argentina*, *Historia de San Martín y de la emancipación sudamericana* y *Las cuentas del Gran Capitán*, en *Obras Completas*, Biblioteca de La Nación, Buenos Aires.
Monzón, Antonio, *Contribución misionera a la formación del Regimiento de Granaderos a Caballo y San Martín y los misioneros*, en *El Territorio*, Posadas, 1952.
Mosquera, Enrique D., *San Martín organizador militar*, Fundación Rizzuto, Buenos Aires, 1973.
Museo Histórico Nacional, *San Martín - Su correspondencia, 1823-1850*, 3a. edición, Buenos Aires, 1911.
Onsari, Fabián, *San Martín, la logia Lautaro y la francmasonería*, Avellaneda, 1951.
Oriol y Anguera A., *Agonía interior del muy egregio señor José de San Martín y Matorras*, Buenos Aires, 1954.
Orsi, René, *San Martín y Artigas*, Subsecretaría de Cultura de la Pcia. de Buenos Aires, La Plata, 1991.
Ortega, Exequiel César, *José de San Martín*, La Facultad, Buenos Aires, 1950; *San Martín educador*, Instituto Nacional Sanmartiniano, 1986, y *El Libertador y el Protector*, Fundación Rizzuto, Buenos Aires, 1971.
Otero, José Pacífico, *Historia del libertador don José de San Martín*, impreso en Bruselas, 1932.
Pabón, Jesús, *La Europa de la Revolución de Mayo*, en *III Congreso Internacional de Historia de América*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1961.
Paz Soldán, Mariano Felipe, *Historia del Perú independiente*, reimpresión facsimilar de la edición de 1868, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1962.
Pérez, Joaquín, *Artigas, San Martín y los proyectos monárquicos en el Río de la Plata y Chile (1818-1820)*, Misión, Buenos Aires, 1979.
Pérez, René, *San Martín en la teoría y la historia de las instituciones políticas*, Edición del autor, Buenos Aires, 1989.
Pérez Amuchástegui, A. J., *La carta de Lafond y la preceptiva historiográfica*, Ediciones Siglo Veinte, Buenos Aires, 1963, e *Ideología y acción en San Martín*, Abaco, Buenos Aires, 1979.
Pérez Aubone, Rosauro, *Sarmiento, biógrafo del Libertador General San Martín*, Buenos Aires, 1953.
Pérez Guilhou, Dardo, *El monarquismo en el Congreso de Tucumán*, Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1966.
Petriella, Dionisio, *José de San Martín*, OEA y Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1974, y *Vita de San Martín*, Asociación Dante Alighieri, Buenos Aires, 1975.
Piccinali, Héctor Juan, *Perfil humano del general San Martín*, Madrid, 1974; *San Martín, soldado español y argentino*, Cádiz, 1974; *La formación intelectual del general San*

Martín, Buenos Aires, 1978; *Vida de San Martín en España*, Buenos Aires, 1977, y *Vida de San Martín en Buenos Aires*, Buenos Aires, 1984.

Piccirilli, Ricardo, *San Martín y la política de los pueblos*, Ediciones Gure, Buenos Aires, 1957.

Ramallo, Jorge María, *Historia del sable de San Martín*, Ediciones Theoría, Buenos Aires, 1963.

Rodríguez, Augusto G., *San Martín, Soldado-Granadero*, en Boletín de la Academia Nacional de la Historia, XXXVII, Buenos Aires, 1965.

Rojas, Ricardo, *El santo de la espada*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1940.

Rosso, Mario, *El legado de San Martín*, DAIA, Buenos Aires, 1976.

Ruiz Moreno, Isidoro, *En torno al legado del sable*, en *Anales de la Academia Sanmartiniana*, Buenos Aires, 1987.

Salas, Carlos A., *El general San Martín y sus operaciones militares*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1976.

Salas, Carlos I., *Bibliografía del general don José de San Martín y de la emancipación sudamericana*, 5 vols., Buenos Aires, 1910.

Sarmiento, Domingo Faustino, *El general San Martín*, Buenos Aires, 1950.

Scalvini, Jorge M., *San Martín en Mendoza en 1823. Causas de su alejamiento*, en *IV Congreso Nacional Internacional de Historia de América*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1966.

Soler Cañas, Luis, *San Martín, Rosas y la falsificación de la historia*, Ediciones Theoría, Buenos Aires, 1968.

Speroni, Miguel Angel, *San Martín*, Editorial Plus Ultra, Buenos Aires, 1975.

Tarruella, Alfredo, *Las ideas políticas del general San Martín y su legado histórico*, Editorial Martín Fierro, Buenos Aires, 1950.

Tonelli, Armando, *El general San Martín y la masonería*, Buenos Aires, 1943.

Tonelli, Armando, y Alberto Bembihy Videla, *Síntesis documental sanmartiniana*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1950.

Torre Revello, José, *Selección de documentos relativos al Libertador don José de San Martín*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1953, y *Yapeyú*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1958.

Uzal, Francisco Hipólito, *Los enemigos de San Martín*, Corregidor, Buenos Aires, 1975.

Victorica, Julio, *Errores y omisiones de la obra Bibliografía del general don José de San Martín y de la emancipación sudamericana*, Buenos Aires, 1912.

Vicuña Mackenna, Benjamín, *Obras Completas*, Santiago de Chile, 1938.

Villegas, Alfredo, *Dos documentos de San Martín con referencias históricas*, Buenos Aires, 1945; *San Martín en España*, Academia Nacional de la Historia, Buenos Aires, 1975, y *San Martín y su época* (tomo I), Ediciones Depalma, Buenos Aires, 1975.

Wienhauser, Santiago, *Fortaleza Sanmartiniana*, Ediciones Theoría, cuarta edición, Buenos Aires, 1966.

Yaben, Jacinto R., *Por la gloria del general San Martín*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1950; *El Gran Mariscal Castilla*, Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1950, y *Efemérides sanmartinianas*, edición conjunta del Consejo Nacional de Educación y del Instituto Nacional Sanmartiniano, Buenos Aires, 1968.

Yrarrázabal Larraín, *San Martín y sus enigmas*, Santiago de Chile, 1949.

Zuretti, Juan Carlos, *El general San Martín y la cultura*, Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, 1950.

INDICE